EL CLUB DE LOS SOLTEROS MILLONARIOS

Sedúceme

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

MONICA MURPHY

Harper+

Sedúceme

MONICA
MURPHY

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Sedúceme
Título original: Savor
© 2014, Monica Murphy
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, USA
© De la traducción del inglés, HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, USA.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Imagen de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 9788410640504

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Agradecimientos

Capítulo 1

Matt

—¿Puedes hacerte adicto al olor de alguien? —Mi voz es apática; mis pensamientos, turbulentos.

Mantengo la mirada fija en la mujer de la que hablo. La mujer de la que creo que me estoy volviendo adicto poco a poco, aunque mi cerebro me grita que esta adicción en particular es un gran error. Que es mala para mí. Mala para cualquiera.

Ivy Emerson se vuelve para mirarme, con expresión incrédula. La prometida de mi amigo y madre de su futuro hijo resulta ser también una de las mejores diseñadoras de interiores de todo el valle de Napa y está trabajando para mí.

—¿A quién te refieres exactamente?

Joder. ¿De verdad he dicho eso en voz alta? No era mi intención.

Estamos sentados en mi despacho, con la puerta abierta de par en par, lo que me brinda una vista perfecta del vestíbulo exterior, donde se encuentra el escritorio de mi ayudante, Bryn James, la señorita James, la del aroma embriagador que hace que mi cabeza flote y mi polla se ponga dura.

Lleva ropa anodina y de maneras sosegadas, lo que significa que no es mi tipo. Entonces, ¿a qué se debe esta atracción? ¿Por qué su olor me vuelve loco perdido?

No tiene ningún puto sentido.

—A nadie en particular —miento, y me encojo de hombros.

Ivy se ha pasado por aquí para revisar la última factura por su trabajo. Si unimos sus astronómicas tarifas con lo rico que es Archer Bancroft, estos dos van a acabar apoderándose del mundo entero. O simplemente lo comprarán.

—Qué mentiroso eres —murmura mientras mueve de lado a lado la cabeza—. Y encima lo niegas.

—¿Qué niego? —Cojo un bolígrafo y garabateo mis iniciales en la factura mientras Ivy se sienta en la silla que hay frente a mi escritorio—.

Dale esto a Bryn, y ella te hará el cheque. ¿Lo quieres ahora, o prefieres pasar a recogerlo más tarde?

Ivy sonríe.

—También eres el típico que sale con evasivas, ¿a que sí? Ay, los hombres… Sois todos iguales.

La miro con el ceño fruncido y me pregunto a qué se referirá ahora. Conozco a Ivy desde que era adolescente, cuando me hice muy amigo de su hermano Gage y del que ahora es su prometido, Archer. El problema de conocer a Ivy desde hace tanto tiempo es que cruza los límites profesionales todo el tiempo cuando trabajamos juntos. No tiene ningún problema en decirme exactamente lo que piensa.

La mayoría de las veces, como ahora, no quiero oírlo.

—Ivy. —Bajo la voz y la fulmino con la mirada; sin embargo, ella me sonríe como si pensara que soy muy gracioso. Esta mujer está totalmente distraída—. ¿Cuándo quieres el cheque?

Agita una mano y las pulseras que lleva en la muñeca tintinean con el movimiento.

—Envíalo por correo. Bryn sabrá qué hacer y dónde mandarlo. Es tan eficiente…, ¿no te parece?

—Muchísimo. —Empujo la factura por el escritorio, acercándola a donde está sentada Ivy, con la esperanza de que capte la indirecta.

Quiero que se marche para así poder volver al trabajo. Volver a investigar si de verdad uno puede hacerse adicto al olor de otra persona. Ya he oído hablar de las feromonas.

—Y también huele de maravilla. Le he preguntado antes qué perfume usa, pero no me lo quiere decir. Creo que quiere mantenerlo en secreto. —Ivy sonríe tanto que apuesto a que le deben de doler las mejillas.

Joder. ¿Por qué demonios le he preguntado a Bryn por su perfume? Lo he dicho sin pensar, algo que suelo hacer últimamente cuando miro a la señorita James durante demasiado tiempo.

Dejo de pensar. Mi cerebro se apaga. Lo único que puedo hacer es mirarla e imaginar lo que le haría si la empujara sobre su escritorio, la cogiera de la larga melena oscura, le tirara de la cabeza hacia atrás y la besara con toda la intensidad contenida que se ha ido gestando en mi interior desde que ella empezó a trabajar para mí.

Que es básicamente el día que me hice cargo de la bodega. Ella venía en el acuerdo (una asistente incluida, a mi disposición). El dueño anterior la había llamado un regalo.

Un regalo muy tentador. Uno puesto en este planeta —y en mi oficina, justo a la puerta de mi despacho— para volverme loco de deseo.

Todo por cómo huele.

Ah, y por esa voz suya tan seductora. La cual no usa mucho porque es muy callada. Y por ese pelo que mantiene bien recogido en un moño o sujeto en una elegante coleta.

También hay algo debajo de esa ropa sosa y poco favorecedora. Me doy cuenta. No soy idiota. Oculta unos pechos y un culo que probablemente sean increíbles.

Por supuesto, todo esto podría ser una ilusión causada por el hecho de que todavía me molesta el que me sienta atraído por mi asistente, mi muy sencilla pero muy tentadora empleada.

No tiene ningún puto sentido.

—Olvida que he hecho esa pregunta —le gruño a Ivy, lo que solo la hace reír.

Dios, es exasperante. No sé cómo Archer puede soportarla a veces.

—No seas tan cascarrabias. No pasa nada por admitir que sientes algo por Bryn. —Ivy se inclina hacia delante en su silla y una sonrisa curva sus labios—. Tengo la sensación de que ella también siente algo por ti.

Lo sé. Pero no puedo hacer nada al respecto. Bryn James trabaja para mí. Es mi asistente. Está a mi lado siempre; creo que paso más tiempo con ella, y ella conmigo, que con ninguna otra persona, sobre todo últimamente, ahora que casi tenemos encima la gran reinauguración de la bodega. Es una representante de mi negocio. Si me liara con mi asistente y la relación se fuera a pique, tendría serios problemas. Ella podría arruinarme demandándome por acoso sexual, y yo me quedaría con la polla floja en la mano y el negocio hundido.

Así son las cosas. No voy a correr el riesgo. Lo vi con mi padre. No voy a dejar que me pase a mí.

—Da igual. No puede pasar nada entre nosotros. —Le dirijo una mirada severa a Ivy—. Y esta conversación no puede salir nunca de este despacho.

Mirando por encima del hombro de Ivy, intento ver si Bryn está en su mesa, pero la silla está vacía.

Gracias a Dios.

La expresión de la cara de Ivy se vuelve solemne y levanta tres dedos.

—Esta conversación no sale de aquí. Palabra de Scout.

—Tú nunca has sido Scout —murmuro, temiendo que esté haciendo una promesa falsa.

Es bastante probable que se lo acabe contando a todo el mundo. Más en concreto, a Archer y Gage. No necesito oír los jodidos comentarios de esos dos.

Y ya me estoy preocupando demasiado por esto.

Se ríe de nuevo.

—No voy a decir ni mu, te lo prometo. Pero tengo que confesarte una cosa, Matt. —Se inclina hacia mí y baja la voz—: Está muy enamorada de ti. Puede que no te hayas fijado, pero se le nota; en su tono de voz, en el brillo de sus ojos, cada vez que te mira o habla de ti, en el modo en que su cuerpo se acerca al tuyo cada vez que estáis juntos… Es bastante obvio. Un experto en lenguaje corporal se lo pasaría en grande con vosotros dos.

¿Experto en lenguaje corporal? ¿De qué coño está hablando Ivy?

—No tengo ni idea de a qué te refieres, pero los enamoramientos de oficina son solo eso, enamoramientos, atracciones inofensivas en las que nadie hace nada. Y punto. Fin de la historia. —Esto es lo que no paro de decirme.

No puedo empezar nada con Bryn por mucho que me tiente. No solo sería muy inapropiado salir con mi asistente, sino que provenimos de mundos distintos. Ella parece agradable y normal, tranquila y discreta, y yo soy cualquier cosa menos eso. Mi vida ha sido un circo durante años.

—Lo entiendo. Estás tratando de hacer lo correcto, y te admiro por eso. Así que, por supuesto, no ves nada más allá de una asistente eficaz en la señorita James.

Vale. Ivy no anda muy desencaminada. Cuando conocí a Bryn, apenas decía dos palabras, mantenía la cabeza agachada cuando le hablaba y muchas veces respondía «Sí, señor» y «No, señor». Casi se mimetizaba con las paredes, como si no quisiera que nadie se fijara en ella.

Así que no me fijé.

Sin embargo, cuando empezamos a sentirnos a gusto trabajando juntos, sucedió algo. Creo que Ivy tuvo algo que ver en la lenta transformación de Bryn. Ahora hace contacto visual cuando me habla y se ha vuelto un poco

más animada. También ha empezado a llevar colores más llamativos, lo que atrae mi atención hacia su pecho, aunque evito mirarla ahí como mejor puedo.

Estos sutiles cambios me hicieron fijarme en los detalles, como en el color de sus ojos (azules), el aspecto de su pelo (como de seda y quiero tocarlo) y lo tentador de sus colmados labios (son jodidamente espectaculares).

Su mirada se detiene cuando me mira; a veces también la mía. Su sonrisa se suaviza, su voz baja cuando habla, lo que despierta mi imaginación. ¿Hablaría así justo antes de que la besara?, ¿de que le quitara la ropa?, ¿de que la llevara a la cama?

Sí. Todos esos pensamientos son peligrosos. Casi prefiero a la antigua señorita James, la que era como el papel de la pared: aburrida y anodina. No está bien decirlo, pero, joder, lo que menos necesito es una distracción.

Y se ha convertido en la mayor distracción a la que me enfrento actualmente, la que menos necesito.

—Es una gran asistente. Y nada más. Deja de intentar convertirlo en algo que no es —digo, y sueno como un viejo irritable.

—Oh, vamos. No pasa nada por admitir que te atrae. Has ganado la apuesta, Matt. —Los ojos le brillan—. Si cedes ahora, Gage y Archer no podrán meterse contigo.

—Creo que te gusta meterte conmigo —le digo.

La apuesta del millón de dólares, como si hubiera cobrado algo de alguno de esos amigos gilipollas que me deben quinientos mil cada uno. Cuando estuvimos en la boda de un amigo, hace casi un año, aceptaron de buen grado mi sugerencia, como tontos. Les propuse que el último soltero que quedara ganaría un millón de pavos. Empezó siendo una broma. Supuse que Archer y Gage serían los últimos en enamorarse, sobre todo, Archer. Nunca creí que me tomarían en serio, ni a mí ni la apuesta.

Pero, para mi sorpresa, aceptaron. Y empecé a darme cuenta de que los iba a ganar.

Archer ha caído primero. Gage, justo después de él. No han aguantado ni seis meses. Maldita sea, Archer salió corriendo la misma noche que hicimos la apuesta y se lio con Ivy.

Increíble. Es como si la apuesta les hubiera animado a encontrar una mujer y enamorarse.

La risa de Ivy me saca de mis pensamientos; al levantar la vista, la descubro de pie, cogiendo la factura de mi mesa y llevándosela en la mano.

—Pues sí, me gusta meterme contigo. Y debería irme. Como siempre, ha sido un placer pasar unos minutos contigo, señor DeLuca. Estoy deseando verte la semana que viene, cuando empecemos a prepararlo todo para la reinauguración.

—Nos vemos —le digo, pero ya se ha marchado, ha salido del despacho y ha dejado la factura en la mesa de Bryn antes de desaparecer por completo de mi vista.

Me reclino en la silla, me froto la mandíbula con la mano y la piel de la cara me roza la palma. Necesito afeitarme. Necesito unas putas vacaciones. No he hecho otra cosa que trabajar, trabajar y trabajar desde que compré esta bodega por capricho.

Pensé que sería divertido, algo diferente. Buscaba algo que hacer después de mi espectacular salida de la Liga Nacional de Béisbol.

He pasado mis años de formación en un campo de béisbol. Viví y respiré béisbol y lo convertí en una carrera profesional. Había planeado durar mucho más que mi padre. Planeaba tener una carrera mejor que la suya también.

Todo se vino abajo cuando un día corriendo hacia atrás por el campo para atrapar una bola al vuelo tropecé, joder. Ni siquiera recuerdo con qué. ¿Con mis propios pies? Nadie sabía decir qué pasó.

Lo único que sé es que estaba en la cima del mundo, entrenando para un gran partido, y acto seguido me encontraba en el hospital, listo para ser sometido a una larga operación de rodilla.

Mi carrera había terminado, y tan solo había jugado ocho temporadas. Mi vida entera cambió por completo, y yo no sabía qué hacer a continuación.

Archer seguía intentando animarnos a Gage y a mí a venir al valle de Napa. Entonces, una vez que me vi empujado a retirarme antes de tiempo, decidí venir a la caza de una inversión interesante y de una posible distracción.

A los pocos días, la encontré: una bodega consolidada que había sido el orgullo de la zona, pero que cayó en picado cuando murió el patriarca. La bodega estaba en ejecución hipotecaria. Antes de que la subastaran por quiebra, me hice con ella por una miseria.

También me encontré con un puñado de empleados —entre ellos, una tal Bryn James— que me veían como su salvador personal.

Resultó que el problema no residía ni en los empleados ni en el vino que producía la bodega, sino en el dinero que despilfarraba el hijo mayor, que se había hecho cargo del negocio y gastaba a manos llenas. Había desangrado por completo las arcas de la empresa (y a su familia también) y la había dejado a la deriva, con una publicidad mediocre, un etiquetado anticuado y sin ninguna previsión para los próximos seis meses, y no hablemos ya de los siguientes cinco años.

Aquel lugar estaba destinado a ir a la quiebra.

Así que me hice con la propiedad, le puse mi nombre y con ello nació la Bodega DeLuca. Estos últimos meses he trabajado sin parar en la gran reinauguración. La mayoría de los lugareños, especialmente los viticultores locales, piensan que soy un hazmerreír. Que soy el gran, malo y prejubilado jugador de béisbol Matthew DeLuca que llega a la ciudad y actúa como si supiera llevar una bodega. Como si hubiera venido aquí buscando un *hobby*, y la bodega lo fuera.

En cierto modo tienen razón, aunque yo nunca lo reconocería.

Quiero demostrarles lo equivocados que están. Quiero demostrarles que sé exactamente lo que hago. Quiero respeto. A diferencia de mi padre, que tuvo el respeto en sus manos una y otra vez y luego lo aplastó hasta que se desintegró en polvo.

No me parezco en nada a él. Es una broma. El público trató de hacerme parecer una broma también. Y probablemente lo volverán a hacer. Tengo que demostrar, de una vez por todas, que solo porque sea el hijo de Vinnie DeLuca eso no significa que sea igual que él.

Por eso necesito mantenerme lejos de la señorita James. Es encantadora, pero es una mujer que trabaja para mí. Y eso podría provocar problemas de todo tipo.

Problemas que no necesito.

Bryn

Me instalo detrás de mi escritorio, cojo la factura que me ha dejado Ivy y la añado a la pila de tareas que tengo que hacer antes de irme hoy.

Últimamente no consigo salir hasta pasadas las seis, pero hoy tengo la sensación de que voy a quedarme incluso más tiempo.

Dado que la gran reinauguración es dentro de poco más de una semana, aún hay mucho por hacer. Además, creo que tengo que sacar algo de tiempo para ir de compras este fin de semana con Ivy y encontrar un vestido. No es que Matt no me pague bien, pero no puedo permitirme semejante despilfarro, sobre todo en un vestido que lo más probable es que solo me lo ponga una vez antes de guardarlo en el fondo del armario.

Aun así, quiero estar lo más guapa posible para Matt, como representante de las Bodegas DeLuca, por supuesto.

«Por supuesto. No importa que te parezca tan guapo que la cabeza te da vueltas cada vez que mira hacia ti. O cuando esboza esa sonrisa suya. O cuando pasas tiempo en su oficina solos él y tú trabajando juntos, y él habla en voz baja y su limpio aroma masculino flota en el aire, lo que te vuelve loca. La forma en que te mira cuando cree que no le estás prestando atención. Como si quisiera quitarte la ropa lentamente y recorrerte la piel desnuda con las manos, y a continuación con la boca».

Suspiro, agacho la cabeza y me quedo mirando el teclado. Sentir algo por mi jefe es la cosa más loca que he hecho nunca. Y he hecho muchas locuras en mi vida.

Pongo los ojos en blanco y empiezo a teclear. Incluso mis pensamientos dan vueltas en círculos. Estoy hecha un lío, preocupada por mi enamoramiento de mi jefe. Así que ¿cómo voy a decir cosas con sentido cuando hablo con Matt? En cuanto me acerco a él, mi cerebro literalmente cortocircuita. Se acerca a mi mesa y me mareo un poco. Me sonríe y el corazón me da un vuelco.

¿Lo peor? Ya he pasado por esto antes. Y no solo un flechazo; dejé que mi antiguo jefe me persiguiera por su mesa un par de veces, sus rápidas manos agarrándome el culo. Los pechos. Le aparté de un manotazo, pero me reí. Luego dejé que me besara.

Mucho.

Luego me enteré de que tenía mujer e hijos y, Dios mío, me quise morir. Lo dejé al día siguiente. Tenía diecinueve años, estaba muerta de miedo y temía que su mujer viniera a por mí. Y con razón, ya que besé a su marido. ¿Cómo pude hacer algo tan horrible? ¿Qué me pasaba?

«Has nacido con ese bonito cuerpo y esa preciosa cara —me dijo mi abuela una vez hace mucho mucho tiempo—. No te traerá más que problemas, niña. No se puede describir en palabras lo hermosa que eres».

Hago una mueca, con los dedos posados sobre el teclado a media pulsación. Qué bien. Ahora mi abuela ronda mis pensamientos. Pero esas palabras —y lo que pasó con mi antiguo jefe— son la razón por la que empecé a restar importancia a mi aspecto. Mi cara me causaba muchos problemas.

Cuando era pequeña, el conocido pervertido que vivía en la caravana tres plazas más abajo de la mía intentó arrastrarme hasta su coche. Yo hice lo que mi madre siempre me decía que hiciera si alguien intentaba secuestrarme: escupirle a la cara y salir corriendo.

Luego, ya en el instituto tres deportistas del equipo de fútbol americano me acorralaron dentro del gimnasio cuando ya no quedaba nadie, me pusieron de rodillas y se dispusieron a utilizar mis servicios por turnos —metiéndome la polla en la boca— hasta que su entrenador nos encontró y les dijo que se largaran. Nadie volvió a hablar de ello.

Ese fue el momento más aterrador de mi vida, aparte de lo del pervertido del pueblo.

Por eso, cuando mi antiguo jefe, que me hablaba tan dulcemente, utilizó sus encantos mágicos y me encontré besándole con todo el deseo reprimido de una chica ingenua de diecinueve años que ha leído demasiadas novelas románticas, no es de extrañar que mis tontos sueños se desvanecieran al instante.

Mis sueños tontos siempre se veían aplastados. Y la única razón por la que siempre me metía en problemas era porque mi cara es demasiado bonita.

Me marché de Texas y me fui a vivir a California, la tierra de los sueños y la fortuna. Intenté por todos los medios sobrevivir en Hollywood, pensando que, si tenía un buen físico, podía intentar aprovecharlo.

En cambio, me di cuenta enseguida de que era una más de entre un montón de caras bonitas. Conseguí un anuncio local para una cadena de televisión que solo emitía programas nocturnos. Posé en un par de salones del automóvil en bikini y tuve que dar manotazos a todos los hombres que intentaban rozarme el muslo o pellizcarme el culo.

Abatida, empecé a buscar trabajo en internet. Cualquier trabajo, en cualquier sitio, me daba igual; solo quería salir de Hollywood. Una vez más, mis sueños se hicieron añicos. Nadie quería darme un trabajo a menos que tuviera relaciones sexuales con ellos. O les hiciera una mamada. Por alguna razón todos querían mamadas.

Degenerados.

Por fin encontré en Craigslist un anuncio que buscaba una asistente personal en el valle de Napa. Eso me sacaría de Hollywood, pero me mantendría en California y así no tener que regresar a casa y oír que yo era un fracaso épico.

Así que me transformé. Conseguí el trabajo y dejé de maquillarme, me recogí el pelo en un moño o en una coleta y encontré un nuevo vestuario que consistía en ropa holgada de colores neutros. Era una sombra de lo que había sido. Estaba callada. Y trabajaba muy bien.

Por desgracia, el anterior propietario de la bodega era un jefe horrible.

Cuando perdió todo su dinero y la propiedad entró en ejecución hipotecaria, pensé que tendría que volver a mi polvorienta ciudad natal, el lugar donde los sueños morían. Había empezado a hacer las maletas, buscando la manera de vender los pocos muebles que tenía en el apartamento cutre que apenas podía permitirme, cuando mi héroe personal entró en mi vida y la cambió para siempre.

Matthew DeLuca.

Este sexi exjugador de béisbol profesional se vio obligado a retirarse por una lesión de rodilla que puso fin a su carrera. Con su aspecto de estrella de cine y su sonrisa desenfadada, entró en el edificio y declaró, con esa voz profunda y ronca suya —la que hace que mi cuerpo cobre vida cada vez que la oigo—, que iba a mejorar nuestras vidas.

Y lo hizo.

No solo nos devolvió todas las nóminas atrasadas que nos había estafado nuestro antiguo empleador cuando empezaron a devolver los últimos cheques, sino que además aumentó el sueldo de todos los empleados de la Bodega Chandler, que ahora se llama DeLuca, y nos preguntó si no nos importaría hacer horas extras los meses siguientes para preparar la reinauguración de la bodega.

No tuvo que pedírnoslo dos veces. Estábamos más que dispuestos a hacer lo que hiciera falta para contentar a nuestro nuevo jefe. Y para meter más

dinero en nuestros bolsillos.

Matt no solo me ha salvado la vida, también ha sido un buen jefe. Justo, inteligente, generoso, me empuja a querer rendir al máximo de mis capacidades. Y no intentaba perseguirme por su mesa para robarme un beso.

Aunque a veces me gustaría que lo hiciera.

—Señorita James, ¿podrías preparar una lista actualizada de quién asistirá a la fiesta de la semana que viene?

El tono nítido y serio de Matt me saca de mis pensamientos y alzo la vista para encontrarlo de pie frente a mi escritorio, con una expresión de preocupación grabada en sus facciones. Tiene el ceño fruncido y la cabeza inclinada hacia un lado, como si intentara averiguar qué me pasa exactamente.

Pero, claro, no puedo decirle que lo que me pasa es él, ¿no?

—Sí, señor. —Le sonrío con los labios cerrados, mi nueva forma de sonreír desde que la anterior era brillante y dentada y me causaba demasiados problemas. Les daba a los hombres una impresión equivocada.

—Tienes intención de asistir, ¿correcto? —Una ceja oscura se levanta mientras espera mi respuesta.

Se me seca la boca, me humedezco los labios y noto cómo su mirada se posa en mi boca durante un breve instante antes de volver a mirarme a los ojos.

—Correcto —digo, imitándole.

Necesito estar allí para asegurarme de que todo salga bien. Aunque va a costarme asistir.

¿Y si… y si lleva una acompañante? Eso me hundirá. Tendré que fingir que todo va bien y seguir con mi trabajo, pero por dentro me moriré un poco.

Lo cual es una tontería. Tonta, tonta, tonta.

—Bien. —Asiente con la cabeza una vez—. Te necesito allí.

—Allí estaré —digo débilmente, agradeciendo estar sentada, ya que mis rodillas tiemblan un poco.

Que el cielo me ayude, me gusta que haya dicho que me necesita allí.

Que me necesita a mí.

—Gracias. —Matt hace un único gesto de asentimiento y se dirige hacia la puerta que da al exterior—. Estaré en el huerto. Mándame un mensaje si

me necesitas.

—Eso haré. Y diviértete —le digo, mientras mi mirada se posa en su trasero cubierto por los vaqueros.

Viste de manera informal desde el principio, teniendo en cuenta que pasa gran parte de su tiempo en los viñedos, aprendiendo lo que hace falta para producir una uva de calidad que, a su vez, produzca un vino de calidad. Lleva vaqueros y camisas que suele remangarse hasta el codo, mostrando esos antebrazos fuertes y bronceados que me hacen la boca agua.

En ocasiones, aparece con traje, normalmente cuando tiene una reunión en la oficina con alguien importante, un inversor, un mayorista y similares. Esos días son los peores. Me desconcentro. A ningún hombre le quedan los trajes como a él, con esos hombros anchos y el amplio torso, y el oscuro cabello, un poco largo por detrás —una reminiscencia de su época de jugador de béisbol, lo juro—. Su espeso pelo castaño se le ondula en las puntas de la forma más atractiva. Mis dedos se mueren de ganas por peinárselo.

Casi no puedo contenerme. Este hombre es como una droga, y no puedo remediar ser adicta a él. No solo no lo puedo remediar, es que me encanta ser adicta a él. Es ridículo lo mucho que pienso en él.

Pero él no parece pensar en mí en absoluto.

Suena mi móvil y veo que es Ivy, así que contesto. No me gusta atender llamadas personales en el trabajo. No es que Matt me haya dicho nada, pero no me parece bien.

Y no es que reciba muchas llamadas personales. No tengo demasiados amigos porque llevo poco tiempo aquí. No tengo novio porque los hombres no dan más que problemas, y desde luego mi abuela nunca me llama. La mayor parte del tiempo se comporta como si yo no existiera.

—Tienes que venir de compras conmigo este sábado —declara cuando contesto.

El temor me hunde el estómago hasta los dedos de los pies. Yo quería ir. Dejé que me convenciera. Pero, cuanto más lo he pensado, más me he dado cuenta de que no puedo permitirme comprar en los sitios en los que lo hace ella. Está forrada. Y yo no.

—Ivy, te agradezco que quieras que vaya contigo, pero no puedo gastarme mucho dinero en el vestido —le explico, y giro la silla para mirar por la ventana que da a los viñedos cercanos.

Veo a Matt ahí fuera, hablando con el encargado del campo, con el pelo reluciente a la luz del sol y la camisa blanca tirante sobre los hombros de la forma más atractiva.

—Voy a ir a Ross o a algún sitio parecido —continúo—. Ese es más el rango de precios que estoy buscando para esto.

—No vas a ir a Ross —susurra Ivy; parece bastante molesta—. Tengo un plan y tú formas parte de él, así que tienes que venir de compras conmigo. Además, voy a llevar a una amiga. Te va a encantar. Es la novia de mi hermano y es adorable.

Estupendo. Sé que el hermano de Ivy, Gage Emerson, es un poderoso agente inmobiliario que ayudó a Matt a encontrar la bodega. Es rico y guapo, igual que Matt. Igual que el prometido de Ivy, Archer Bancroft.

Y luego estoy yo, la pequeña Bryn James de Cactus, Texas, que creció en una casa prefabricada y ha sido pobre toda su vida. Mudé mi piel como las serpientes que vivían bajo nuestra casa y empecé una nueva vida. Aquí, en California, el Estado Dorado.

Parte del dorado se ha empañado desde que llegué, pero no es nada que un poco de pulido no pueda arreglar.

—Suena…

—¿Como tu peor pesadilla? —Ivy se ríe mientras yo me quedo estupefacta. ¿Cómo lo ha sabido?—. Me caes bien, Bryn. Me caes muy bien. Y creo que yo también te caigo bien.

—Sí, así es —digo automáticamente; sueno como un robot.

Ivy se ríe más fuerte.

—Solo necesitas… relajarte. Estás demasiado tensa. ¿Tienes amigos? ¿Tienes novio? ¿Alguna vez usas algún color que no sea marrón o beis?

—Hey. —Eso ha dolido, aunque todo lo que Ivy ha dicho es verdad—. Me compré esos tops brillantes en Gap el mes pasado por recomendación tuya.

—Lo sé. Y estoy orgullosa de ti por hacer ese esfuerzo. Pero necesitas más color, Bryn. Eres tan guapa, y no digas que no lo eres porque, créeme, lo eres. Vamos a peinarte o a hacerte un cambio de imagen o algo así. —Ivy hace una pausa—. ¿Por favor? Corre de mi cuenta.

—De ninguna manera. No-no. No quiero tu caridad. —Me aparto de la ventana y me concentro en la pantalla del ordenador, con la vista nublada.

Normalmente, cuando alguien quiere hacer algo bueno por ti, siempre espera algo a cambio.

Al menos, eso es lo que siempre me pasa a mí.

—No es caridad, te lo prometo. Es que… Te lo explicaré el sábado. Podríamos quedar para comer, te lo cuento todo y luego vamos de compras por el centro. ¿Qué te parece?

Me parece una pesadilla. Una limosna. Debería decir que no. No quiero sentirme en deuda con nadie. Ya me siento así con mi jefe. Le debo tanto, y él no tiene ni idea. Tampoco quiero que Ivy sienta que tiene que cuidar de mí. Qué vergüenza.

—Solo di que sí, Bryn. Venga. —El tono de Ivy es persuasivo, y yo cedo porque soy una blandengue y no puedo evitarlo.

—De acuerdo. Iré. Pero yo tengo la última palabra en todo, ¿vale? En todas las opciones de compra y en lo que sea —le digo con voz firme.

—¡Genial! No te arrepentirás, te lo prometo. —Puedo oír literalmente la emoción en su voz.

Tal vez esta excursión de compras signifique más para ella de lo que pensé al principio.

—Ah, y ¿Bryn?

—¿Sí?

—No le digas a Matt que vamos a ir de compras, ¿vale?

—Vaaale.

Bien.

Qué raro todo.

Capítulo 2

Bryn

Nos encontramos para almorzar en el negocio de una amiga de Ivy en el centro de St. Helena. La panadería y café Cosecha de Otoño es preciosa y, a juzgar por la cantidad de personas que hacen cola para comprar sándwiches, productos horneados y cafés, debe de ser superpopular. Nada más entrar, me pregunté si tendríamos sitio.

Hasta que me fijé en una Ivy embarazada que saludaba frenéticamente desde una mesa que había al fondo del café y sentí un gran alivio.

Me abro paso por el atestado local y mi mirada se fija en el menú, escrito con tiza en una pizarra gigante que cuelga por encima del mostrador. Las opciones de sopa y sándwich suenan increíbles y el estómago me gruñe de expectación.

Caray, espero que eso no pase cuando conozca a la amiga de Ivy. Menuda primera impresión cutre le iba a dar.

—¡Bryn! Qué alegría verte. —Ivy se levanta y me abraza como si yo fuera una amiga a la que hace mucho que no ve.

Le devuelvo el abrazo, curiosamente conmovida por su muestra de cariño, ya que nunca me pasa algo así. Me retiro primero de Ivy y sonrío a la mujer que está a su lado. Es joven, tiene la larga melena rubia recogida en una coleta y ojos azules fríos y evaluadores.

—Esta es mi amiga Marina Knight —dice Ivy, y la señala con un gesto de la mano—. Es la dueña de Cosecha de Otoño y mi futura cuñada.

—Para, por favor. —Marina pone los ojos en blanco—. Tu hermano aún no lo ha hecho oficial.

—Créeme, lo hará. —Ivy se ríe—. Marina, esta es Bryn James. Es la asistente de Matt.

—Oooh. —Ese sonido largo y arrastrado es revelador—. He oído hablar mucho de ti. —Temo y anhelo a la vez saber qué han dicho.

—Encantada de conocerte —le digo a Marina mientras le doy la mano. Tono formal y profesional, sueno bien. Tranquila y serena, cuando este tipo

de situaciones estresantes suelen sacar mi lado texano.

Tardé más de un año en aprender a hablar sin acento, pero estoy segura de que volvería a tenerlo muy fácilmente si no presto atención.

—Un placer —dice Marina casi con demasiado entusiasmo—. Ivy me ha hablado mucho de ti.

¿De verdad? Me quedo estupefacta. Me imaginé que tal vez hubieran cotilleado sobre mí de pasada, pero nada más. ¿Por qué iba Ivy a hablarle de mí a su amiga? No sé de qué va la reunión de esta tarde. Temo meter la pata.

Nos sentamos las tres y Marina repasa la carta, nos explica cuáles son, en su opinión, los mejores platos y los especiales del día. Una vez que nos hemos decidido, llama a uno de sus empleados para que nos tome nota —una ventaja especial de estar con la propietaria—.

Todos los demás tienen que hacer cola y hacer su pedido en el mostrador.

—Así que Ivy me ha dicho que querías un cambio de imagen.

—Nunca he dicho tal cosa —le digo a Marina, y miro sorprendida a Ivy.

Ella pone cara de inocente, con aspecto angelical. Sin embargo, le veo los cuernos de demonio asomándole por el pelo.

—Vamos, Bryn. No irás a decirle que no a una embarazada, ¿verdad? —Ivy me mira parpadeando.

Es la personificación de la dulzura y la luz, y mi resentimiento por haber sido obligada a algo que no quería hacer se desvanece un poco.

—Vas a usar esa excusa todo el tiempo que puedas, ¿a que sí? —pregunta Marina, y pone los ojos en blanco.

En ese momento me doy cuenta de que me voy a llevar bien con Marina.

—Todo el embarazo, por supuesto —confirma Ivy, luego sonríe—. Bryn, me doy cuenta de que esto te incomoda, pero, por favor, soy una embarazada con las hormonas revolucionadas que lo único que quiere hoy es divertirse. Y divertirse significa encontrarte un vestido precioso e ir al *spa*.

Solo la palabra *spa* hace que el temor se me enrosque en el estómago. *Spa* es igual a caro. Lo sé. Nunca he ido a uno porque no me lo puedo permitir.

—La estás asustando, Ivy —dice Marina en voz baja—. Deja de exagerar. Quizá deberías decirle la verdad.

¿La verdad? Eso suena siniestro. Pero no hay ninguna verdad que decir, al menos, no todavía. Ivy se limita a sonreírme y luego cambia de tema. Hablamos de todo y de nada mientras esperamos la comida. Marina y Ivy parlotean, y yo intervengo solo cuando me preguntan. Aparte de eso, guardo silencio, disfrutando del ambiente agradable y moderno del café.

Por fin llegan nuestros almuerzos y me zambullo de lleno en el mío, sin cortarme. Estoy muerta de hambre y normalmente como en casa, casi nunca salgo, ya que no conozco a casi nadie. Y, al no cocinar, como tristes comidas que consisten en platos para microondas Lean Cuisine o ensaladas preparadas que compro en el supermercado local. Cuando acabo, siempre me siento vacía e insatisfecha.

Algo parecido a lo que me pasa con mi vida.

A mitad del sándwich, me doy cuenta de que ellas dos no están comiendo. Levanto la vista del plato y veo que Ivy y Marina me miran como si fuera una extraterrestre que acaba de aterrizar en la Tierra.

Mastico lentamente lo que tengo en la boca y trago, después dejo el sándwich con cuidado en el plato.

—¿Tengo algo en la cara?

Marina niega con la cabeza.

—¿Nunca comes? Pareces muerta de hambre.

—No salgo mucho —admito, y me siento tontísima.

—Déjala tranquila y tómatelo como un cumplido. Está claro que le encantan tus sándwiches —le dice Ivy a su amiga con una sonrisa amable.

—No es que le quiera hacer pasar un mal rato. Es que… no solemos ver a chicas de nuestra edad devorar un sándwich así —explica Marina.

Eso me hace sentir aún peor. Soy una glotona. Pero me alimento tan mal que realmente no creo que darme el capricho de tomarme una sopa y un sándwich me vaya a hacer ningún daño.

—Estar embarazada te da una libertad total. Me encanta comer sin preocuparme de ello. —Ivy le da un gran mordisco a su sándwich para enfatizar.

—No estás embarazada, ¿no, Bryn? Esa no es tu excusa, ¿verdad? —me pregunta Marina.

Me quedo horrorizada por su pregunta. ¿Embarazada? No lo quiera el cielo.

—Por supuesto que no —digo convencida.

Ivy se echa a reír y se lleva una mano al pecho.

—Menos mal. Eso habría hecho trizas nuestro plan.

Vale. Ya se ha desvelado el misterio. Me siento como si fuera su pequeño proyecto, y no me gusta.

—¿De qué todo esto exactamente? —digo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ivy.

—Siento que me habéis invitado a comer con falsos pretextos. —Detesto tener que ser escéptica con todo el mundo, pero no lo puedo evitar.

Toda mi vida he sentido que los demás siempre quieren aprovecharse de mí. Eso me ha hecho levantar muros y estar constantemente a la defensiva.

No tengo ni idea de lo que están tramando y me incomoda.

—Díselo, Ivy —murmura Marina, y eso me pone más nerviosa aún.

Qué raras son estas mujeres del valle de Napa. Y yo que pensaba que Hollywood estaba lleno de gente rara…

—Oh, vale. —Ivy exhala un suspiro irritado—. Quería que fuera una sorpresa, pero te estás poniendo demasiado nerviosa. Queremos intentar emparejarte con Matt.

La miro boquiabierta. Un momento. ¡¿Cómo?!

—¿Te refieres a Matt, mi jefe, Matt DeLuca? —pregunto.

Ahora le toca a Ivy poner los ojos en blanco.

—¿Conoces a otro Matt?

Bueno, fui a la escuela con Matt Short, pero él sigue en Cactus, dirigiendo el taller de soldadura de su padre, según tengo entendido.

—Pero es mi jefe —subrayo.

Y pienso en aquel otro jefe que tuve, el de los niños, la mujer y las manos erráticas, el que me perseguía literalmente tan rápido alrededor de su mesa que tal vez dejó huella en la alfombra.

—¿Y? —Ivy agita la mano, como para descartar mis preocupaciones—. Creo que le gustas.

Me niego a dejar que ese dato encienda la esperanza en mi pecho. Olvídalo.

—Lo dudo mucho. Soy su asistente. —Que viste ropa anodina e intenta ser eficiente pero fácil de olvidar.

—¿Y? Si le atraes, le atraes. —Ivy se encoge de hombros y le da un mordisco a su sándwich.

Las miro a ella y a Marina comer, las dos completamente indiferentes mientras a mí me consumen los nervios por dentro. Una cosa es que me atraiga mi jefe y que yo mantenga mis sentimientos en secreto.

Y otra, muy distinta, que otras personas se den cuenta de que puede haber algo entre nosotros y que incluso quieran que yo haga algo al respecto.

—No soy su tipo —respondo por fin, incapaz de decir lo que siento de verdad.

«Me visto así y me comporto de esta manera a propósito. No quiero que Matt DeLuca me preste atención. ¡No quiero que se fije en mí!».

Aunque últimamente sí. Tengo que luchar contra ello a diario. Sería tan fácil ponerme una falda corta y un top revelador, entrar en su despacho y humedecerme los labios antes de mostrarle mi sonrisa más pícara. Llevar el pelo suelto y echármelo por encima del hombro, sacar pecho y dejarle mirarme los senos, porque hasta yo he de reconocer que son bastante bonitos.

Pero no hago nada de eso. No merece la pena.

—Creo que te escondes bajo ese exterior. Nunca te he visto con mejor aspecto que ahora —dice Ivy con naturalidad.

Llevo una camiseta roja, unos vaqueros y el pelo recogido en una coleta alta. No llevo ni una gota de maquillaje y los vaqueros son de la talla que gastaba hace un año, más curvilíneos, así que me están un poco holgados. No es lo más favorecedor que tengo.

—Vaya, gracias —murmuro.

—Hablo en serio. La forma en que te vistes, la forma en que te muestras ante todo el mundo, no parece real. Es como si hicieras todo lo posible por esconderte. —Ivy me contempla; su mirada me recorre la cara, y casi me avergüenzo de lo incómoda que me está haciendo sentir—. Tienes una cara preciosa.

Oh, no.

—Gracias —digo, insegura.

Ivy entrecierra los ojos y le da un codazo a Marina.

—Quiero decir, muy guapa. Podrías pasar por Angelina Jolie. ¿No crees, Marina?

—Venga ya. —Me lo han dicho una o dos veces. Normalmente algún lascivo, supuesto director, cuando le leía un guion, que esperaba meterse en

mis bragas antes de darme el papel. No echo de menos Hollywood—. No me parezco en nada a ella.

Ahora le toca a Marina escudriñarme.

—Sí, la verdad es que te pareces a ella.

Mi apetito se evapora, de golpe. Miro mi sándwich a medio comer, triste por no poder disfrutarlo más.

—¿De dónde eres, Bryn? Creo que no me lo has dicho nunca —dice Ivy.

—Vine aquí desde el sur de California. —Me encojo de hombros; he sido deliberadamente imprecisa.

—Y ¿de dónde venías antes? —pregunta Marina—. Tienes un ligero acento.

Ostras. Pensé que ya me había desprendido de ese acento del todo, para siempre.

—Vale. Me crie en Texas —digo, y suspiro—. En un pueblo del que seguro que nunca habréis oído hablar.

—Ahora me muero por saberlo —dice Marina.

Vine a California para olvidar mi pasado y empezar de cero. Quiero una nueva oportunidad, ser un nuevo yo. No sentarme a comer y rememorar.

—Cactus, Texas, con una población de tres mil doscientos habitantes. Justo en la puntita del estado —digo.

Ivy sonríe.

—Has dicho «en la puntita».

Mis mejillas se encienden.

—Supongo que sigo siendo un poco paleta —respondo.

Soy una paleta. Y en esta ciudad llena de gente rica, donde todo es hermoso, exuberante y verde, no soy más que una mujer simple.

—No eres una paleta. Eres adorable. —Ivy sonríe, luego coge su vaso de agua helada y sorbe de la pajita—. Terminemos de comer y vayamos de compras antes de que me entre el cansancio de media tarde.

—Vamos a Ross, ¿verdad? —pregunto tímidamente, a sabiendas de que no había ningún Ross cerca de St. Helena.

—Claro que no —dice Ivy con firmeza, y Marina asiente con la cabeza.

—Hay unas cuantas *boutiques* cerca donde creo que encontraremos algo, algo increíble para dejar a Matt con la boca abierta —añade Marina.

—¿Por qué estáis tan empeñadas en liarme con Matt?

Ni siquiera debería considerar enrollarme con mi jefe. Y no entiendo por qué estas dos mujeres están tan dispuestas a emparejar a su amigo con su asistente, es decir, conmigo. No tiene sentido.

—Está solo. Te juro que, en todo el tiempo que hace que le conozco, nunca le he visto con una mujer más de una vez —explica Ivy—. Es un soltero de oro. Necesita encontrar una mujer estable, una con la que pueda contar.

Uff. Bueno, esto no pinta bien; significa que tiene fobia al compromiso.

—Era jugador profesional de béisbol —digo, con la voz cargada de sarcasmo, porque, venga ya…—. ¿Me estás diciendo que le costaba encontrar mujeres?

—No, desde luego que no. Pero le cuesta encontrar una buena —responde Ivy.

—Pero es, sin duda, el menos cínico de los tres —añade Marina—, lo cual es una ventaja para ti, Bryn. No es tan incrédulo.

Mi cabeza va de una a otra, como si estuviera viendo un partido de tenis. No tengo ni idea de qué creer, ni a quién creer. Todo parece un ensueño, como de Cenicienta.

Y no soy de las que creen en los cuentos de hadas.

—¿Tan incrédulo en qué?

—En el amor, claro.

Matt

—Tú, amigo mío, eres un jodido cascarrabias. —Gage señala su botella de cerveza en mi dirección antes de dar un trago, y Archer ríe entre dientes y asiente con la cabeza.

Gilipollas. Los dos. Llamarme a mí «jodido cascarrabias». Tengo razones para ser cascarrabias. Me estoy matando a trabajar tratando de poner esta bodega en óptimas condiciones para no convertirme en el hazmerreír del valle de Napa. Y, mientras tanto, ellos siguen con su vida tan felices y tan contentos, con sus mujeres y establecidos en sus trabajos. Joder, Archer se va a casar dentro de nada y va a tener un bebé.

Yo he tenido que empezar de nuevo. Y es un asco.

—Los dos habéis hecho trampas —refunfuño, y despego la etiqueta de mi botella de cerveza, la hago pedazos y dejo los trozos de papel en la mesa para que lo limpie otro.

Y realmente me importa poco.

Estamos en el salón del complejo de golf, tomando una cerveza después de un partido muy malo por mi parte. Lo único que quiero es irme a casa.

O ahogar mis penas en mucha cerveza.

—Joder, no hemos hecho trampa, mal perdedor. Gané de forma limpia. No es culpa nuestra que ya no tengas tiempo para jugar al golf —dice Archer, con mirada penetrante mientras me observa desde el otro lado de la mesa.

Gran verdad. Ya no tengo tiempo para nada. Todo gira en torno a la bodega. Me preocupa —y me ha preocupado más de una vez desde el momento en que finalicé la adquisición— si he hecho lo correcto. La bodega es una gran responsabilidad. Tengo un gran equipo que me ayuda a dirigirla, pero, joder…

Necesito un descanso.

Pensé que jugar dieciocho hoyos al golf con mis mejores amigos sería una buena forma de aliviar el estrés. En lugar de eso, parece que me ha estresado aún más. He jugado mal. Perdí la concentración. Tuve que atender un sinfín de llamadas, que enviar más mensajes de texto que golpes y, en general, he enfadado a todo el mundo, incluido el cuarto jugador, que ni siquiera conocíamos y que estaba emparejado con nosotros para jugar.

Ahora estamos sentados en el salón, que está casi vacío —es sábado por la tarde, así que supongo que todos los hombres se han ido a casa con sus mujeres— hablando de mi mal humor.

No soporto ser el centro de atención. Sé que mis amigos tienen buenas intenciones, pero ahora mismo no quiero lidiar con ellos.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice Gage, interrumpiendo mis pensamientos.

Parece que no tengo más remedio que afrontarlo.

—Por favor, ilústrame —digo en voz baja, preparándome para algún tipo de insulto.

Así es como solemos relacionarnos. Somos amigos, nos cuidamos mutuamente, celebramos los buenos momentos, nos consolamos los malos, pero, al final, siempre siempre nos metemos los unos con los otros.

Es lo que hacemos.

—Necesitas echar un polvo. —Gage me señala con el dedo—. Y cuanto antes.

Joder. Tiene razón, mucha razón. No recuerdo la última vez que eché un polvo. Hacía más de un año que me había lesionado gravemente durante los entrenamientos —por el amor de Dios, durante los entrenamientos—, y eso me dejó fuera de juego durante meses. Mi carrera, así como mi mente, volaron por los aires.

No tenía tiempo para las mujeres en ese oscuro periodo de mi vida. Maldita sea, estuve hecho una mierda, de luto por el fin de mi carrera, de mi vida tal como la conocía, e incluso perdí un poco de mí mismo. La relación con mi padre se volvió aún más tensa, lo que no me sorprendió. Había estado tan orgulloso de mí por seguir sus pasos y jugar en las grandes ligas. Era su único motivo de orgullo cuando se trataba de mí. Una vez que perdió eso, perdió el interés en mí.

Por completo.

Cuando me fortalecí lo suficiente, pasé por fisioterapia en mi camino hacia la recuperación. Estaba tan centrado en ello que no me importaban las mujeres. Y, una vez que me curé, fui en busca de una inversión, una nueva profesión, un nuevo enfoque, lo que terminó ocupando todo mi tiempo, así que ahora…

Aquí estoy. De mal humor y…, sí, en extrema necesidad de un poco de atención sexual.

¿El problema? Solo una mujer ha captado mi atención en este tiempo, y todavía no consigo entender por qué. O entenderla a ella. Bryn es un misterio.

Y quiero resolverlo. Resolverla a ella.

Dios. Solo de pensar en esas tres palabras inocuas empiezo a sudar.

—Tienes razón —digo por fin, reconociéndolo—. Hace meses que no me acuesto con nadie. —Demasiados meses, a decir verdad; la cantidad es vergonzosamente alta.

—Lo sabía —dice Gage con tristeza—. Tienes que salir más, amigo mío. Ir a un bar o algo así.

Hago una mueca y niego con la cabeza. Parece mi pesadilla personal.

—El ambiente de los bares no es para mí. No tengo tiempo para esas cosas.

—Tendrías un grupo de mujeres alrededor en cuanto entraras —dice Archer con las cejas levantadas mientras inclina la cabeza hacia mí—. He oído los cotilleos de esta ciudad. Todas las solteras de menos de cincuenta años están encantadas de que la superestrella retirada de béisbol profesional Matt DeLuca viva aquí. Quieren una oportunidad contigo.

—Eres el soltero más codiciado de toda la zona —añade Gage.

Joder. Estos dos han pasado demasiado tiempo con sus mujeres.

—Habláis como cotillas chismosas. ¿Lo decís en serio? ¿De verdad acabáis de decir que soy el soltero más codiciado? —Hago una pausa—. ¿Y que todas las solteras de menos de cincuenta años están interesadas en mí? Pero ¿qué coño hacéis?

—Oye, hay muchas mujeres ahí fuera a las que no les importa ser mayores que tú. Buscan a un hombre, no importa su edad —dice Archer, un atisbo de sonrisa le curva sus labios.

Esa sonrisita hace que me den ganas de pegarle un puñetazo.

—Y ¿cómo lo sabes? —La ira y la vergüenza luchan en mi interior.

Ya es bastante malo que toda la comunidad esté esperando con la respiración contenida a que fracase en el negocio de la bodega. Peor aún, ¿se supone que hay una fila de mujeres solteras desesperadas por clavarme las garras?

Seguro que nunca conseguiré el respeto de esta ciudad. Ninguno. Cero.

—Oigo hablar a la gente. Hace tiempo que vivo en el valle de Napa. Tengo muchos contactos. Ivy ha conseguido muchas conexiones en poco tiempo con su trabajo. Estamos al tanto y se dicen cosas de ti —explica Archer.

—Marina ha vivido aquí toda su vida. Últimamente ha oído muchas cosas. Se cotillea mucho en su pequeña panadería, sobre todo por la mañana, cuando todo el mundo está tomando un café —dice Gage—. Dice que se habla mucho de la bodega y de ti. Todo el mundo siente curiosidad.

Menudo infierno. Esto simplemente… es el horror. No quiero ser el hazmerreír del estado de Napa. Estoy tratando de empezar una nueva vida aquí, de convertirme en otra persona. No de ser conocido como el hijo del exjugador y notorio fanfarrón Vinnie DeLuca. Mi padre jugó en los Oakland A’s hace años, cuando yo era pequeño, y se ganó su reputación de problemático desde el principio.

Muchos compañeros míos esperaban que siguiera sus pasos. Demostré mi talento muy pronto. En el instituto era un gilipollas engreído porque sabía que era muy bueno. Pero no era un gilipollas mezquino que siempre intentaba meterse en peleas. Ese era más el estilo de mi padre.

Nunca quise ser como él.

Jamás.

—Así que todo el mundo está murmurando sobre mí y mi posible vida amorosa —digo apretando los dientes.

—Bueno, sí, y nosotros también porque estamos preocupados, tío. Trabajas demasiado. Necesitas relajarte y vivir un poco. Siempre has sido un poco intenso en lo que se refiere a tu carrera profesional —explica Archer.

Lo observo, veo sus ojos llenos de preocupación. Sí, nos metemos los unos con los otros, pero él ahora está hablando en serio. Se preocupa por mi bienestar y se lo agradezco.

—En cuanto acabe la fiesta de reinauguración, bajaré el ritmo —aseguro, y siento como si estuviera haciendo una especie de promesa solemne—. Tienes razón. No puedo seguir trabajando a este ritmo; me llevará a una muerte prematura.

—Joder que sí. Tienes que encontrar el equilibrio —dice el segundo mayor adicto al trabajo que conozco, esto es, Gage.

Equilibrio: realmente no tengo ni idea de lo que es ni de cómo conseguirlo.

—Y tienes que echar un polvo —añade Archer con una risita—. Tenemos que encontrarte una mujer. Seguro que Ivy tiene amigas solteras.

—Marina también. Conoce a todo el mundo —dice Gage.

Ahora quieren prepararme una encerrona. Estupendo.

—Puedo encontrar una mujer yo solo, muchas gracias.

—¿De verdad? Porque en este momento lo estás haciendo bastante mal. —Gage se ríe y Archer lo secunda.

—Como si tuviera tiempo —murmuro. Me acuerdo de algo y decido ir a por todas—. Y, oye, quizá estoy esperando porque necesito que me paguéis.

—¿Pagar? —Ambos hacen eco, como si estuviera ensayado.

Me entran ganas de golpearlos en la cabeza.

—Sí, ¿esa pequeña apuesta que hicimos hace meses? Estoy aquí para cobrarla —digo, con voz petulante—. Así que apoquinad.

—No te debemos una mierda —murmura Archer.

—¿Quién es el que ha quedado el último? Quiero mi millón de dólares.

Podría emplearlo en el negocio. Joder, probablemente les daría a estos dos cabrones una parte de las ganancias de lo que reinvirtiera. Soy así de justo. Cuido de mis amigos.

—No voy a pagarte ni por casualidad. Fue una apuesta de mierda —protesta Gage.

—Solo dices que es una apuesta de mierda porque has perdido. —Me bebo la cerveza y dejo el botellín vacío sobre la mesa con un sonoro golpe —. Espero el pago dentro de siete días.

—Oh, escúchate, tan formal y tan cabrón. ¿Qué tal si hacemos esto un poco más interesante? —Archer se reclina en la silla, con brillo en los ojos.

La expectación recorre mi cerebro y zumba en mi sangre.

—Tengo la mente abierta. ¿De qué estás hablando?

—Danos sesenta días. Si en ese plazo sigues soltero, te pagaremos con todas las de la ley —responde Archer.

—Pero… —Gage va a decir algo, pero Archer lo silencia con una mirada.

—¿Sesenta días? ¿Qué tal treinta? —Me río—. No estaré con ninguna mujer en treinta días, y menos en una relación con una.

—¿Treinta? Es muy poco tiempo. Ninguno de nosotros espera que tengas una relación en treinta puñeteros días —dice Archer—. Que sean cuarenta y cinco.

—¿Cuarenta y cinco? —pregunta Gage. Parece horrorizado—. Sigo pensando que es demasiado poco tiempo. ¿Qué tal noventa? Es más razonable.

—Nunca dijimos que esta apuesta fuera razonable —respondo con calma. Maldito tacaño de Gage—. Cuarenta y cinco días o me pagáis ahora. Vosotros elegís. —Sé que no voy a tener ningún tipo de relación en ese periodo de tiempo. Dadme un respiro.

—Quiero añadir una condición. —Archer sonríe—. Nada de sexo tampoco. Así que nada de relaciones, ni sexo, ni rollos de una noche; nada de nada, Matt, durante los próximos cuarenta y cinco días. Si lo soportas, tendrás tu millón de pavos… más otros doscientos cincuenta mil para hacerlo interesante.

—De ninguna manera —dice Gage.

—Sí, imbécil. Lo haremos —replica Archer, sin dejarle discutirlo.

—De acuerdo. Trato hecho —digo con firmeza.

Llevo tanto tiempo sin sexo que ¿qué son otros cuarenta y cinco días? Puedo soportarlo.

—Dios, me decepcionas. Estás tan seguro. Pensaba que al menos querrías pillar cacho de vez en cuando, ¿sabes? —Gage niega con la cabeza, pero le ignoro.

—Me parece bien la apuesta —digo—. Estoy seguro de que vosotros, perdedores, vais a necesitar tiempo para reunir el dinero para pagarme, así que lo entiendo. Puedo ser un tipo paciente. No hay problema. Pero, en cuarenta y cinco días, quiero la pasta. Sin excusas, sin tonterías. Seiscientos veinticinco mil cada uno.

—Entonces, trato hecho —conviene Archer, con una sonrisa socarrona en la cara.

El muy imbécil está tramando algo, me doy cuenta.

Y no me gusta.

—Como quieras. Trato hecho —dice Gage mucho más reacio.

No hay nada que Gage odie más que malgastar el dinero, y estoy seguro de que ve este pago como un derroche de marca mayor.

—He oído que Ivy se ha llevado hoy a tu asistente a comer y de compras —dice Archer como si nada. Demasiado casual—. ¿De qué va la cosa?

—¿En serio? —La curiosidad me invade. Sabía que a Ivy le había caído bien Bryn, y que esta sentía lo mismo. Pero no sabía que se hubieran hecho tan amigas.

—Sí. —Archer asiente con la cabeza—. He oído algo de un cambio de imagen.

—Marina también ha ido con ellas —confirma Gage.

Mierda. Ahora sí que empiezo a sudar. Ya es bastante malo que me atraiga Bryn a pesar de su ropa aburrida y su aspecto poco favorecedor. Era su maldito olor. Dios, olía de puta madre. Un olor dulce y afrutado, pero floral y con un toque de especias que no consigo identificar.

—Sí, de hecho, Ivy me ha enviado una foto. No entendía por qué; no me interesa ninguna otra mujer que no sea ella. —Archer se encoge de hombros y coge su teléfono—. Entonces me manda un mensaje diciendo que tenía que enseñártela. —Me pasa el móvil y miro la pantalla, con la boca seca.

Es una foto de Bryn en la silla de una peluquería, con una sonrisa de labios cerrados, el pelo casi negro cayéndole en cascada alrededor de la cara, pasando por sus hombros en ondas lujosas.

—¿Qué te parece? —pregunta Archer antes de estallar en una risa petulante.

Maldita sea. Tengo un gran problema.

Capítulo 3

Matt

El lunes por la mañana he venido temprano al trabajo para poder pasear por los campos e inspeccionar los viñedos a solas —mi nueva actividad favorita— antes de que llegue alguien. No soy de los que se sientan en la oficina. Un trabajo de nueve a cinco no me atrae en absoluto. Cuando compré la bodega, no sabía una mierda de vino, aparte de que me gustaba, pero no era un experto en la materia. Era más bien del tipo «beberé algo de vino si no hay otra cosa».

Prefería la cerveza.

Pero luego he aprendido que la elaboración del vino es una ciencia. Es una fórmula, y también hace falta un poco de suerte. Las uvas tienen que estar en su punto. El tiempo tiene que ser el adecuado para garantizar que sale bien.

En la elaboración del vino intervienen diversos factores. Sobre algunos tenemos un control total y absoluto, y sobre otros…

Estamos al albur de sus órdenes, lo que vuelve absolutamente locos a esos cerebros científicos.

Esta mañana he pasado más tiempo del habitual en el campo. Y todo tiene que ver con una mujer en particular. Evito la oficina porque Bryn llegará pronto y no quiero verla. La foto que me enseñó Archer atormentó mis pensamientos el resto del día. Joder, el resto del fin de semana. Todo ese pelo… Solo podía imaginarme pasando los dedos por él. Enrollando esos mechones largos y sedosos alrededor de mi puño y dándole un tirón. Atrayéndola hacia mí para besarla. Enterrando la cara en la suave masa de su cabello e inhalando su delicioso aroma.

En la foto llevaba una camiseta roja, esa misteriosa sonrisa de labios cerrados y maquillaje. Me di cuenta porque, por primera vez, me fijé en sus ojos. Eran azules como el cristal, como un cielo de verano perfecto.

Ni que decir tiene que, después de pensar demasiado en Bryn, me duché y me hice una paja. Esta nueva condición en la apuesta con Archer y Gage

me va a matar. Ni siquiera podría salir corriendo a buscar a alguna mujer anónima y follármela. Podría mentir, supongo. Ocultárselo a ambos.

Pero no me sentiría bien y además me descubrirían. Siempre lo hacen. No me gustan los mentirosos. Mi padre es un mentiroso consumado. Viendo cómo sus mentiras siempre acababan metiéndole en problemas, me mantengo en el camino recto a propósito. Soy todo lo honesto que puedo. Siempre.

Archer también lo sabe, ese hijo de puta. Fue como si hubiera preparado todo el trato. Sabía que yo estaba interesado en Bryn y sabía que ella me tentaría. Siempre un paso adelante, ese tipo.

Los empleados empiezan a llegar poco a poco y mi teléfono se llena de correos electrónicos, mensajes de texto y llamadas. La jornada laboral ha comenzado oficialmente, así que decido dejarlo todo y me dirijo a regañadientes a la oficina. Sé que Bryn está allí; veo su coche en el aparcamiento. Mientras camino por el viñedo, repaso los distintos escenarios que podrían esperarme dentro del edificio:

Bryn, con el pelo suelto y vestida con una especie de combinación sexi de falda y camisa abotonada con el escote a la vista.

O Bryn, de vuelta a la normalidad con el pelo recogido en un moño apretado y el conjunto beis holgado al que me he acostumbrado.

Peor aún, tal vez haya una Bryn combinada sentada detrás de su escritorio: el pelo suelto, pantalones y top beis, esos bonitos ojos realzados con cosméticos…, todo ello diseñado para volverme absolutamente loco de lujuria. Esa Bryn podría acabar conmigo, con todas sus facetas a la vista, haciéndome desearla.

Está claro que tengo demasiado tiempo libre si se me ocurren todos estos pensamientos ridículos. Necesito centrarme en la tarea más importante que tengo entre manos. Hoy es lunes y la gran reinauguración es el viernes. Queda tanto por hacer para este gigantesco evento que es preocupante.

Y Bryn se está encargando de casi todo, consultándome antes, por supuesto.

Maldita sea.

Entro en el edificio y el aire fresco me saluda. Hay un silencio sepulcral y camino por el pasillo hacia mi despacho con los nervios a flor de piel mientras me remango primero una manga de mi camisa azul marino y luego la otra. Llevo vaqueros y botas de trabajo, agradecido por el ambiente

informal. Cada vez que tengo que ponerme un traje, me siento ridículo, incómodo.

No es lo mío.

Entro en el despacho de fuera, donde está el escritorio de Bryn, y me detengo en seco, con los ojos desorbitados ante lo que veo. Es Bryn, inclinada sobre el archivador que hay justo detrás de su mesa, con su precioso culo contoneándose en el aire mientras busca entre los expedientes.

El hecho de que pueda distinguir la forma de su culo me dice que lleva algo totalmente distinto de lo habitual. Segunda pista, no hay ni una pizca de beis o marrón o caqui a la vista.

El vestido que lleva es negro, con un delicado estampado floral en tonos verdes y turquesas. La falda acampanada le llega justo por encima de la rodilla, lo que significa que, si se inclinara mucho más sobre el mueble, le vería las bragas.

La sola palabra «bragas» hace que todo mi cuerpo se estremezca de anticipación. Esas largas piernas desnudas me revuelven las tripas, y su aroma me inunda, dulce y tan propio de Bryn que temo cometer alguna locura.

Como acercarme a ella sin hacer ruido, rodearle la cintura con las manos y tirar de ella. Dejarla sentir exactamente lo que ella me hace sentir a mí.

Decido no sorprenderla y carraspeo para hacerle saber que he llegado. Se le escapa un pequeño jadeo y se endereza, después empuja el cajón con un sonoro portazo mientras se gira —con unos zapatos negros de tacón alto que alimentan todo tipo de fantasías instantáneas— para mirarme.

—¡Matt! Um, señor DeLuca, buenos días. —Se pasa las manos por delante del vestido, con expresión cohibida y movimientos acelerados.

El vestido le sienta de maravilla. Puedo ver la forma de sus pechos, el contorno de su cintura, el ensanchamiento de sus caderas. Tiene los brazos completamente al descubierto, finos y gráciles, y levanta uno de ellos y se alisa el pelo con su elegante mano en un gesto de nerviosismo.

Tiene el pelo recogido, pero no como de costumbre. Lleva una trenza suelta y unos mechones le caen alrededor de la cara, acentuando la exótica angulosidad de sus pómulos, en los que nunca me había fijado.

Dios mío, mi asistente está buenísima.

—Buenos días —digo, y me aclaro la garganta, pero el saludo me sale más bien como un graznido estrangulado—. Se te ve…, ah…, bien.

Se escabulle detrás de su escritorio y aterriza en su silla, la acerca, casi como si utilizara su escritorio como una especie de escudo protector. Demasiado tarde: ya la he visto, y la apruebo de todo corazón.

—Gracias.

No sé qué más decir. Todo tipo de preguntas pasan por mi cerebro, como: «¿Qué ha pasado? ¿Por qué fuiste de compras con Ivy y Marina? ¿Qué te hizo decidir dejar el beis? ¿Es algo temporal o permanente?, porque no sé si mi corazón podrá soportarlo, el verte así todos los días».

En lugar de eso, opto por lo seguro y aburrido. Es más fácil. Menos arriesgado.

—¿Has pasado un buen fin de semana? —Me acerco lentamente a su escritorio y me fijo en que le tiemblan un poco los dedos cuando coge un montón de papeles, los endereza y luego los aparta a un lado.

Interesante.

—Sí, gracias. ¿Y tú? —Coge un bolígrafo y lo golpea contra el borde de sus labios fruncidos. Labios cubiertos por una capa de brillo melocotón pálido, debo añadir.

«Ha estado jodidamente genial. Fui a jugar al golf con mis mejores amigos, hicimos una nueva apuesta por la que no puedo tocar a ninguna mujer —incluida tú— durante los próximos cuarenta y cinco días, y entonces vi una foto tuya con tu nuevo *look*. Me masturbé dos veces, no es que ver tu foto con ese pelo tan sexi tenga nada que ver con ello, no, para nada. Entonces llego al trabajo y te veo así, y no puedo pensar en otra cosa que en lo mucho que quiero tocarte. Por todas partes».

—Estuvo bien —respondo, y me detengo justo delante de su escritorio.

Levanta la cabeza y mi mirada se posa en la elegante línea de su cuello, en su clavícula al descubierto. Lleva una delicada cadena de oro con un pequeño colgante. No sé qué es.

Lo único que sé es que quiero besarla justo ahí, donde su piel es probablemente suave, dulce y perfumada. Seguir la delgada y tentadora línea de la cadena y besarla por todo el cuello, la nuca y la clavícula. Lamerla, mordisquearla y hacerla gemir.

—¿Hay algo en particular que quieras que haga por ti esta mañana?

Su voz dulce, sensual y ligeramente temblorosa me saca de mis pensamientos y los vuelve aún más sucios, si cabe.

«Pues sí, señorita James. Me encantaría que pusieras tu precioso culito en el borde de tu escritorio, te levantaras despacio la falda y abrieras las piernas para que pudiera ver lo que escondes ahí debajo. Y tal vez que te humedecieras los labios y dijeras algo sutilmente indecente como: "Tengo algo que me gustaría que hiciera, señor DeLuca. ¿Qué le parecería… hacérmelo a mí?"».

Parpadeo, con fuerza. Dos veces. Intento quitarme de la cabeza la imagen de Bryn invitándome a follármela, pero es inútil. Es lo único que veo. Las manos apoyadas en el escritorio, las piernas abiertas colgando, la falda del vestido arrugada a la cintura. Me la imagino con unas bragas negras de encaje, unas bragas a través de las cuales se ve.

«¡Trabaja para ti, joder! Deja de pensar guarradas».

Joder, la junta estatal de impuestos se lo pasaría en grande conmigo. Soy un pervertido del más alto nivel.

—Déjame hacer unas llamadas y revisar mis correos electrónicos. Seguro que hoy necesitaré que hagas muchas cosas, como siempre. Esta semana va a ser muy ajetreada —le digo con voz brusca mientras me alejo de su mesa y me dirijo a la puerta de mi despacho—. Probablemente tendrás que trabajar hasta tarde toda la semana, te aviso.

Esa afirmación evoca más imágenes, que me apresuro a expulsar de mi cerebro para que no lo obstruyan y no me distraigan de nuevo.

—No me importa —me dice—. Tengo una lista de cosas de las que voy a ocuparme. Ahora mismo estoy llamando a la empresa de *catering* porque aún quedan algunos asuntos por resolver; entre ellos, el recuento final de los asistentes a la fiesta del viernes por la noche. Iré a verte dentro de un rato para que podamos repasarlo todo.

—Me parece bien —digo mientras abro la puerta de mi despacho y después la cierro de un portazo.

Con la respiración agitada, como si acabara de correr las bases a toda velocidad, me desplomo en la silla. Exhalo ruidosamente, apoyo la cabeza en el respaldo y miro al techo. La hermosa cara de Bryn, esos labios sensuales y brillantes siguen ocupando el primer plano en mi mente.

Joder. Tiene un aspecto increíble. Combina todo eso con su aroma embriagador, su ética de trabajo, esa figura con curvas, su eficiencia, esos

malditos zapatos negros que me dan palpitaciones, y soy hombre muerto.

Cuarenta y tres días, y no puedo tocar a una sola mujer, o me arriesgo a perder más de un millón de dólares. Y no es que necesite el dinero; es por principios. Gané la apuesta inicial limpiamente. Ahora esos dos supuestos amigos míos la han cambiado y me han puesto en un aprieto.

Pero es culpa mía. Fui yo quien accedió.

Y ¿sabes qué es lo peor? Que solo puedo pensar en tocar a una mujer. Bueno, a una en particular. Que está sentada a unos metros de mí. La misma mujer que resulta que trabaja para mí.

Y la única persona a la que puedo culpar de ello es a mí mismo.

Bryn

Matt cierra la puerta de su despacho con un portazo que me hace saltar en la silla. Con el corazón desbocado, me pongo la mano en el pecho y siento cómo revolotea contra mi palma como las alas de un colibrí. No esperaba que entrara en ese momento en particular, estando yo con el culo en pompa. Estaba buscando en el archivador una factura que sé que pagué después de recibir un aviso de impago en el correo del fin de semana.

Qué vergüenza, que me pillara así. ¡Dios!

Encontré la factura pagada. Había empezado a revolver buscando otra cosa, ni siquiera recuerdo qué, cuando le oí aclararse la garganta. Dios, me cogió por sorpresa. Casi me sobresalto cuando me doy la vuelta y lo encuentro allí de pie, más guapo imposible. Como siempre, si he de ser sincera.

No era esa la forma en que quería impresionarlo. No, había planeado estar sentada detrás de mi escritorio cuando lo viera por primera vez esta mañana. Tranquila, interesante y eficiente, ofreciéndole un luminoso «Buenos días» con una sonrisa igual de luminosa. Y ver cómo me miraba totalmente estupefacto.

Bueno, me miró sorprendido, eso seguro. Pero también noté cómo su mirada se había centrado en mi trasero cuando yo estaba agachada antes de elevarme rápidamente para que se encontrase con mis ojos. No dijo nada sobre mi cambio de aspecto más allá del típico «Se te ve bien».

Bien.

¿No es decepcionante? Luego me preguntó si yo también había tenido un buen fin de semana, como si nada hubiera cambiado. No es que quiera que sea un idiota baboso como mi antiguo jefe. Pero pensé que al menos impresionaría a Matt con el vestido, el peinado, el maquillaje y los zapatos.

Dios, los zapatos. Me duelen los dedos de los pies, y creo que no llevo aquí ni una hora.

Esperaba al menos un comentario del tipo de «Estás guapa» o algo así. Cualquier cosa en realidad.

Pero ha ido como siempre. De vuelta al trabajo. Hay que seguir, estamos muy ocupados y necesito que trabajes hasta tarde, señorita James, bla, bla, bla. Como siempre.

En lugar de decepcionarme, debería alegrarme. Debería sentirme aliviada y agradecida de que no me mirara con lascivia y me dijera lo sexi que estaba y si podía meterme mano por debajo de la falda o algo por el estilo. Mi antiguo jefe me hablaba así todo el tiempo. Una tarde me preguntó literalmente si podía tocarme las «tetas». Odio esa palabra. Llevaba dos semanas trabajando como recepcionista cuando me hizo esa pregunta.

Me sorprendió tanto que le dije de forma educada: «Me parece que no».

«Me parece que no». Fui tan ingenua y me pilló tan desprevenida que hasta me reí al decirlo, lo que probablemente le dio una idea equivocada.

El hecho de que le dejara besarme y tocarme las así calificadas tetas a los dos meses de aquella primera petición quizá también le hizo hacerse una idea equivocada.

Suspiro, me froto la frente y me paso la mano por el pelo. Había planeado llevarlo suelto; sin embargo, decidí en el último momento que no podía hacerlo. El vestido, el maquillaje y los zapatos ya eran bastante. El pelo, mi mayor gloria, como siempre lo llamaba mi abuela, lo habría hecho más que evidente.

Mi apariencia diaria como la sosa y neutra señorita James es un auténtico disfraz. Como estoy vestida en este momento, me parezco más a mi antigua, sexi y guapa Bryn, más guapa de lo que le conviene.

Sin embargo, ir de compras con Ivy y Marina fue muy divertido. Esas chicas me hicieron correr como loca toda la tarde del sábado y hasta la noche. La pequeña Ivy, embarazada y supuestamente agotada, era la más rápida de todas. Me sacó tantas cosas para que me probara que estuve metida en un probador tras otro, por todo el centro de St. Helena.

Saqué la tarjeta de crédito y compré algunas prendas nuevas para el trabajo; entre ellas, este vestido. Luego me llevaron a un salón de belleza para que me cortaran el pelo. No recordaba la última vez que me lo había igualado, y me sentí tan bien cuando una profesional me lo cortó y le dio forma a esa mata densa de pelo que tengo…

Cuando me ofrecieron el cambio de imagen gratuito, decidí que por qué no. ¿Qué daño podía hacerme? No es que no sepa maquillarme. Tengo un neceser lleno en casa, debajo del lavabo. No lo he sacado ni una vez desde que llegué a St. Helena. Era una persona nueva y esta versión de Bryn James no se maquillaba.

La maquilladora era buena, y Ivy y Marina no cabían en sí de gozo cuando acabamos. El nuevo corte, el maquillaje nuevo…; no paraban de hablar de lo fabulosa que estaba.

O de lo fabulosa que pensaban que Matt me encontraría.

Esas palabras me pusieron nerviosa. No estaba haciendo esto solo para obtener una reacción de Matt. También lo hacía por mí. Para estrechar lazos con estas dos mujeres que sentía que podían ser verdaderas amigas. ¿Había tenido amigas de verdad alguna vez? Cuando era pequeña, sí, tenía muchas. Corría con un grupo de niños que vivían conmigo en el parque de caravanas. Pero, a medida que crecía, fui cambiando y me salieron curvas, los chicos empezaron a prestarme atención de otra manera.

Y ya no les caía bien a las chicas.

Aparto esos pensamientos desagradables de mi mente y recuerdo la última tienda en la que entramos antes de ir a cenar. Las dependientas estaban a punto de cerrar y les molestó que hubiéramos entrado. Ivy había visto un vestido en el escaparate que le pareció perfecto para la gran reinauguración, y yo acepté a regañadientes.

En cuanto me puse el vestido magenta, supe que Ivy había acertado. Me resultaba sedoso, con finos tirantes que me cubrían los hombros, y la espalda casi al descubierto. Una profunda uve en la parte delantera dejaba ver mi escote, y la falda un poco entallada me abrazaba las caderas y los muslos hasta justo por encima de la rodilla. El vestido era sofisticado, precioso y sexi. Marina y Ivy casi se mean encima de la emoción que sintieron al verme con él cuando salí del probador. Me giré a un lado y a otro, sonriendo y riendo con ellas mientras imaginaba lo que Matt haría al verme con él puesto.

Entonces volví al probador, vi la etiqueta con el precio y me quedé boquiabierta.

Me costó casi todo el sueldo del mes.

Inmediatamente deprimida, me quité el vestido, lo colgué de nuevo en la percha y hui del probador, dejando el vestido dentro, murmurándoles a las dos que había cambiado de opinión y que no lo quería. Marina me siguió con incredulidad y tratando de convencerme de que tenía que volver y comprar el vestido.

Estaba demasiado angustiada para preguntarme qué estaría haciendo Ivy.

Ivy se unió a nosotras unos instantes después, con expresión seria y una bolsa de la compra en la mano. La empujó hacia mí con la mandíbula cuadrada y la boca fina.

—No te atrevas a rechazar esto. Es un regalo. Por todos los cumpleaños y Navidades que tienes por delante —dijo Ivy.

Me entraron ganas de llorar cuando acepté la bolsa, pero me contuve. Su amabilidad me sorprendió, sobre todo tratándose de una mujer a la que apenas conocía. Ni mi propia madre se fijaba en mí porque estaba demasiado ocupada viviendo su propia vida. No la he visto desde que me gradué en el instituto, y entonces solo vino a la ceremonia, a continuación se volvió a marchar con su novio. Y mi abuela prefería regañarme a regalarme algo.

Fue lo más bonito que nadie había hecho nunca por mí, aparte de cuando Matt nos ingresó las nóminas atrasadas.

Ahora el vestido está listo para ser usado, guardado en mi armario casi vacío. Estoy impaciente. Estoy deseando ponérmelo y ver qué hace Matt cuando se fije en mí.

Probablemente nada. Tal vez diga: «Se te ve bien, señorita James», y nada más.

Cierro el puño por voluntad propia y lo golpeo contra el escritorio, vibra todo lo que hay sobre la superficie. ¡No! Me niego a aceptar otra ausencia de reacción por parte de Matt. Sé que es mi jefe. Sé que no debería hacer algo así. Es arriesgado, poco inteligente y podría perder mi trabajo o, al menos, estropearlo para siempre.

Todavía lo deseo. Al diablo con las consecuencias. Deseo a Matthew DeLuca.

Y estoy empezando a pensar que haré cualquier cosa para conseguirlo.

Capítulo 4

Bryn

—Trabajas demasiado.

Matt levanta la vista y su mirada oscura se cruza con la mía. Tiene arrugas de cansancio alrededor de los ojos, y su boca, normalmente exuberante, está un poco fruncida. Lleva el pelo castaño oscuro muy despeinado y las mangas de la camisa subidas hasta casi los codos, como si se las hubiera remangado con impaciencia.

Lo que, conociéndolo, es muy posible que sea lo que haya sucedido.

Lleva dos días trabajando sin descanso para preparar la gran reinauguración. Teniendo en cuenta que ya es miércoles y solo nos quedan dos días de preparativos, he estado aquí junto a él ayudando en todo lo que he podido.

Está guapo a pesar del aire de cansada frustración que le invade, y en ese momento me doy cuenta de que nada me gustaría más que estar con él. Deslizarme entre su silla y el escritorio, acomodarme en el borde y atraerlo hacia mí por la corbata. Besarlo hasta que se olvide por completo de la bodega, de la gran reinauguración, de la fiesta y de todo lo demás.

Hasta que lo único en lo que pueda concentrarse sea en mí, una mujer más que dispuesta a meterle la lengua en la boca, y la mano en el pelo, y a coger con la otra mano su corbata para que no pudiera escapar. Y él no querría escapar. Me besaría más fuerte, me sujetaría de la cintura, me levantaría la falda y…

Sí. Quiero quitarle los problemas a base de besos. Y probablemente pensaría que he perdido la cabeza si lo intentara.

—Tengo que trabajar duro —dice con una sonrisa de pesar que no parece real. No, parece una sonrisa cansada, como todo él—. Intento asegurarme de que todo esto salga bien, ¿sabes? Solo nos quedan unos días, ha llegado la hora de la verdad.

Esa es su nueva frase favorita: «la hora de la verdad». Lleva diciéndola desde el lunes, cuando tuvo una reunión de personal y dijo a todo el mundo

que teníamos que ponernos las pilas y hacer que este sitio quedara en perfecto estado.

Los dos últimos días he trabajado hasta pasadas las seis de la tarde, y hoy son casi las siete. Me muero de hambre, pero intento ignorar el rugido de mi estómago. También estoy deseando tener mi uniforme de antaño porque, oye, vestir como si no te importara también implica vestir ropa cómoda.

Hoy llevo una nueva falda lápiz negra con la que me cuesta dar pasos amplios y una bonita y delicada camisa blanca que hace que mis pechos parezcan enormes, y no es que el jefe se haya dado cuenta. Ah, y llevo los malditos zapatos nuevos que he usado toda la semana y a los que, no sé cómo, por fin me he acostumbrado…, más o menos.

Los dedos de mis pies gritan de alegría cada noche cuando me los quito y puede que lleve tiritas en el tendón de Aquiles, pero estoy consiguiendo ahormarlos. Las miradas de agradecimiento de Matt cada vez que me mira los pies, aunque sea un instante, hacen que todo el dolor merezca la pena.

A pesar de llevar tres días exhibiendo el nuevo vestuario delante de él, es como si apenas se hubiera dado cuenta. Sé que Matt está distraído; su cerebro está centrado por entero en la gran fiesta de reinauguración. Es muy importante para él, para que la bodega tenga éxito, y así él haga otra cosa distinta de jugar al béisbol. Creo que teme que nadie lo tome en serio, y lo entiendo totalmente.

Pero me muero por que se fije en mí, por que se fije en mí de verdad. He hecho todo lo posible para que me vea, pero es como si no pudiera.

Es bastante frustrante.

Y quiero gustarle por algo más que por mi aspecto. Sé que aprecia el trabajo que hago para él y que admira «la forma tan eficiente en que manejo las cosas» (esta frase es literal, me la dijo ayer mismo). Pero ¿qué hay de mí, Bryn James, la mujer? Puede que solo sea una pueblerina de Texas de veintidós años que no ha vivido casi nada, y seguro que no soy sofisticada como las mujeres con las que tal vez él prefiera salir o acostarse o lo que sea, pero, maldita sea, quiero una oportunidad.

Si fuera atrevida y valiente, exigiría una oportunidad.

Cuido de él, y él ni siquiera se da cuenta. Me aseguro de que coma. Me aseguro de que vuelva a casa. Me ocupo de su agenda y sé dónde tiene que estar o qué tiene que hacer en cada momento. Me ocupo de que se resuelvan

todos los pequeños detalles que él podría pasado por alto. Siempre estoy aquí para él. Siempre.

Y en realidad a él le da igual.

—¿Tienes hambre? —pregunto, y mi estómago gruñe una vez más y me recuerda que yo, por mi parte, sí que la tengo.

Se encoge de hombros, esos hombros suyos tan increíblemente anchos. Parecen aún más anchos cuando están envueltos en algodón blanco almidonado. Aún lleva corbata, aunque se la ha aflojado, y también se ha desabrochado el primer botón, lo que me tienta a desabrocharle aún más la camisa y ver qué esconde bajo la tela.

Como si no lo supiera. Debo de haber pasado unas horas buscando a Matt DeLuca en Google. Fue fácil: el hombre tiene un montón de fotos por ahí. Algunas de ellas son deliciosamente buenas porque el cuerpo de este hombre es la perfección. A lo largo de los años ha posado para varias revistas con poca ropa, y recé una oración de agradecimiento cuando me topé con ellas cuando empecé a trabajar para él.

Puede que anoche volviera a buscar esas fotos. Mirando y babeando y preguntándome qué puedo hacer para llamar la atención de este hombre. ¿Cuánto más directa tengo que ser?

Hoy se ha vestido para impresionar porque esta tarde se ha reunido con periodistas de un canal de noticias local para una entrevista en vídeo sobre la bodega.

Matt me ha impresionado muchísimo. Me encanta cuando lleva traje o, al menos, camisa de vestir y corbata, lo que es poco frecuente, en mi humilde opinión.

—Tengo un poco de hambre, supongo —responde finalmente, con la mirada fija en la pantalla del ordenador mientras teclea con solo dos dedos. No tengo ni idea de en qué está trabajando, pero está claro que, sea lo que sea, capta su interés más que yo—. Pero no tengo tiempo para comer.

—¿Quieres que te traiga algo entonces?

Alza la vista por encima del monitor para mirarme una vez más, con los ojos entrecerrados y una expresión de escepticismo en la cara. Estoy sentada frente a su mesa, un poco desarreglada, muy cansada y deseando tener un aspecto tan sexi como él.

—No hace falta que hagas eso —dice con cuidado—. Quizá deberías irte a casa, señorita James. Es tarde. Has tenido un día largo.

¿Qué, volver a mi apartamento vacío y comer más Lean Cuisine? No lo creo.

—No me importa traerte algo de comer, Matt…, eh, señor DeLuca. —Trato de ser formal, y él hace lo mismo, pero los dos nos olvidamos de vez en cuando. Me hace un poco de gracia dirigirme a él con tanta seriedad. Hace que mis turbios pensamientos sobre él sean aún más oscuros—. Podría hacer un pedido a algún sitio que te guste y que lo traigan en treinta minutos.

—No lo sé. Ni siquiera sé muy bien qué me apetecería. —Se pasa la mano por la mandíbula.

Oigo el roce de la barba contra su palma y me tiemblan literalmente las rodillas. Me encantaría saber cómo sería sentir esa cara un poco áspera contra la mía, o, mejor aún, entre mis muslos.

Menos mal que estoy sentada, o juro que me desplomaría porque me fallan las piernas.

—Yo me encargo —digo con la mente confusa, y me pongo en pie—. Voy a pedir algo de comer y te lo entregaré antes de irme a casa.

Ya estoy saliendo del despacho, preguntándome si prefiere comida italiana o china, cuando me llama, con esa voz tan profunda y encantadora que tiene.

Me detengo y me giro lentamente; entonces me encuentro con que me está mirando, con una expresión de pura gratitud.

—Muchas gracias por cuidarme estos últimos días. Sé que te he tenido mucho más ocupada de lo que deberías estar.

Sonriendo, intento ignorar la gran cantidad de mariposas que revolotean en mi estómago por sus palabras.

—De nada. Y es mi trabajo, ¿no? Solo hago lo que debo.

—No necesariamente ha de formar parte de los cometidos específicos de tu trabajo, pero supongo que sí. —Sonríe—. Deberías unirte a mí. —Ante mi mirada de confusión, se explica—: Para cenar.

—Oh, n-no podría. —Niego con la cabeza en el mismo instante en que mi estómago decide refunfuñar ruidosamente, y me apoyo la mano en la frente.

¡Qué vergüenza! Noto que se me encienden las mejillas y siento la tentación de salir corriendo.

Pero aguanto e intento fingir que no ha ocurrido.

Se le escapa una carcajada por lo bajo y me enarca una ceja.

—No tenías hambre, ¿eh?

—Vale, me muero de hambre. —Pongo los ojos en blanco. ¿Estamos flirteando? Parece que sí, pero… no. Uf, este hombre es tan confuso—. Pero seguro que no querrás comer conmigo. Ya pasamos bastante tiempo juntos, ¿no crees?

—¿Quieres comer conmigo? —pregunta, y pasa de estar muriéndose de la risa a tener un brillo extraño en los ojos—. No me importa si no quieres. Vamos, Bryn. Cenemos juntos en mi mesa. Será emocionante. —Se ríe—. Podemos repasar el menú del *catering* una vez más. Emocionante, ¿a que sí?

—De acuerdo —acepto, y trato por todos los medios de contener la sensación de vértigo que quiere apoderarse de mí, pero es muy difícil. Está saliendo a la superficie y a punto de estallar encima de Matt—. Déjame buscar un restaurante. ¿Qué prefieres, italiano o chino?

—Italiano, por supuesto —dice, y yo se lo agradezco.

Yo también prefiero italiano, sobre todo, la variedad DeLuca.

—Joder, qué bueno está esto —dice Matt mientras degusta otro bocado de ravioli de langosta—. Y ¿has dicho que el restaurante está cerca?

Embelesada con verle comer, asiento con la cabeza en silencio, pero me doy cuenta de que ni siquiera me está prestando atención, así que respondo:

—Sí, no están muy lejos de aquí. Es un pequeño local que no parece gran cosa, pero que está abarrotado por dentro.

Tan lleno que me llevé bastantes miradas cuando fui a la barra a por la comida, mientras esperaba a que sacaran la bolsa. Me di cuenta de que no eran turistas. Debían de estar preguntándose quién diablos era yo, y no iba yo a proclamarlo a los cuatro vientos. Me quedé allí de pie, sonriendo tímidamente a todos los que eran tan descarados como para pasarme revista.

Esta ciudad, toda la zona, tiene un aire de pueblo pequeño. Yo lo entendía. Cada vez que llegaba un desconocido a Cactus, todo el mundo se volvía loco preguntándose quién era. Los cotilleos se prolongaban durante días.

En eso me he convertido. Soy la mujer que provoca murmullos y hace que la gente se pregunte quién soy. Incluso cuando intentaba por todos los

medios no llamar la atención, seguía ocurriendo.

—¿Qué te has pedido? —Matt me señala con su tenedor de plástico negro. Sus ojos están llenos de interés.

Estamos sentados a su mesa, tal como dijo, comiendo en silencio y de vez en cuando comentamos algo. Esos sonidos graves de completa satisfacción masculina salen de él de vez en cuando, sonidos que me encienden la sangre, pero intento ignorarlos. Mi cena también está deliciosa. Casi nunca me permito este tipo de festines porque la comida italiana va directa a mis caderas, pero ¿a quién le importa?

No a mí esta noche.

—Raviolis de setas —respondo, y le doy otro bocado al crujiente pan caliente.

—¿Eres vegetariana? —pregunta.

—Por favor, soy de Texas. —Oh, madre. Eso ha sido un poco sarcástico. Tengo que cuidar lo que digo.

—¿En serio? No tenía ni idea. —Me estudia; su mirada es intensa—. Cuéntame más.

Me encojo de hombros, deseando no haber abierto esta caja de Pandora.

—No hay mucho que contar.

—Permite que lo dude, señorita James —dice en voz baja—. Estamos comiendo juntos, así que por lo menos podrías mantener una conversación educada.

Me doy cuenta de que no va a dejarlo pasar, estoy segura.

—Bueno, como me has pedido que te cuente la aburrida historia de mi vida, ahí va. Crecí en Cactus, Texas, un pequeño pueblo que tiene solo un semáforo. Espera; hay otro más, así que tiene dos. —Me doy golpecitos con los dedos en los labios, intentando decidir qué puedo contarle y qué no.

No quiero hablar de lo malo, que hay mucho. Un padre horrible y una madre demasiado joven que nunca se quedó mucho ni pareció importarle. Una abuela gruñona pero adorable, que me dijo muchas cosas sabias, aunque no fue la mejor a la hora de colmarme de afecto.

Probablemente por eso busco el amor en los lugares equivocados. Tengo la cabeza hecha un lío.

—Me crio mi abuela —digo finalmente—. Mi madre era muy joven y no se dejaba caer mucho por allí.

—Eso es… una pena. —Parece un poco incómodo, como si no supiera cómo reaccionar.

Tal vez no debería haberle contado eso, maldita sea.

Hago una mueca.

—No te sientas mal. Mi abuela es increíble. Una anciana encantadora que hace el mejor pastel de iglesia que hayas probado. —Más o menos. Ella es un poco mezquina, en realidad. Es de las que se sientan en el porche con una escopeta y amenazan a los desconocidos que entran en su propiedad con dispararles si dan un paso más. No es broma.

Mi vida en Cactus es un cliché de dibujos animados de proporciones gigantescas, lo juro.

Matt frunce el ceño.

—¿Pastel de iglesia?

—Oh, ya sabes. Una gran tarta casera de chocolate que se lleva a una reunión social de la iglesia para que todo el mundo pueda comer un trozo. Con uno de los mejores glaseados de chocolate que jamás hayas probado.

Suspiro. Echo mucho de menos la tarta de chocolate de la abuela. Cojo un caramelo de menta que me han dado en el restaurante, le quito el envoltorio y me lo meto en la boca, pero no es un buen sustituto de la tarta de chocolate.

—Ah, ahora te lo noto. —Cuando le miro extrañada, sonríe—. Tu acento. Lo he notado cuando hablabas.

Cierro los labios. Es empezar a hablar de casa, y me sale el acento texano, como si no pudiera evitarlo.

—Me fui de Cactus cuando tenía diecinueve años y nunca he vuelto.

Y la verdad es que tampoco lo echo de menos. Hablo con mi abuela cuando puedo, pero no es que tuviéramos una relación superestrecha. Yo no tenía amigos. Y había una mujer que quería colgarme del pelo por haber tonteado con su marido, aunque ella pensaba que habíamos hecho cosas mucho peores. Me descubrió bastante rápido después de que yo la descubriera a ella, y fue una verdadera pesadilla tratar con ella.

Gracias a Dios que nunca me acosté con él. Oí que dejó embarazada a otra pobre chica que trabajaba para él, su mujer le abandonó enseguida y él acabó casándose con la amante.

Esa habría sido yo si hubiera seguido con él. Mi vida se habría acabado al casarme con un perdedor, vendedor de seguros, que no es capaz de

mantener la lengua en la boca ni la polla en los pantalones, y que tontea con cada jovencita sin experiencia que trabaja para él.

Un escalofrío me recorre al pensarlo.

—Y ¿qué me dices de ti? —pregunto, desesperada por cambiar de conversación. Aparto mi plato vacío, con el pan asentándoseme en el estómago a peso de plomo. Sin embargo, estaba muy rico—. Cuéntame la historia de tu vida.

Sonríe, clava el tenedor en el último ravioli de langosta que le queda.

—Me crio mi padre después de que mi madre muriera cuando yo tenía cuatro años. Siempre me gustó el béisbol porque él había sido jugador profesional y yo quería seguir sus pasos. Así que lo hice, pero me lesioné, me vi obligado a retirarme de forma anticipada, vine a Napa por recomendación de un amigo y compré esta bodega. Eso es todo.

Bueno, ¿no ha simplificado demasiado? Tengo que aprender de él para la próxima vez que me hagan preguntas indiscretas.

—Lo has resumido bastante bien.

—Me imaginé que me habías buscado en Google, así que probablemente ya sabías todo eso. —Sus mejillas se enrojecen y me pregunto si se está sonrojando de verdad—. Acabo de hablar como un completo imbécil.

—No pasa nada —le digo—. Te busqué en Google —admito, con las mejillas encendidas. Están todas las fotos de su campaña publicitaria de ropa interior. Fueron bastante… reveladoras—. Hace un tiempo, cuando te hiciste cargo de la bodega. Quería saber más sobre mi nuevo jefe.

—¿No habías oído hablar de mí antes, cuando jugaba al béisbol?

—No, la verdad es que no. No presto mucha atención a los deportes y, cuando lo hago, el único que me interesa es el fútbol americano. —Ante sus cejas levantadas, me encojo de hombros—. Soy de Texas, después de todo.

Matt

—Bueno, supongo que puedo perdonarte tu afición al fútbol americano, teniendo en cuenta que eres texana y eso —le digo sonriéndole.

Me devuelve la sonrisa, un destello brillante y dentado, y luego desaparece tan rápido como surgió. Me invade la decepción, pero la ignoro.

Cuanto más hablo con Bryn, más me gusta. Me fascina que sea de Texas solo porque, por alguna razón, es el último lugar del que me imaginaba que sería. Supuse que era de aquí, como todos los que trabajaban en la Bodega DeLuca.

Cuanto más hablaba de Texas, más se le marcaba el acento. Resultaba gracioso oírla hablar de abuelas y tartas de chocolate. Aunque no ha dado muchos detalles. Me ha hecho pensar que hay mucho más entre bastidores.

Me pregunto si esconde algo. Ojalá yo pudiera… Mi pasado, toda la historia de mi vida está ahí fuera, y cualquiera puede leerla y verla, gracias a Vinnie DeLuca y sus correrías.

En realidad, es vivaz, cosa que no me esperaba. Pero hasta ahora solo conocía a la otra Bryn. La versión beis que nunca me mira. Esta nueva Bryn, con su ropa sofisticada pero sexi, su precioso pelo y su actitud un poco atrevida, es una agradable sorpresa.

También me gusta que haya comido. He salido antes con mujeres que picoteaban del plato o solo pedían un trozo de lechuga y un vaso de agua. Bryn no solo se ha acabado casi toda la comida, sino que también se ha comido el pan, igual que yo.

No tenía ni idea de que una mujer con un apetito saludable fuera tan excitante.

—Parece que tu carrera se truncó superpronto, ¿eh? —Hace un gesto de dolor—. Lo siento, probablemente no debería haber sacado el tema. Estoy segura de que no te gustará hablar de ello.

—No pasa nada. Son cosas de la vida, ¿sabes? —Me encojo de hombros, fingiendo que no me importa haber perdido mi carrera en el béisbol, pero sí me importa. Duele tremendamente—. Lo echo de menos, pero la vida sigue y te trae nuevos retos.

Levanta una delicada ceja.

—Y estoy segura de que la bodega es un reto.

—Por supuesto que sí, pero es interesante. Mucho trabajo duro, pero creo que al final nos recompensará. —He dicho «nos», como si ella fuera un elemento fundamental de esta bodega, y para mí lo es.

Me pregunto si ella sabe cuánto la valoro. Y no me refiero a su sueldo o a cuánto gano con esta empresa ni nada por el estilo. Me refiero a lo mucho que necesito su ayuda. A lo perdido que estaría sin ella.

Por supuesto, no todo son las finanzas y cuánto dinero ganas, ¿verdad? Tengo suficiente dinero para diez vidas. Puede que mi padre sea un imbécil bocazas al que le encanta hacer públicos sus problemas, pero es un imbécil bocazas rico. Creo que eso es lo que le ha permitido hacer tantas locuras todos estos años. Cuando eres rico, eres excéntrico. Cuando eres pobre, eres un completo donnadie.

En cualquier caso, crecer con mi padre fue toda una experiencia. Esperaba que fuera como él. Así que me esforcé al máximo por emularle en todo lo que pude, pero lo hice con mi carrera profesional en el béisbol.

Hasta la desafortunada lesión que me apartó del juego para siempre. Mi padre estuvo a punto de perder la cabeza. Puedo asegurar que estaba dispuesto a repudiarme, y eso que ni siquiera había sido culpa mía. Aunque nuestra relación ya estaba bastante tocada, desde entonces no ha vuelto a ser la misma.

Ahora me esfuerzo por evitar que me metan en el mismo saco que a mi padre.

—Estoy segura de que saldrá bien. Creo que todo lo que tocas lo conviertes en oro —dice con su voz suave y su sonrisa…

Es una sonrisa tan bonita. Ella es hermosa. Preciosa. Me la quedo mirando, momentáneamente cautivado y niego con la cabeza, desterrando mis pensamientos caprichosos.

Me pregunto a qué se refería cuando ha dicho que todo lo que toco lo convierto en oro. Jodí mi carrera profesional por accidente. Estoy trabajando muchísimo para asegurarme de que esta salga bien.

Ahora solo me queda esperar que todo se ajuste al plan. Faltan dos días. La gran reinauguración empieza el viernes por la tarde y se prolonga hasta bien entrada la noche, con todo tipo de actos para la prensa, una visita a los viñedos, una cata de vinos y, por último, la fiesta, que empieza a las seis. Habrá comida, mucho vino DeLuca y actuaciones en directo.

Me agoto solo de pensarlo.

—Bueno, debería volver al trabajo —digo mientras le señalo con el tenedor.

Cuando disponga de tiempo, tengo que ir al restaurante donde Bryn ha traído nuestra cena. Ha sido la mejor comida que he probado en años.

Me pregunto qué diría Bryn si le pidiera que me acompañara. Como si fuera una cita.

—¿Vas a quedarte a trabajar un poco más? —pregunta incrédula.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Sí. Hay algunas cosas que tengo que terminar antes de irme a casa.

—¿Necesitas que me quede y te ayude? —Parpadea, con esos cristalinos ojos azules que me atraen y me tientan más allá de lo razonable.

Al quedarme hasta tarde en la oficina con Bryn, puedo imaginarme que ocurriese todo tipo de cosas. Como ella tumbada en mi escritorio, con los labios hinchados por mis besos y el pelo revuelto.

Necesito dejar de pensar en Bryn de una manera tan sexual. Necesito superar mi atracción por ella. Centrarme en el trabajo es mucho más importante que pensar cómo voy a meter las manos bajo la falda de mi asistente.

Sí. Sueno como un imbécil sexista incluso en mi cabeza.

—No, puedes irte a casa. Son más de las ocho. Ya has hecho más que suficiente. —Dejo caer el tenedor sobre mi plato vacío y tiro la servilleta encima.

—Oh, no te preocupes por eso. Yo recogeré.

Coge la bolsa del suelo y empieza a llenarla con las sobras. Al coger mi plato vacío, se inclina un poco y me ofrece una deliciosa vista de lo que hay debajo de su camisa.

Su sujetador es blanco, de encaje, y sus pechos se tensan contra la delicada tela. Me empieza a sudar la frente de tan tentadora vista y mantengo la mirada fija en ese punto todo el tiempo que puedo hasta que se endereza y sus pechos desaparecen de mi visión.

Joder, no hay palabras para decir lo atractiva que es esta mujer.

—Tiraré esto a la basura cuando salga —dice por encima del hombro mientras sale de mi despacho y se dirige a su mesa.

Me siento en mi silla, inmovilizado mientras la observo. El vaivén de sus caderas me hipnotiza. Sus andares son pura seducción. Esa falda negra alimenta mi imaginación, por la forma en que abraza cada una de sus curvas. Su culo me está pidiendo que lo toque.

«Contrólate, hombre. Ella es tu asistente. No puedes meterte ahí».

Ignorando los pensamientos negativos que me rondan por la cabeza, me pongo en pie, saco la cartera del bolsillo trasero y la abro de un tirón.

—Te debo dinero por la cena, Bryn.

—Si quieres, mañana me hago un cheque. Podemos anotarlo como gasto de empresa —dice mientras rebusca en su escritorio—. No ha sido mucho.

Siempre está pensando, esta asistente mía.

—Prefiero darte dinero en efectivo ahora mismo, si no te importa. —Me dirijo a su escritorio, mientras empiezo a sacar un par de billetes de veinte —. Tienes el recibo, ¿no?

Estoy tan concentrado en buscar en mi cartera que no me doy cuenta de que estoy justo delante de Bryn hasta que es demasiado tarde. Me doy de bruces con ella, nuestros cuerpos chocan y, al estirar la mano y rodearla con los brazos para evitar que se caiga, la cartera acaba en el suelo.

—¡Oh! —Me sujeta de la camisa para no resbalarse con los tacones que lleva, y sus curvas suaves y preciosas se acomodan contra mí.

Apoyo mis manos tentativamente en su espalda, justo por encima de la curva de su culo, mientras ella levanta la cabeza y sus ojos muy abiertos se encuentran con los míos.

—Lo siento —murmura, luego saca la lengua y se humedece los labios.

Mierda, ¿por qué ha tenido que hacer eso?

—Hum, soy yo quien debería disculparse, soy yo quien no miraba por dónde iba —digo, con el cerebro tartamudeando por tenerla entre mis brazos.

La aprieto un poco más. Es una sensación muy agradable. Demasiado agradable. Tengo la piel electrizada, las manos ansiosas por explorar su cuerpo y me doy cuenta de que debería alejarla y poner fin a esta conversación antes de que se me vaya de las manos.

—De acuerdo entonces. Quizá deberías hacerlo. —Sus dedos se enroscan en mi camisa, rozándome la piel, y siento su tacto hasta lo más profundo de mis huesos, incluso a través de la tela.

Se me corta la respiración mientras me la quedo mirando, completamente fascinado por la sensual expresión que cruza su rostro.

—Discúlpate, señor DeLuca.

—Lo siento, señorita James —susurro, y la hago sonreír.

Maldita sea, esa sonrisa es preciosa. Todo en ella es precioso. ¿Por qué nunca me había fijado en ella así? Bueno, me quedé prendado de su olor, pero me dije que no era nada. Que no era nada especial.

¿Soy tan superficial que hacía falta ropa ajustada y maquillaje para fijarme en ella?

Pero esta mujer es mucho más que eso. Es inteligente y siempre está ahí cuando la necesito, que es a menudo. Hago todo lo que puedo para ser justo y no estar constantemente recibiendo, recibiendo y recibiendo, pero he sido bastante egoísta desde que me hice cargo de la bodega. Durante semanas, meses incluso, he estado viviendo y respirando tan solo por este lugar.

Bryn ha estado a mi lado todo el tiempo. Siempre ahí, con lo que necesito, guiándome cuando estoy perdido. Ella me mantiene centrado.

Y soy un idiota adicto a la lujuria porque lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que deseo besarla. Saborearla. Quitarle la ropa y verla desnuda por primera vez.

Mi cabeza desciende como si yo no tuviera control, y ella inclina la suya hacia atrás como esperando, y la sonrisa se le borra y sus labios se separan. Suenan campanas de alarma en mi cerebro. ¿Qué estoy haciendo? Creo que voy a besarla.

Sí, sin duda, voy a besarla y descubrir a qué saben por fin esos deliciosos labios. Y cuando termine de besarla, voy a hundir mi cara contra su pelo y respirar profundamente su adictivo aroma, a inhalarlo hasta que me llene los pulmones y empiece a darme vueltas la cabeza. Ya puedo olerla, su fragancia envolviéndome, drogándome, y cierro los ojos justo cuando mi boca se posa en la suya.

El beso es suave. Ligero. Sencillo. La estoy probando, probándome a mí mismo. Ella no corre, ni siquiera se revuelve de mi abrazo. No, es peor. Debería alejarse de mí y abofetearme. O, como mínimo, darme un pisotón, decirme que soy un malnacido y que se despide. La dejaría ir porque es lo correcto.

Sostenerla en mis brazos y besarla es lo peor que puedo hacer.

En lugar de eso, suspira contra mis labios. Creo que es el sonido más suave y sexi que he oído en mi vida, entonces sus manos me suben por el pecho y me rodean los hombros mientras se acerca y se aferra a mí como si le fuera la vida en ello.

Ya está. La señal que he estado buscando a pesar del destello de advertencia de que se repite en mi cabeza: «Apártate, apártate, apártate de una puta vez, gilipollas».

La ignoro. No puedo resistirme a ella. No quiero resistirme. Todas esas curvas suaves y deliciosas contra mí, sus pechos contra mi pecho, sus

piernas enredándose con las mías. Está más alta con esos tacones, y estoy tentado de deslizar las manos hacia abajo, rodearle el culo y ver qué hace.

Con la forma en que está respondiendo a mi boca en la suya, tengo la sensación de que le gustaría.

El beso sigue siendo sencillo; los dos parecemos esperar a que el otro dé el primer paso. Me deleito en la sencillez durante un minuto. Quiero grabar este momento en mi mente y no olvidarlo nunca. La sensación de tenerla entre mis brazos. Los ruidos que hace con la garganta, una combinación de suspiros y gemidos superexcitantes. Sabe a menta, dulce y fresca, e inclino la cabeza y separo los labios, dispuesto a entrar más profundamente.

Pero, por increíble que parezca, se me adelanta y se abre a mí mientras su lengua se lanza a lamer tímidamente la mía, un pequeño y perverso movimiento que hace que mi cuerpo se ponga a mil por hora y que mi polla empuje contra mis pantalones. Joder, la deseo. Podría ahogarme en ella.

Estoy acabado.

Capítulo 5

Bryn

Oh, Dios mío, me está besando. Besándome de verdad, con nuestras lenguas bailando una delicada danza que se vuelve más profunda, húmeda y ardiente a cada segundo que pasa. Me aferro a él, deslizo las manos por sus hombros hasta rodearle el cuello, una mano en el espeso y suave pelo de su nuca, estrechándolo contra mí.

Sus musculosos brazos me rodean la cintura, como bandas de acero que me sujetan, y siento un cosquilleo en la piel por la forma posesiva en que me toca y me besa. Esto es justo lo que llevaba meses deseando, desde que empecé a trabajar con Matt, cuando entró en mi vida y prácticamente la salvó, para que no tuviera que hacer las maletas y regresar a Cactus, muerta de vergüenza y habiendo fracasado, cosa que todos pensaban que ocurriría.

Tengo la sensación de haber luchado contra esta vertiginosa atracción por Matt durante una eternidad, sobre todo, esta última semana, y creo que él también. Durante la cena, la conexión parecía crecer, como una presencia tangible.

¿Por qué si no iba a besarme tan rápidamente? Sé que ha sido un accidente, que chocáramos, pero me resulta tan natural estar en sus brazos. Ya no podía negar que se sentía atraído por mí y ahora, solos en la oscuridad y el silencio de la oficina, sin nadie más cerca, por fin podemos ceder a nuestra atracción e ir un paso más allá.

—Bryn. —Su voz agoniza y me produce escalofríos cuando susurra contra mis labios—. No deberíamos hacer esto —dice, y deja de besarme.

Le acaricio la nuca, aún perdida en la persistente sensación de su boca moviéndose sobre la mía. Dios, este hombre sabe besar. Agradezco que me tenga sujeta; de lo contrario, tal vez me derretiría. ¿Qué ha dicho?

—Espera…, ¿qué?

—No deberíamos hacer esto —repite, y presiona con sus labios el punto donde mi pulso palpita salvajemente en mi cuello antes de retirarse un poco, poniendo distancia entre nosotros.

Le miro fijamente y me doy cuenta de que habla muy en serio. Su expresión es sombría; sus ojos casi… sufrientes. Está poniendo fin a esto.

Y haciéndome sentir como una tonta humillada.

—Bien. —Respiro hondo y aparto las manos de allí donde le cogí el cuello—. Tienes razón. Por supuesto, no deberíamos hacer esto. —Hablo como en las novelas románticas que me encanta leer cuando no estoy trabajando como una bestia. Qué vergüenza lo patética que soy.

—Lo siento, Bryn. Me he dejado llevar —dice.

Doy un paso atrás y me siento desamparada al soltarme de su abrazo.

—Yo también lo siento —respondo.

Me aliso el pelo con la mano, me coloco bien el top y me paso las manos por la falda. Me tiemblan las manos y suelto otro suspiro tembloroso, desesperada por recuperar la compostura lo antes posible.

De ninguna manera quiero que vea lo mucho que me afecta, sobre todo, después de haberme rechazado tan rotundamente.

Se agacha, coge la cartera del suelo, la abre y saca dos billetes de veinte dólares.

—¿Vale con esto?

—¿Para qué? —Mi mente se acelera.

¿Para qué me da dinero? Mejor que no me esté pagando por el estúpido beso. Y, si piensa que mis labios solo valen cuarenta dólares, entonces me siento totalmente insultada.

—Por la cena que has pagado —dice, con voz suave mientras me tiende los billetes de veinte—. ¿Es suficiente?

—Está bien —contesto, y le quito el dinero de las manos y lo aprieto con fuerza.

Me siento tan tonta que no sé qué más decir.

Así que no digo nada. Le doy la espalda, cojo el bolso de donde lo dejé, en la esquina de mi mesa, y salgo corriendo del edificio sin mirar ni una sola vez por encima del hombro. Ni siquiera me doy cuenta de las lágrimas que caen por mis mejillas hasta que estoy en el coche, sentada en el asiento del conductor y tratando desesperadamente de meter la llave en el contacto, pero fallo cada vez.

Rompo a llorar de verdad, con la vista nublada, y por fin consigo meter la llave. La giro y el motor arranca con su habitual rugido suave y seguro. Aprieto la frente contra el volante y dejo que las lágrimas caigan en

silencio. Sin sollozos, sin maldiciones, sin agitar el puño ante mí misma ni ante el hombre que me ha besado con tanta dulzura, con tanta pasión, que no sé si volveré a experimentar otro beso igual.

Cada vez que pasa un vehículo, me iluminan los faros. Me enjugo las lágrimas que me humedecen las mejillas y exhalo un suspiro frustrado. Tengo que salir de aquí. Quedarme sentada llorando y compadeciéndome de mí misma no es la manera de enfrentarme a esto. Siempre he sido el tipo de mujer que sale adelante por sí misma. Es la texana que hay en mí; la actitud dura de no dejarse amilanar que mi abuela me inculcó desde que era pequeña.

¿Que un pervertido me persigue e intenta secuestrarme? Cero problema, escúpele en el ojo. ¿Que mi antiguo jefe intenta acostarse conmigo? Cero problema, deja el trabajo. ¿Que unos capullos de Hollywood me proponen una mamada?

Sí. Solo avanza. Encuentra otro trabajo. Encuentra otro jefe, otro hombre con demasiado poder que sepa cómo hundirme silenciosamente con tan solo una mirada. Un roce. Un beso.

Pongo la marcha atrás, salgo del aparcamiento y conduzco tan rápido que los neumáticos patinan y escupen gravilla. La determinación refuerza mi columna vertebral y alimenta mi ira. Me niego a que nadie me haga sentir débil por el mero hecho de ser mujer. Sigo haciéndolo. Ha sido un patrón toda mi vida. Transformo mi aspecto para evitar que los hombres vean una cara bonita, luego me dejo convencer de que sería inteligente volver a mi apariencia anterior y, por supuesto, me meto en problemas. Pero olvídalo.

Ningún hombre me ha detenido jamás.

Nunca.

—Oh, Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Levanto la vista de la carta que estoy escribiendo y veo a Ivy de pie delante de mi mesa, con una expresión de pura decepción mezclada con horror. Cuadro los hombros y le sonrío, una sonrisa discreta.

—¿A qué te refieres? —pregunto con calma.

Solo han pasado unos días desde la última vez que la vi. Sé que me va a echar la bronca.

Me hace un gesto con la mano y su mirada me absorbe mientras arruga la nariz.

—Al color marrón de todo, ha vuelto. Y llevas el pelo recogido en un moño y no te has maquillado. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Creía que te habías comprado un vestuario nuevo. De hecho, sé que lo hiciste; estaba contigo.

Es inútil intentar enamorar a un hombre que claramente no quiere. A pesar del beso devastador, la conversación íntima y sus ojos ardientes bebiéndome cada vez que podía, yo necesitaba volver a mi aspecto original. Llevo el color beis como armadura. Protege mi corazón del fracaso.

—Lo hice. Me puse mi ropa nueva, hice todo lo posible para impresionar a Matt y me salió el tiro por la culata. Fue un fracaso total. —Saco de debajo del escritorio la bolsa que contiene el precioso vestido que Ivy me compró tan generosamente para mañana—. Te lo devuelvo. Te agradezco el detalle, pero no voy a necesitarlo.

Ivy coge la bolsa como aturdida y la abre para echar un vistazo al interior antes de dirigirme una mirada decidida.

—Oh, no. No te atrevas a devolvérmelo porque creas que me he gastado demasiado dinero en él. Es un regalo.

—No te ofendas, pero no lo quiero. —Resoplo con delicadeza, esperando que me perdone, pero, Dios, todavía estoy muy enfadada con el imbécil de Matthew DeLuca—. No tiene sentido que me lo ponga, así que ahí lo llevas. Espero que aún puedas devolverlo a la tienda.

—¿Qué? ¿Por qué dices que no tiene sentido ponértelo? ¿Qué ha pasado? —Ivy me mira boquiabierta.

Dirijo la cabeza hacia la puerta cerrada del despacho de Matt. La ha tenido cerrada todo el día y apenas me ha dirigido la palabra, más allá de alguna petición ocasional con una voz dolorosamente educada. Yo soy igual de mala: respondo con un escueto «Sí, señor» cada vez que me pide que haga algo por él, y me gano a cambio una mirada irritada.

—¿Qué ha hecho? —Ivy baja la voz hasta que se convierte en un susurro.

Niego con la cabeza, pongo los ojos en blanco y me duele un poco. Quizá tenga algo que ver con mi pelo recogido en un moño tan apretado que juraría que me tira de toda la cara. ¿Quién necesita un *lifting* cuando puede hacerse un peinado así?

—No puedo hablar de eso aquí. Ahora no.

—Me niego a aceptarlo. —Ivy deja la bolsa encima de mi escritorio, con expresión casi desafiante en el rostro—. Lo llevarás mañana por la noche, te guste o no —me dice.

—No es que no me guste, ¿sabes? —Cojo la bolsa y la vuelvo a tirar debajo del escritorio, a sabiendas de que acabo de arrugar el vestido. No me va a quedar más remedio que plancharlo esta noche si es que quiero ponérmelo mañana—. La única razón por la que me lo compraste fue para impresionar a cierta persona que, créeme, no se va a impresionar en absoluto.

—Estás dando muchos rodeos, y no lo soporto. —Ivy se dirige a la puerta, agitando la mano—. Ven conmigo.

La sigo fuera. El sol brilla y me calienta la piel, que tenía helada. Ivy me lleva a la parte de atrás del edificio. Se vuelve hacia mí y yo me cruzo de brazos, a la defensiva. Lo último que quiero es discutir con mi nueva amiga, pero tampoco quiero confesarle lo que pasó anoche entre Matt y yo.

Me da vergüenza.

—Cuéntamelo con detalles. Dime qué te ha hecho ese tonto de Matt para que hayas vuelto a las andadas. —Un escalofrío recorre a Ivy—. Odio el beis. Espero que lo sepas.

Yo también lo odio, pero no lo reconozco ante Ivy. Es mejor actuar como si fuera mi estilo y ocultarme detrás del mismo que revelar que puedo estar… guapa sin el beis. Lo llevo como una armadura con la que lucho contra todas mis vulnerabilidades.

—Me da vergüenza.

—Lo que me cuentes quedará entre tú y yo. Ah, y Marina. Ella querrá saber lo que pasa —dice Ivy.

—No puedes contárselo a Archer. Y Marina no puede decírselo a Gage. Será nuestro secreto —le aseguro, y la señalo con el dedo.

—Mis labios están sellados. Palabra de Scout. —Levanta tres dedos y empieza a reírse, lo que me pone aún más nerviosa.

—No puedo tomarte en serio si te estás riendo —le digo, irritada.

Si Matt se entera de que estoy fuera hablando con Ivy, podría enfadarse. Hoy está hecho un manojo de nervios con todo lo que va a pasar mañana. Está tenso y estresado, y las malas y extrañas vibraciones que hay entre nosotros no ayudan en nada.

—No me río de esto. Le dije lo mismo a Matt, «palabra de Scout», cuando me contó una cosa la semana pasada. —Frunce el ceño y ladea la cabeza—. No me puedo creer que solo haya pasado una semana desde que Matt y yo tuvimos esa conversación. Han pasado muchas cosas desde entonces.

—¿Qué conversación? ¿Qué te dijo? —La estoy poniendo a prueba.

Si ella me dice lo que él le contó, bajo ningún concepto le confesaré lo que pasó anoche.

—Ah-ah. No voy a caer en esa trampa. —Ella sonríe. Mierda, qué lista es —. Así que suelta.

Le explico todo: que Matt parecía interesado cuando me deshice del beis; que me quedé anoche y le llevé la cena, y que comimos juntos; que estaba a punto de irme cuando chocamos y que acto seguido nos estábamos besando.

También que fue increíble.

—Entonces se acabó. Dijo que no deberíamos estar haciendo eso, me dio cuarenta pavos y me mandó a paseo —termino de contarle con tristeza.

—Un momento. ¿Te dio cuarenta pavos? ¿Para qué? —dice Ivy casi chillando.

—Shhh. —Niego con la cabeza, con ganas de reír, aunque no le encuentro la gracia. Quizá lo haga algún día, pero no por el momento—. Para la cena, ya que la había pagado yo.

—Oh, gracias a Dios —murmura y esta vez sí me río. No puedo evitarlo —. Pensé que estaba intentando pagar por tus servicios.

Toda la historia es absurda.

—¡Eso mismo pensé yo!

Luego nos reímos las dos, recostadas en el edificio como si necesitáramos apoyarnos para mantenernos en pie.

—Así que supongo que ahora ¿te está ignorando? —pregunta Ivy una vez que se ha calmado.

Asiento con la cabeza y dejo de reírme.

—No ayudó mucho el que me fuera anoche. No le dije ni una palabra, me di la vuelta y hui como si hubiera fuego.

—Y luego apareces esta mañana con tu conjunto beis y todo vuelve a la normalidad. —Ivy suspira—. Qué desastre.

—No sé qué más hacer. Su rechazo me… dolió —confieso, y aprieto los labios para no decir nada más.

Es mi amiga, pero no estamos tan unidas. No quiero que piense que soy tonta de remate por divulgar mi pasado. Me han pasado muchas cosas feas. Más allá de los pervertidos, los jefes locos y los asquerosos de Hollywood que querían que les hiciera mamadas, tuve novios que tampoco eran tan buenos. Los hombres ven una cara bonita y que tengo buen tipo y piensan que soy fácil.

Cambio de forma de vestir y Matt me besa. Luego me aparta. Y yo quería que se fijara en mí. En el fondo, quiero ser para Matt algo más que su asistente.

Soy tonta por enfadarme; yo misma me lo he buscado, pero no puedo evitarlo. Cuando se trata de hombres, no pienso con la cabeza.

No quiero que Ivy crea que estoy loca. Aunque en cierto modo lo estoy.

—Tienes que ser desafiante ante el rechazo, amiga mía. Y no te ha rechazado porque no le atraigas. Probablemente esté intentando hacer lo correcto —señala Ivy.

Humm. Puede que tenga razón. Matt parece un buen tipo por lo que he visto. Creo que nunca se propondría jugar conmigo a propósito ni nada parecido.

—No va a salir bien —le digo, con voz firme—. Él es mi jefe y yo soy su empleada. No sé por qué dejé que me convencierais de que podría funcionar.

—No, no. Ni se te ocurra rendirte. No te dejaré. —Ivy me sujeta por los brazos y me da una pequeña sacudida antes de soltarme—. Mañana te vas a poner uno de tus conjuntos nuevos. Nada de colores neutros, ¿vale? Matt necesita que te comportes lo mejor posible, y eso quiere decir que tengas el mejor aspecto posible. Mañana nos jugamos mucho.

Tiene toda la razón. Mañana es, de lejos, el día más importante de la nueva carrera profesional de Matt.

—Vale, de acuerdo. Me pondré mi otro vestido nuevo, nada de color marrón.

—Bien. —Ivy sonríe—. Y mañana por la noche irás a la fiesta y llevarás este vestido. Saludarás a todo el mundo, serás una impresionante representante de la Bodega DeLuca, aunque te mate. Harás que Matt se sienta tan orgulloso que sabrá sin duda la valiosa empleada que tiene. Y si además te ve como una mujer hermosa, pues que así sea.

¿A dónde quiere llegar?

—¿Y?

—Y si hace un movimiento, fabuloso. Pero voy a advertirte. —La expresión de Ivy se vuelve aterradoramente solemne—. Si no hace ningún movimiento, no te sorprendas. Se esfuerza por hacer lo correcto, sobre todo, por su padre.

—¿Cómo que por su padre? ¿Qué le pasa?

Ivy hace una mueca.

—Vinnie DeLuca tiene una reputación de baboso total y avergüenza a Matt constantemente. Ya casi no se hablan.

—¿Reputación de baboso? ¿Cómo? —La curiosidad me invade.

—Mujeriego. Le gustaba empezar peleas, sobre todo, cuando jugaba al béisbol profesional. Se rumoreaba que tomaba esteroides y que apostaba mucho y hacía trampas. —Ivy niega con la cabeza—. Matt siempre ha intentado por todos los medios no ser como su padre y su horrible reputación. Siempre ha sido muy recto.

Y ahí es donde entro yo, pasando de aburrida y sosa a obvia y desesperada a velocidad de vértigo. No me extraña que me besara y luego me rechazara. Debe de estar tratando de hacer lo correcto.

Mientras que yo, en cambio, he estado intentando hacer lo incorrecto.

—Me siento como una imbécil —digo con un suspiro.

—No deberías. Nosotras te animamos. —Ivy también suspira—. Yo también me siento como una imbécil.

—Me pondré el vestido. Pero no intentaré exhibirme delante de Matt ni nada parecido. Eso no está bien. Él no necesita ese tipo de problemas y no necesita sentirse culpable. —Le doy una patada a una piedra, sintiéndome mal por hacer lo correcto.

—Me sorprendes, ¿lo sabías? Matt tiene suerte de tenerte a su lado.

—Realmente espero que él lo vea así —digo, y el corazón me da un vuelco.

Matt

«Matt tiene suerte de tenerte a su lado. Realmente espero que él lo vea así».

No era mi intención escuchar a escondidas la conversación de Bryn y Ivy, pero me llegó por casualidad. Y, cuando me di cuenta de que estaban hablando de mí —y, en concreto, de mi padre—, tuve que quedarme a escuchar lo que decían.

No me gustó tener que oír lo que Ivy decía de mi padre, pero no se puede negar que decía la verdad. Es un canalla y tiene muy mala fama, y yo intento por todos los medios no parecerme a él.

Por eso tuve que apartarme de Bryn anoche. No podía llevar más lejos ese increíble beso que nos dimos, por mucho que lo deseara. Y, joder, lo quería de verdad.

Al escuchar a Bryn decir que se sentía como una tonta por lo que ocurrió anoche me di cuenta de que ella lo deseaba tanto como yo. Estaba absolutamente convencido de que me había propasado con ella. Después de que se fuera sin decir una palabra, no podía concentrarme y tuve que cerrar. Cogí el coche y me fui a casa frustrado y excitado, repasando una y otra vez lo que había pasado entre Bryn y yo, intentando averiguar cómo pude dejar que pasara: ese beso, el atraer a Bryn a mis brazos, el tocarla…

Sí. Un gran error, que no puedo olvidar fácilmente.

Ha sido durísimo tener que encontrarme con ella esta mañana, aunque de alguna manera me lo ha hecho más fácil el hecho de que haya aparecido vestida de nuevo de beis, sin apenas mirarme, como si le diera miedo. A esta Bryn la conocía y la entendía, o eso creía. Llevaba meses lidiando con la Bryn que era como un mueble y estaba acostumbrado a que fuera así.

Es la Bryn guapísima, elegante y sexi a más no poder la que me pone los pelos de punta. No es solo que tiene un físico increíble, sino que además se vuelve más atrevida con esa ropa tan elegante y ese pelo precioso. Se mueve con confianza, me mira a los ojos y me habla.

Verla esta mañana con su habitual atuendo beis me desconcertó, pero solo momentáneamente. Al oír su voz, al observarla, lo único que vi fue a la verdadera mujer que se esconde detrás del disfraz. Puede esconderse todo lo que quiera con colores monótonos y peinados austeros; yo sé quién es bajo la superficie.

Y quiero más, a pesar de querer hacer lo correcto.

Ella me confunde. Pensé que al alejarla se resolverían todos mis problemas. En lugar de eso, siento que han aumentado bastante.

Me alejo de donde Ivy y Bryn siguen hablando, voy al coche y arranco. Voy a mi última cita rápida del día, una reunión en mi banco local con un posible inversor.

El móvil me suena dos minutos después de salir del aparcamiento de la bodega y compruebo que es mi padre. Hablando del rey de Roma. Es como si sintiera cuándo alguien está hablando o pensando en él. En contra de mi voluntad, contesto; es mejor enfrentarse a él ahora que prolongarlo y que acabe acosándome mañana.

—Hijo. —La voz de Vinnie retumba por los altavoces de mi coche; tengo el teléfono en Bluetooth—. Cuánto tiempo.

Siempre actúa como si no hubiera razón para que no hayamos hablado en meses.

—¿Qué pasa? —pregunto, yendo directo al grano.

—Ah, siempre tan amable con tu viejo, ¿verdad? —Vinnie se ríe y yo aprieto los dientes. Me muero de ganas de colgarle—. He oído que mañana es la reinauguración de tu elegante bodega.

—Así es.

Nunca ha mostrado ni un ápice de interés por la bodega, aparte de cuando le dije que la había comprado y respondió «qué bien» con su habitual voz distraída y completamente ensimismada.

Nunca hemos vuelto a hablar de ello.

—Esperaba recibir una invitación.

El malestar me recorre la espalda y me aclaro la garganta.

—Creía que te gustaban más los licores fuertes. —Intento sonar como si estuviera bromeando.

—Bueno, no soy un gran bebedor de vino, estoy de acuerdo, pero me gustaría estar allí cuando mi único hijo dé a conocer su nueva bodega. Será un momento glorioso, estoy seguro.

Un momento glorioso del que no quiero que forme parte.

—¿Seguro que quieres venir? Será aburrido. Casi no hay nadie allí que conozcas, aparte de mis amigos.

—¿Irá alguien del béisbol? —pregunta.

Sí. Algunas personas, y desde luego no quiero que se acerque a ellos. Tiende a entrar en discusiones acaloradas cada vez que se habla de béisbol y en concreto de su pasado, tanto en el juego como en la liga.

Pero, mierda, ¿cómo puedo rechazarlo? Es mi padre.

—Unos pocos, pero no muchos —le digo, y mantengo la mirada fija en la carretera que tengo delante.

Ni siquiera me molesté en enviarle una invitación para mañana. Me pregunto si estará enfadado. Me pregunto si es una extraña forma de vengarse de mí por haberle ignorado.

No me extrañaría, viniendo de mi padre. Es ese tipo de hombre.

—Vi un artículo en el periódico —explica.

Sigue viviendo en la zona de la bahía de San Francisco, donde nació y creció. Los dos tuvimos la suerte de pertenecer a equipos profesionales cercanos al lugar donde crecimos. Mi padre siempre lo atribuyó a la maldición de los DeLuca, una palabra muy acertada, si tenemos en cuenta lo malas que ha sido nuestras carreras profesionales.

—Y me di cuenta de que iba a pasar mañana. No podré asistir a los actos del día; he visto que vas a hacer un *tour* y una cata de vinos y todas esas cosas buenas, pero me encantaría pasarme por la fiesta de por la noche, si me aceptas.

—Se puede arreglar —digo, y me arrepiento al instante. Espero que no estar cometiendo un error.

—¡Genial, bien! Estoy deseando verte. Ha pasado demasiado tiempo, hijo. Te echo de menos.

Sí, claro.

—Estará bien verte también, pero entiende que voy a estar ocupado toda la noche y no tendré mucho tiempo para charlas.

Tampoco tendré mucho tiempo para sus calculados comentarios sobre nuestro a veces problemático pasado. Le encanta hacer eso y empujarme a una espiral de culpa.

Nuestra relación es muy jodida, lo juro.

—Lo entiendo perfectamente —me asegura—. Allí estaré para disfrutar de tu gloria, siempre como un padre orgulloso. No estropearé tu fiestecita de mañana por la noche, te lo prometo. No te preocupes por mí.

Que describa el evento de mañana como «mi fiestecita» ya me pone de los nervios, el muy gilipollas. Seguro que dice ese tipo de cosas a propósito. No me creo ni una palabra de lo que dice.

Y odio sentirme así.

Después de que cuelgue, reflexiono sobre cómo puedo manejar el problema que es mi padre. Me pregunto si Bryn me ayudaría. Pero, si

pongo la pongo en el punto de mira de mi padre, probablemente intentará insinuarse, y ella acabará más que ultrajada.

Sí. Ese es un riesgo que para nada quiero correr. Pero ¿tengo elección? Es como si mi padre necesitara una niñera, y solo unas pocas especializadas pudieran encargarse.

Aun así, tengo muy claro que no quiero someter a Bryn al cabrón maleducado de mi padre.

Capítulo 6

Matt

—Este lugar está fenomenal, tío. —Archer me da una palmada en la espalda tan fuerte que doy un paso hacia delante y hago una mueca cuando el dolor me atraviesa la rodilla. Todavía me duele. Siempre me dolerá—. Lo has conseguido. Apuesto a que mañana todo el mundo hablará de la Bodega DeLuca.

—Gracias, pero la fiesta no ha hecho más que empezar —digo, siempre como la parca que se preocupa por todo.

El recinto está abarrotado de gente, el aparcamiento lleno de coches, incluido el descampado que hemos abierto específicamente para el evento.

Mi padre aún no ha llegado, lo que me preocupa muchísimo, pero no puedo pensar en ello. Quizá no venga al final. Supongo que no tendré tanta suerte. Sabe cómo aguar cualquier fiesta, grande o pequeña.

La imagen de mi padre irrumpiendo en la fiesta, armando jaleo y borracho y haciéndome quedar como un tonto me ha puesto de los nervios. Necesito hacer algo para quitarme este agobio y rápido.

—Hoy estás bastante negativo, gilipollas. Anímate. La vida va bien —dice Gage, y me saluda con su copa antes de dar un trago a un *cabernet* DeLuca.

—No te metas con él —le reprende Marina mientras desliza su brazo por el de Gage—. Es una fiesta increíble, Matt. Todo el mundo está impresionado.

—Gracias, Marina. —Sus palabras significan mucho para mí, ya que procede de una de las familias de más rancio abolengo de la zona.

Si hay alguien que está enterado de lo que pasa en el valle de Napa, esa es Marina Knight. Que yo pueda impresionarla y que ella no oiga más que cosas buenas de boca de sus conocidos me permite respirar más tranquilo.

Un poco más tranquilo, al menos.

Mi apellido está en la etiqueta, en el cartel de la fachada y en el edificio. Es una sensación irreal ver por fin el fruto de meses y meses de duro

trabajo, sudor y lágrimas.

La jornada se ha desarrollado sin contratiempos. La visita ha sido un éxito, con gran afluencia de público y medios de comunicación locales. La cata de vinos empezó siendo una experiencia angustiosa, pero pronto se convirtió en un alivio total. Casi todo el mundo disfrutó con lo que probaba, aunque hubo algunos detractores, pero era de esperar.

Bryn dirigió la cata, serena y elegante, reflexiva y divertida. Cautivó a todo el mundo al hablar con tanto entusiasmo del vino y de la denominación de origen DeLuca y de lo que va a significar para el valle de Napa en los próximos años. Joder, hasta yo me lo creí de tanto bombo como le daba.

Estuvo perfecta y aún no he tenido la oportunidad de darle las gracias o de elogiarla. Todavía no la he visto llegar esta noche y eso me extraña. Suponía que ya estaría aquí.

Necesito que llegue ya.

Gage y Marina se dirigen a una de las mesas de comida, y yo echo un vistazo alrededor, observando a la multitud. Me doy cuenta de que el pequeño grupo que va a tocar en directo está afinando y preparándose para tocar. Esta noche hace la temperatura perfecta, no demasiado frío, aunque tengo los calefactores exteriores encendidos a baja potencia para dar al ambiente calidez. Corre una suave brisa que hace crujir los majestuosos robles que hay por toda la propiedad. En los árboles que rodean el jardín hay luces blancas que iluminan la fiesta sin ser demasiado brillantes. En cada esquina del jardín hay barras, y los invitados esperan en largas colas, todos deseosos de una copa de uno de los nuevos vinos DeLuca. Los camareros se mueven entre la multitud con bandejas, ofreciendo aperitivos o copas de vino espumoso.

Todo ha salido a la perfección y se lo debo en gran parte a Bryn. Pero ¿dónde está?

—¡Matt! Tu fiesta es fabulosa. —Ivy viene hacia mí, con su barriga de embarazada tan evidente que la precede. Archer se coloca a su lado mientras ella me aborda y me envuelve en un abrazo perfumado—. No me puedo creer lo bonito que está todo. ¿Dónde está Bryn? También quería elogiarla. Sé que ha hecho mucho por ti.

—Lo ha hecho. Y tú también has hecho un trabajo increíble. —Le doy un beso en la mejilla antes de soltarla, agradecido por toda su aportación a la decoración.

Todo tiene un aspecto increíble gracias a ella. Sus conocimientos de diseño y su experiencia eran justo lo que necesitaba para que los jardines y los interiores tuvieran un aspecto moderno, pero fieles a la autenticidad de la bodega en tiempos pasados.

—Me alegro de que te guste. —Ella sonríe y luego se da cuenta de que Marina y Gage están esperando en la cola—. Ahora vuelvo. Tengo que hablar con Marina.

Archer y yo la miramos irse, y luego Archer se vuelva hacia mí, con una sonrisa de complicidad en su cara de suficiencia.

—¿Ya te has tirado a la ayudante?

La inquietud me baja por la espalda.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ah, no te hagas el tonto conmigo. Sé que a tu asistente le gustas, y he oído que el sentimiento es mutuo. —Archer da un sorbo de su copa—. Ivy me lo ha contado. Ella y tu señorita James se han hecho muy amigas.

—¿Qué te ha dicho Ivy? —Po supuesto que Bryn no le ha contado a Ivy lo que pasó hace unas noches, cuando la besé y luego la rechacé.

—No mucho. Solo que Bryn y tú habéis estado rondándoos el uno al otro en la oficina durante demasiado tiempo y que Bryn por fin se ha hecho con un nuevo vestuario y algo de coraje. He oído que el vestido que lleva esta noche es un plan para dejarte completamente muerto de lujuria por ella —advierte Archer.

Trago con fuerza. Qué bien. ¿Así que va a llevar un vestido que la hace parecer la perfección absoluta? Puedo soportarlo. Sin problema.

Mierda, espero poder hacerlo.

Hoy no se ha puesto un conjunto beis poco inspirado, y lo he agradecido, aunque me impresionó tanto que probablemente ni me habría dado cuenta. Se presentó ataviada a la perfección con un vestido ajustado de color morado oscuro, el pelo recogido en una elegante coleta que no era tan austera como su peinado habitual. Estaba preciosa. Segura y elegante, era una buena representante de las Bodegas DeLuca.

—Es mi asistente, solo eso —le digo a Archer, y necesito convencerme yo también—. Sé que has visto las fotos de cuando le hicieron el cambio de imagen y te has metido conmigo sin parar, pero yo no puedo hacer nada. Ella trabaja para mí. No voy a arriesgar nuestra relación profesional porque

me da miedo a que todo se estropee en un instante. Podría volverse contra mí y arruinarme. Acusarme de acoso sexual o algo parecido.

—Oh, lo entiendo. Pero díselo a Ivy, que sigue empeñada en que os emparejéis —dice Archer, mientras su mirada recorre perezosamente la multitud, igual que lo ha hecho la mía hace unos instantes—. Oye, ¿no es ella? ¿Tu Bryn?

Desvío la mirada hacia donde Archer indica, y tengo que mirar dos veces. Mis ojos se abren de par en par cuando la veo.

Joder, está… increíble, espectacular. Pensé que era atractiva cuando apareció con aquel vestido negro estampado el lunes, pero ahora está guapísima. No hay otras palabras para describirla.

—Es ella —digo, y observo cómo camina por el perímetro más alejado del jardín, girando la cabeza a un lado y a otro mientras parece asimilarlo todo.

Una pequeña sonrisa curva sus labios color ciruela y se echa el pelo largo y oscuro por encima del hombro. Se detiene a hablar con alguien y se ríe de lo que haya dicho antes de darle una palmada en el hombro y seguir caminando.

Me invaden los celos y me digo que ya basta. Puede mirar y hablar con otras personas, sobre todo si no estamos juntos. Maldita sea, aunque estuviéramos juntos, no tengo derecho a decirle qué hacer o con quién hablar.

Pero me gustaría tener ese derecho. Pienso como un completo neandertal, pero, joder, quiero que Bryn sea mía.

Pese a todo.

—Es una puta belleza, tío —dice Archer—. Lo entendería si renunciases al millón de pavos por algo así.

Me hierve la sangre de furia y fulmino a Archer con la mirada.

—No hables así de ella, capullo. Al menos podrías mostrarle algo de respeto —le digo con voz de acero.

—Bueno, no es para ponerse así —dice Archer, sonriendo mientras niega con la cabeza—. Me encanta lo cavernícolas que nos volvemos todos cuando estamos con la mujer que amamos.

—Nunca he dicho que esté enamorado de Bryn.

Llevo seis meses trabajando con ella y hace nada que me he fijado en ella como mujer, aunque su olor me ha estado volviendo loco casi desde el

primer día. Pero no estoy enamorado de ella. Es demasiado pronto para eso.

Pero no puedo negar que me siento atraído por ella. Desde aquel beso, no paro de recordar a qué sabe y la sensación de tenerla entre mis brazos.

—Sí, pues la miras como si quisieras lamerla de pies a cabeza. —Archer se ríe cuando lo fulmino con la mirada. Se acerca demasiado a la verdad—. ¿Ves? Te gusta, DeLuca. No pasa nada. Puedes reconocerlo. Y, en cuanto os acostéis, asegúrate de hacérnoslo saber para que podamos acabar con la apuesta y dejar que tenga una muerte feliz y tranquila.

—Claro que no. Voy a ganar esa apuesta, cueste lo que cueste —digo con total convicción.

—Sigue soñando —dice Archer, y me da una palmada en la espalda como ha hecho antes Gage. Solo que esta vez me mantengo firme—. Ya era hora de que mostraras interés por una mujer. Has estado célibe demasiado tiempo.

Ni siquiera me doy cuenta de que Archer se aleja de mí. Mantengo la mirada fija en Bryn mientras se mueve entre la multitud, cruza el jardín y parece venir directa hacia mí. El vestido que lleva le sienta de maravilla. De un atrevido color magenta, destaca entre la multitud, vestida de negro en su mayoría. La tela sedosa se ciñe amorosamente a sus pechos y caderas. Los hombros le quedan al descubierto, los tirantes son finos y la falda termina justo por encima de la rodilla.

El color le sienta bien y resalta el rubor de sus mejillas. Lleva el pelo suelto, largo y ondulado, negro como la medianoche. Cuando me ve, una sonrisa reservada le curva los labios exuberantes mientras se acerca con unas sandalias de tacón de aguja plateadas que brillan con la luz.

Parece una maldita princesa de cuento de hadas traída para mí solo por esta noche. Estoy tentado de cogerla de la mano, decir que al cuerno con la fiesta y buscar un lugar privado donde podamos estar solos y desnudos.

«¿Qué demonios te pasa?».

Bryn James. Eso es lo que me pasa. ¿El problema? Me gusta este problema. Joder, me deleito en él. No debería desearla, pero la deseo. No debería pensar en ella de esta manera, pero no puedo parar. No solo eso, incluso sueño con ella.

Sueños sudorosos y perversos de los que me despierto deseándola cada vez.

—Siento llegar tarde —dice, y se detiene delante de mí.

La brisa está cargada de su aroma, deliciosamente dulce, y lo aspiro con la mayor discreción posible. Mi polla se estremece y la reprimo. Ahora no es el momento, pero tiene otros planes, cada uno de los cuales nos implica a Bryn y a mí desnudos.

—Tuve que ir a casa y cambiarme muy rápido, y al volver el tráfico era una locura.

—No te has perdido gran cosa —le digo, y dejo que mi mirada la recorra descaradamente antes de posarse en su escote. Toda esa piel expuesta es una jodida distracción—. Estás increíble.

La sonrisa crece y mi cuerpo se tensa como reacción.

—Tú también.

Llevo traje y estoy tan incómodo como siempre, pero acepto su cumplido.

—Gracias. ¿Te he dicho que pensé que hiciste un trabajo fantástico antes, en la cata de vinos?

—Ah, ¿sí? No, no llegamos a hablar, y estaba algo nerviosa por ello. —Su mirada se vuelve seria mientras me observa—. ¿De verdad crees que lo hice bien? —Parece sorprendida por mis elogios.

¿No se da cuenta de lo que vale, tanto para la empresa como para mí?

Puede que no.

—Dirigiste el grupo de forma experta y hablaste muy bien de la bodega. Estuviste perfecta. —Sonrío, luchando contra el impulso de tocarla.

El alivio cruza su rostro.

—¡Guau! Gracias a Dios. De verdad que estaba preocupada.

—No sé por qué. Estuviste muy tranquila y te apañaste muy bien. Sinceramente, no creo que puedas decepcionarme nunca —añado antes de poder contenerme.

Su expresión se suaviza y los ojos le brillan con una emoción desconocida. Dios, es preciosa y dulce y me acuerdo de aquella noche en la que la besé sin querer.

—Gracias, Matt. Significa mucho para mí que digas eso. —Hace una pausa y aparta su mirada de la mía para ver cómo se desarrolla la fiesta—. Has hecho un trabajo fabuloso organizando esto. Todo está precioso.

—Tiene buena pinta, ¿verdad? Y tú también has tenido mucho que ver en el montaje, ¿sabes? —Miro a mi alrededor y el orgullo me invade.

Todo el mundo parece estar disfrutando. Pero aún nos quedan horas.

—Cuesta creer que el día esté a punto de terminar —dice, luego se muerde el labio inferior mientras vuelve a mirarme.

Joder. Quiero tenerla entre mis brazos otra vez. Besarla hasta que no pueda ver bien, hasta que yo no pueda ver bien. Tenerla a mi lado, con un vestido que probablemente debería ser ilegal, me está llevando más allá de mis límites.

Deseo tenerla a solas. Ahora.

«¿De verdad?».

De verdad.

—¿Te importaría venir conmigo a mi oficina un momento? —pregunto, con mi cerebro buscando una excusa.

No debería hacerlo. No debería abandonar la fiesta, la noche más importante de mi vida.

Una noche que podría torcerse si mi padre aparece y hace alguna estupidez de las suyas.

Ella frunce el ceño.

—¿Para qué?

—He olvidado una cosa y necesito que me ayudes a encontrarla.

Qué excusa más cutre, pero no me importa. Tengo una necesidad imperiosa de estar con ella. A solas. Solo por un momento.

—Um, vale. ¿Crees que es inteligente que los dos nos vayamos de la fiesta al mismo tiempo? —Bryn parece insegura, pero no puedo dejar que eso me moleste ahora.

Le cojo la mano y la conduzco hacia las oficinas, deleitándome por cómo sus dedos se entrelazan con los míos.

—Solo serán unos minutos. Además, hay otros empleados por aquí, y a Archer le encanta vigilarlo todo.

Bryn no contesta.

Entramos en el edificio, aunque no me molesto en encender las luces; las innumerables guirnaldas del exterior iluminan bastante bien el interior. Llevo a Bryn a mi despacho y le suelto la mano cuando entramos.

—¿Qué buscas exactamente, para que pueda ayudarte? —pregunta.

La culpa me corroe por la treta, pero la aparto. Que le den.

—No he perdido nada, Bryn. Solo… quería tenerte a solas.

Separa los labios mientras me mira fijamente; sin embargo, no dice nada.

Su silencio me anima a ir a lanzarme.

Por fin.

Bryn

—No debería hacer esto —dice Matt, y viene directo hacia mí, un paso tras otro, con decisión.

Yo empiezo a retroceder lentamente, y el miedo y la excitación me burbujean por dentro, me cuesta pensar con claridad.

—¿No deberías hacer qué? —Levanto la barbilla, mi mirada se encuentra con la suya, y puedo ver todas las emociones turbulentas y confusas en sus ojos, así como el gesto adusto de su mandíbula y su boca habitualmente exuberante.

Va en serio, no sé exactamente en qué pretende, pero puedo hacerme una idea. Retrocedo a toda prisa para alejarme de toda esa intensidad de belleza que se me echa encima hasta que mi trasero choca contra la pared.

Estoy atrapada. Y en el mejor lugar posible.

En su despacho, a solas con él y a oscuras, justo donde empezamos.

—Me has estado volviendo jodidamente loco esta noche desde el momento en que has llegado —casi gruñe y se detiene justo enfrente de mí.

«¿Yo?», quiero preguntar, pero mantengo los labios cerrados con fuerza. Acabo de llegar y, además, parece que nunca se fija en mí, aunque ahora no quiero que lo haga. No después del desastre de hace unas noches.

O, al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

—No entiendo cómo, teniendo en cuenta que acabo de llegar —digo, y el pánico aflora en mi interior cuando sus ojos se oscurecen.

«¿Quiero esto?». Me esfuerzo tanto por ganarme su respeto y me dejo llevar hasta acabar en este tipo de situaciones peligrosas. Estoy perpleja. Quiero que mi jefe valore mi trabajo, pero también quiero que me vea. Que me vea de verdad, y no solo como la señorita James fiable y organizada que le hace la vida mucho más fácil.

Quiero que Matt me vea como mujer. Una mujer que él desee.

Por un momento estelar, así fue. Terminó fatal, pero aquí estoy, a solas con él otra vez.

«Jugando con fuego».

El pensamiento que flota en mi cerebro es acertado, a juzgar por lo ardiente de la mirada de Matt.

—Créeme, eres una distracción que no necesito en absoluto —dice, con voz grave. Sexi.

Me estremezco, aunque me mantengo firme.

—No he hecho más que dejarme la piel por ti durante todo el día, así que no me digas que de repente estás enfadado conmigo —replico, con una mueca de dolor en cuanto me salen las palabras.

Culpo a mi creciente frustración por nuestra ridícula situación. El tira y afloja se está volviendo obsoleto, y no sé si podré soportarlo mucho más.

Estoy cansada. Durante las últimas semanas, si no meses, he vivido por y para la reinauguración de la bodega, estoy lista para irme a casa y meterme en la cama, y eso que acabo de llegar. Metería la cabeza debajo de las sábanas y dormiría un mes entero.

Pero si cierta persona quisiera irse a la cama conmigo, no sería para dormir, sino que nos desnudaríamos, nos besaríamos y tendríamos sexo ardiente y delicioso

Todo mi cuerpo arde al pensarlo.

—Y te agradezco que trabajes con esa preciosa trasera para mí, Bryn, de verdad —murmura, y baja la mirada. Como si quisiera verme el trasero. Su tono coqueto me choca y me deja paralizada.

Nuestra relación no es así. Ha sido estrictamente profesional, menos el incidente del que no hemos hablado. Todavía puedo saborear sus labios en los míos, aunque no es que vaya a sacar el tema ahora.

Sin embargo, este último comentario suyo ha sido a todas luces lo que yo consideraría coqueteo. Y la forma en que me está mirando…

Oh, madre.

Mis mejillas se encienden cuando se detiene justo enfrente de mí. Siento el calor de su cuerpo, huelo su embriagador aroma y aprieto los labios con fuerza para no decir ninguna tontería.

«Dios, te deseo. Tanto que me duele todo el cuerpo de las ganas de que me toques».

Sí. Al oírme interiormente, otra vez sueno como esas novelas románticas. Las que solía encontrar en la mesita de noche de mi abuela cuando era más joven. Siempre pensé que esas emociones eran tan exageradas… Por supuesto que no podría ocurrir algo así en la vida real.

En cambio, lo estoy sintiendo. En este preciso instante. Otra vez. Con Matthew DeLuca. Y la forma en que me mira me hace pensar que él también lo siente.

—Entonces, hum, ¿c-cómo te he estado volviendo loco? —Trago saliva.

Al tartamudear parezco tonta e intento calmar mi acelerado corazón, pero es inútil. Nos miramos en silencio. El único sonido es nuestra respiración acelerada, entonces él extiende la mano. Apoya sus dedos en mi mejilla. Y recorren mi cara.

Lentamente cierro los ojos y separo los labios, con un placer agudo que me atraviesa ante su contacto íntimo. Apoyo los dedos contra la pared como si pudiera agarrarme a ella, temiendo caer al suelo si no me agarro y pronto.

Puedo olerlo. Sentirlo. Hemos estado cerca el uno del otro antes, pero no así. Nunca así. La primera vez fue un accidente y se convirtió en una oportunidad, una oportunidad repentina que al final terminó en una decepción total.

No quiero arriesgarme de nuevo. No sé si podría volver a superarlo.

Pero lo quiero. Lo deseo a él.

—Estás preciosa esta noche —susurra, y su voz grave me pone la piel de gallina.

—Gracias —digo porque no sé qué más hacer.

Abro los ojos y veo que se ha acercado aún más, con una mano apoyada en la pared y la otra tocándome la cara. Inclino la cabeza hacia atrás, lo miro y cuando me pasa el pulgar por el labio inferior parpadeo.

—Me está costando la vida resistir las ganas de besarte —admite de repente, con sus ojos ardientes recorriéndome la cara y bajando hasta posarse en mi pecho.

Noto cómo se me endurecen los pezones bajo la seda del vestido y de repente soy consciente de la poca ropa que llevo. Sin sujetador, sin bragas…

Mi vestido es la única barrera entre las manos de Matt y mi piel.

Dios, quiero eso. Lo deseo. Quiero sentir sus manos recorrerme. Quiero su boca en la mía, quiero su boca por todas partes. Estoy cansada de resistirme, sobre todo cuando está tan claro que me desea tanto como yo a él.

Por una vez, voy a ser atrevida. Quiero ver lo que hace cuando le invito a que haga exactamente lo que quiera conmigo.

—¿Qué te detiene? Ya nos hemos besado antes. —Alargo la mano y deslizo los dedos por su corbata negra.

No me puedo creer lo que acabo de decir. No me puedo creer que lo esté tocando, aunque en realidad solo estoy acariciando su corbata. No es para tanto.

Pero puedo sentir toda esa fuerza caliente y dura bajo su camisa, el latido de su corazón, el aroma de su piel. La sensación de alivio me invade. Hemos estado esquivando esta atracción, sobre todo los últimos días, y parece que por fin cedemos. Otra vez.

Bueno, he estado esquivándola. La mayor parte del tiempo él parecía no estar nada interesado en mí.

Tal vez sí lo está. Si su comportamiento actual es indicativo, no hay duda de que lo está.

—Yo mismo me estoy deteniendo. O al menos debería —responde.

Entonces, me pone las manos en la cintura y se acerca tanto que se nos enredan las piernas y nuestros torsos se rozan. Contengo la respiración y me preparo para una conclusión de nuestra conversación totalmente decepcionante.

No dice nada. En lugar de eso, baja la cabeza, su boca se posa en la mía con suavidad. Dulcemente. Su beso lo borra todo, todos mis pensamientos, preocupaciones e inquietudes, hasta que resulto devorada por su sonido, su tacto y su olor. Me rodea, me abruma y, cuando me mete la lengua hasta el fondo de la boca, me pierdo.

Y Matt es el único que podrá encontrarme.

Cuando pasa de besarme a deslizar su boca por mi cuello, su gruñido grave y sensual me hace estremecerme por dentro. Suena como si apenas pudiera controlarse, así que le rodeo el cuello con los brazos y le meto los dedos en el pelo, como me gusta hacer. Su pelo es tan espeso y suave que los mechones se me pegan a los dedos y siento que nunca me saciaría de él.

La forma en que me besa me hace pensar que él tampoco se cansa de mí. Su boca vuelve a la mía y me devora. El beso es tan erótico, húmedo y profundo que me siento total y completamente absorbida.

Me encanta. Quiero más. Me aferro a él, amoldo mi cuerpo al suyo y deseo que deslice sus manos por debajo de mi vestido. Quiero ser testigo de cómo descubre que no llevo sujetador, ni bragas, ni nada debajo.

Tengo la sensación de que le va a encantar esa revelación.

—Dios, Bryn, qué sensación tan buena —dice cuando cogemos aire.

Su mano me recorre la cintura, se desliza y se posa justo debajo de mis pechos. Se aparta un poco, al ver mis pezones palpitando dolorosamente bajo la sedosa tela de mi vestido, y levanta la otra mano. Traza el escote en V del vestido con la yema del dedo, rozándome la piel con un tacto ligero como el de una pluma, que me hace cosquillas.

Suspiro y cierro los ojos, saboreando su tacto atrevido pero delicado. Desliza la mano por debajo de la tela, me cubre el pecho derecho solo con los dedos y emite un sonido de placer al notar que no llevo sujetador.

Sus dedos callosos juegan con mi pezón. Me vuelve loca de deseo. Dejo de rodearle el cuello con los brazos y me arqueo ante sus caricias mientras cierro los ojos con fuerza. Casi me da miedo mirarle por temor a que pare en cuanto se dé cuenta de lo que estamos haciendo.

Y entonces vuelve a besarme, sube las manos para acariciarme la cara y me sujeta. Quiero morir. Me roza las mejillas con los pulgares, me toca suavemente, me acaricia la cara como si… me apreciara. Ningún hombre me había abrazado ni besado así nunca. Le rodeo la cintura con los brazos, me aferro a él y susurro contra sus labios: «Por favor, no pares, no pares nunca».

Levanta la cabeza separándola de la mía y ladea la oreja hacia la ventana.

—¿Has oído eso? —pregunta con voz queda.

Aparte del rugido de su boca y de mis súplicas, no oigo nada. Oh, fuera están los invitados. Su charla nos llega en la forma de un zumbido bajo en los silenciosos confines del despacho. Se oye la música del grupo contratado, pero nada más.

—Te juro que he oído a alguien gritar mi nombre. —Me besa la punta de la nariz, una mejilla y luego la otra—. Sonaba como mi padre —susurra.

—¿En serio? —digo.

Me da besos en la frente, la sien, la oreja y la barbilla. Delicados besos que hacen que mis labios hormigueen de anticipación.

—No sabía que iba a venir.

—Olvidé decírtelo. —Esta vez me besa, y sus labios se posan en los míos durante largos y deliciosos instantes antes de separarse—. No pensé que vendría. Mejor dicho, esperaba que no viniera.

Me sorprende que lo haya invitado. Ivy me dijo que su relación era tensa en el mejor de los casos.

Y entonces lo oigo. Un bramido fuerte y áspero.

—Matthew DeLuca, ¿dónde coño estás, hijo?

Matt también lo oye —¿quién no?—. Todo su cuerpo se queda paralizado y se aparta de mí. Siento frío de inmediato sin él cerca.

—Es él —dice con seriedad—. Debería ir.

—Voy contigo. ¿Quieres que te ayude? —Alargo la mano hacia él, pero sigue retrocediendo hasta que se zafa completamente de mi agarre.

Se está encerrando en sí mismo delante de mí, y odio verlo, aunque no puedo culparle.

Tiene que ir a contener a su padre, y rápido.

—Ve con los invitados y asegúrate de que todo el mundo se lo pasa bien. Tengo que ir a cerciorarme de que no nos deja en ridículo a sí mismo y a mí y lo estropea todo —murmura Matt, acto seguido se da media vuelta y se esfuma.

Me desplomo contra la pared, con el corazón latiéndome desbocado, y los labios aún hormigueándome por sus deliciosos besos. Necesito serenarme. Controlar mis pensamientos y emociones y meterme en el papel de anfitriona.

Necesito ayudar a Matt. Está estresado. Lo último que necesita es que su voluble padre monte una escena.

Dejando a un lado mis tumultuosas emociones y estabilizando mis rodillas aún tambaleantes, me pongo derecha, me paso las manos por la falda para alisarla y me dirijo al jardín.

Capítulo 7

Matt

—¡Hijo! Ahí estás. Te he estado buscando por todas partes —dice mi padre mientras se acerca a mí a trompicones.

—Bueno, ya me has encontrado. —Cojo del brazo a mi padre para mantenerlo firme.

Huele como si hubiera pasado por un bar antes de llegar, y el asco me invade. Me cabrea que haya venido, en una de las noches más importantes de mi vida y de mi carrera profesional, borracho como una cuba.

Pero ¿qué esperaba? No es que le importe yo, o mi reputación; es un viejo cabrón egoísta.

—¿Dónde está el vino? —pregunta en voz alta, llamando la atención de más de un invitado—. Quiero una muestra de esa mierda que estás fabricando.

Ni siquiera acierta con los términos.

—Creo que deberías dejar de beber por un rato —le digo mientras intento dirigirlo hacia la mesa cargada de comida.

Necesita comer algo y beber café cargado, algo que absorba todo el alcohol que corre por su organismo y así lo despeje un poco.

—No me digas lo que tengo que hacer. —Se suelta de mi brazo de un tirón y se dirige a la mesa a la que yo quería que fuera en primer lugar, coge un platito y empieza a llenarlo con un sinfín de aperitivos.

Le sigo de cerca, sonriendo y charlando con todos los que reconozco o conozco. Siento que no puedo separarme de mi padre, lo cual es una mierda, sobre todo porque he tenido que dejar a una mujer perfectamente dispuesta en mi despacho.

No es que debiera haber estado tonteando con una mujer en mi oficina cuando hay una fiesta aquí fuera, pero…

Pienso en Bryn y en lo bien que me sentía cuando la tenía entre mis brazos. Hace unos instantes he metido la mano bajo su vestido, le he tocado el pecho, he jugado con su pezón, y ella no ha protestado. No, arqueó su

cuerpo ante mis caricias y emitió pequeños gemidos de placer. Estaba increíble con ese vestido, el pelo largo suelto, los labios entreabiertos mientras jadeaba cuando le pellizqué suavemente.

Maldita sea. Yo quería más. Quería llevármela a casa, quitarle el vestido y besar cada centímetro de su piel desnuda. En vez de eso, estoy vigilando a mi padre borracho.

Joder, qué injusta es la vida a veces.

—Menudo despliegue —dice mi padre, y sujeta su plato ya rebosante—. ¿Cuánto te ha costado todo esto?

Mierda, me quiero morir de vergüenza, de lo alto que habla.

—No te preocupes, papá, lo tengo bajo control —le tranquilizo.

—Niñato malcriado, ¿no vas a decirme cuánto dinero te has gastado en esta fiesta de lujo, que no sirve para nada? No es que me importe. No me importa lo que hagas con tu dinero. Ya te di tu parte de mi pastel, pero eso va a ser lo único. Te voy a cortar el grifo. Tendrás que ganarte todo lo demás, limpiamente.

Se tambalea hacia mí, el plato casi sale volando, se lo quito y espero a que se estabilice y se ponga más recto.

Por mis venas fluye una ira candente que hace que me hierva la sangre. Quiero matarlo. Rodearle el cuello con las manos y apretar hasta que deje de respirar. No es que yo vaya a hacer algo así, pero cada vez que se comporta de esta forma, que es casi cada vez que lo veo, me hace odiarlo más.

Pero la relación con mi padre es mucho más complicada. También le quiero. Sigo buscando su aprobación, a pesar de los problemas que me causa.

Y Vinnie DeLuca causa una enorme cantidad de problemas dondequiera que va.

—Vamos a buscarte un sitio donde sentarte —le digo a mi padre, y le agarro otra vez del brazo y lo llevo hacia las mesas donde se sientan a comer los invitados.

Se revuelve contra mí y murmura una sarta de improperios en señal de protesta, pero no le hago caso. Puede que el hombre tenga mi misma estatura, pero yo soy más joven y más fuerte.

—Me estás mangoneándome como si fueras a echarme de aquí, hijo —me dice cuando le empujo para que se siente.

Menos mal que la mesa está vacía. No necesito que se vaya de la lengua con otros invitados.

—Solo intento ayudarte, papá —digo apretando los dientes.

Miro a mi alrededor y compruebo si hay alguien mirando, en concreto, alguien de los medios de comunicación; sin embargo, casi nadie nos reconoce.

Gracias a Dios.

—¡Señor DeLuca!, es un placer conocerle. —Bryn aparece delante de la mesa, un ángel de magenta con una taza de café blanca en la mano.

La sonrisa de su cara es tan brillante como sus ojos, y me lanza una mirada cómplice antes de volver a centrar su atención en mi padre.

—Vaya, vaya, ¿quién es esta joven tan guapa? —Mi padre le coge la taza y da un sorbo, luego hace un mohín de disgusto cuando descubre lo que es —. ¿Café?

—Descafeinado. Y mezclado con *whisky*. —Ella le guiña un ojo, luego me guiña un ojo a mí, y sé que está mintiendo, que solo lo dice para hacerlo feliz.

Dios, podría abrazarla por esto. Besarla.

No es que necesite una excusa para besar a Bryn. Aún siento en el cuerpo el zumbido de nuestros besos.

—Gracias —dice mi padre, y se bebe la mitad de la taza de un par de tragos—. Está bueno.

—La señorita James tiene fama de hacer el mejor café —le digo, esperando que ella note la gratitud en mi voz.

—¿La conoces, hijo?

—Es mi asistente. —Agito una mano entre ellos—. Papá, esta es Bryn James. Bryn, este es Vinnie DeLuca.

—Encantada de conocerle. —Bryn coge la mano que le tiende mi padre y, literalmente, le pestañea.

Puedo jurar que se le ha notado un poco el acento texano cuando lo ha dicho.

Y es un acento de lo más seductor.

—Lo mismo digo. —Mi padre no le suelta la mano y ella tiene que zafarse de él lo más discretamente posible, sin que se dé cuenta—. Eres muy guapa, querida. ¿De dónde eres?

—De Cactus, Texas, señor. —Más pestañeo, y su voz es almibarada por el acento.

Está coqueteando con mi padre, y no sé si debería estar horrorizado o agradecido.

Ella en realidad no quiere coquetear con él, ¿no?

—Vaya, ¡qué te parece!, conocí a una pequeña tentación que vivía cerca de Cactus hace años, cuando yo estaba en uno de los equipos de la cantera. Pero de eso hace mucho, mucho tiempo. —Mi padre sonríe, seguramente al revivir el recuerdo y disfrutar de lo lindo.

—A lo mejor la conozco. No mucha gente sale de Cactus —dice Bryn.

—Señorita James, ¿puedo hablar con usted un momento, en privado? —Apoyo mi mano en el hombro de mi padre—. Te dejamos a solas para que puedas comer. Estarás bien, ¿verdad, papá?

—Por supuesto. Ve a ocuparte de tus asuntos con tu señorita James. —Mi padre agita una mano y ríe con malicia—. Eres muy listo, hijo, más de lo que creía, al contratar a una belleza como esta. Apuesto a que la persigues alrededor de tu escritorio todo el maldito tiempo, tratando de poner tus manos en ese culo. Yo seguro que lo haría.

Bryn se pone rígida, su expresión congelada por el *shock*. Lo presencio todo frente a mí. Me mira, sus ojos un poco abiertos, el pecho subiendo y bajándole con la respiración acelerada.

No tengo ni idea de por qué las palabras de mi padre han provocado una reacción tan fuerte en ella, pero, por supuesto, tratándose de mi padre, no es ninguna novedad. Él ofende a las mujeres —a todas— constantemente.

—Papá, vamos, respeta a la señorita —le digo, y le doy un fuerte apretón en el hombro.

—Sí, sí. —Mi padre empieza a comer del plato, sin molestarse en ofrecerle una disculpa, y yo me siento como una mierda.

Esta noche la cosa empieza a ir de mal en peor a un ritmo vertiginoso.

Bryn

Matt me lleva hasta un rincón oscuro que hay a unos metros del jardín abarrotado, de modo que nos quedamos de pie bajo un imponente roble que

en realidad no tiene guirnaldas de luces enrollada en las ramas. Su expresión es sombría, y su mirada, contrita cuando se gira para mirarme.

—Lo siento. —Se pasa una mano por la cara; parece casi traumatizado—. Mi padre es un gilipollas, y no puedo creer que te haya dicho esas cosas.

—No pasa nada —digo en voz baja, con el corazón aún encogido por las palabras de Vinnie DeLuca.

Sus palabras se habían acercado demasiado a la verdad y me recordaron a mi antiguo jefe.

Y también me recordaron que no he cambiado nada, aunque creyera que sí. Caigo en los mismos hábitos una y otra vez, hábitos autodestructivos hasta el punto de que me pregunto si busco este tipo de atención por parte de los demás.

¿Estaba tan desatendida de niña que prefería cualquier atención, buena o mala?

—Sí, sí que pasa. Llegaste y enderezaste la situación perfectamente, entonces va él y te trata así. Es un hombre horrible. —Matt suelta un suspiro frustrado, se lleva las manos en las caderas y mira al jardín.

La música ha subido el ritmo y la gente está bailando. El vino fluye y es elogiado; el recinto sigue abarrotado. La fiesta está siendo todo un éxito.

Y aquí está Matt, con un aspecto tan desolado y triste que solo puedo pensar en las ganas que tengo de consolarlo.

«No lo hagas, Bryn. No en público. Probablemente se asustará».

Ignoro las protestas de mi voz interior, me acerco a él y le apoyo la mano en el torso. Noto cómo el corazón le late desbocado bajo mi palma y le sonrío, tratando de tranquilizarle.

—Es un señor mayor que se ha quedado estancado en sus costumbres. ¿Sabes cuántos como él viven en Cactus?

Sonríe.

—Me di cuenta de que te salió el acento texano cuando hablaste con él.

—¿Sí? Ni siquiera me di cuenta. —Deslizo los dedos por la corbata de Matt y me encanta lo firme y sólido que está al tocarlo.

Ojalá pudiera verlo desnudo. Estoy segura de que tiene un cuerpo para morirse. Lo he visto con el torso desnudo y muy sexi en internet, pero preferiría verlo de verdad para poder poner mis manos sobre su carne cálida y dura.

—Te agradezco que intentes ayudarme —dice, con voz grave y seductora, y se enciende ese destello de deseo que siempre parece arder en mi interior cuando él está cerca—. Estuviste genial con él. Incluso cuando empezó a insultarte.

Se me escapa una suave carcajada.

—Sé cómo manejar a tipos como tu padre. He tratado mucho con ellos. —Demasiado. Es como si nunca pudiera escapar de ellos.

Se aleja de mí y me suelto de su mano, luego aparto la tristeza que me asalta. Actúo como si fuera su novia cuando debo recordar cuál es mi lugar. Trabajo para él. Soy su asistente.

Nada más.

—Le pediré a Archer o a Gage que pasen un rato con él y lo mantengan entretenido —dice Matt, con un gesto sombrío—. Ellos saben cómo tratar con él. Ya lo han hecho antes.

—Puedo encargarme —digo, y hago una mueca de dolor en cuanto me salen las palabras.

¿Por qué me ofrezco voluntaria para sentarme con Vinnie DeLuca? ¿Estoy loca?

«Sí, estás loca por tu jefe y buscas cualquier forma de complacerle».

—De ninguna manera. —Niega con la cabeza.

Pero puedo verlo en sus ojos, está desesperado. Y, si puedo aliviar su estrés ocupándome de su padre, que así sea.

Aunque me estoy arriesgando. Por lo que he podido ver en los pocos minutos que he pasado en compañía de Vinnie, es repulsivo.

—Puedo ocuparme de tu padre. Soy mucho más dura de lo que parezco —le digo, deseando que acepte para demostrarle que puedo con todo lo que me echen.

—No sé… —Se frota la barbilla, con un mar de dudas en la mirada.

—Déjame hacer esto por ti —susurro, y trago saliva en cuanto me salen las palabras.

¿Por qué tengo tantas ganas de complacerle?

«Porque te gusta, tonta».

Se le escapa un suspiro y niega con la cabeza.

—Escucha, si es grosero contigo o se descontrola, búscame y me encargaré de él. Yo también te vigilaré y me aseguraré de que no intente

cometer ninguna locura. —Me estudia, esperando a que me arrepienta, estoy segura.

Pero no voy a desdecirme. Voy a hacer esto por él.

—Estará bien. Y no me importa. De verdad. —Bueno, más o menos, pero haré lo que sea para aliviar la carga de Matt, y más esta noche—. Puedo sentarme con él. Ojalá que se le pase la borrachera. Tal vez lo mismo lo convenzo para que se vaya. ¿Es eso lo que querrías?

Veo la culpa y la preocupación arremolinándose en las profundidades marrones de su mirada. Lo entiendo. Mi abuela está loca. La adoro, pero no me gustaría que saliera conmigo en público, y menos en una noche tan importante como esta. Me avergonzaría muchísimo.

—Sí. Lo querría. Parezco un gilipollas al querer deshacerme de mi padre, pero, si puedes dominarlo y convencerlo como sea de que tiene que irse, estaría fenomenal —dice por fin.

—Haré lo que pueda. —Me doy la vuelta y empiezo a avanzar hacia la mesa donde está sentado Vinnie cuando Matt me coge de la mano y me tira hacia él.

—Gracias. —Me levanta la mano y me da un beso suave y húmedo en el dorso. Me flaquean las rodillas cuando veo el brillo de la mirada de Matt mientras me estudia—. Por todo.

—D-de n-nada —tartamudeo.

Casi no puedo ni pensar cuando me está tocando, con cara de querer devorarme, y mucho menos cuando me habla. Ningún hombre me había hecho sentir así antes.

—Hablamos dentro de un rato, ¿vale? Tengo que socializar y hablar con la gente —dice, mientras se va soltando lentamente de mi mano.

—Bien. Tienes que hacer eso. No he oído más que cosas buenas de todos los invitados con los que he hablado, te lo prometo. La Bodega DeLuca está siendo un gran éxito. —Le ofrezco una rápida sonrisa antes de huir, dirigiéndome a la mesa donde Vinnie está sentado comiendo un aperitivo tras otro.

Me ve, se le iluminan los ojos y palmea la silla vacía que hay a su lado.

—Ven a sentarte conmigo, niña. ¿Quieres una copa de vino? ¿Algo de comer? —Empuja su plato hacia mí como si fuera a compartirlo mientras me siento a su lado.

—No, gracias —digo, insistiendo en la dulzura.

Puedo jugar y entretener al viejo baboso un rato. Lo último que quiero es beber con el ya borracho Vinnie, tampoco tengo mucha hambre; los nervios siguen comiéndome el estómago.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para Matt? —pregunta Vinnie amistosamente.

—Bueno, yo trabajaba para la bodega antes de que Matt la comprara. Era la asistente del anterior propietario. Todos pensábamos que habíamos perdido nuestro trabajo, pero entonces Matt nos pidió que asistiéramos a una reunión de personal. Cuando anunció que quería que todos siguiéramos trabajando para él, se lo agradecimos mucho. Le hemos sido leales desde entonces —le explico.

Recuerdo también lo grande, fuerte y guapo que me pareció aquel día, cuando llegó e hizo aquella declaración de intenciones, y ¿lo que es mejor aún?, cumpliendo su palabra. Quería tirarme a sus pies y llorar de gratitud, de lo agradecida que estaba.

Y sé que no fui la única que se sintió así. Los hombres que habían trabajado en el viñedo para la familia del anterior propietario durante años también estaban agradecidísimos por la generosidad de Matt. Por eso todos trabajamos tanto para él. Él nos muestra respeto y nosotros se lo devolvemos.

—Estuvo bien eso que hizo mi chico —dice Vinnie asintiendo con la cabeza con firmeza—. El manteneros a todos aquí trabajando para él. Todo el mundo quiere a mi Matthew. De vez en cuando, tiene un poco de bondad en su corazón.

—Es un buen jefe —coincido, y me pregunto cómo su padre puede alabar a Matt y criticarlo en una sola frase.

—Aunque no tenga ni puta idea de vino —murmura Vinnie, y me hace reprimir una carcajada—. ¿Qué? Es la verdad, y lo sabes, niña. Apuesto a que se ha estado esforzando desde que compró este lugar tratando de aprender todo lo que pueda.

Su padre no andaba muy desencaminado con esa apreciación.

—Lo que le falta en conocimientos, lo compensa con entusiasmo.

—Esa sí que ha sido una respuesta diplomática. —Vinnie sonríe y me señala—. Ahora comprendo por qué te ha mantenido. No solo tienes buena aspecto, sino que también suenas bien.

—Gracias. Creo. —Miro a mi alrededor, en busca de Matt, y lo veo de pie con un grupo de personas que parecen estar charlando con él con entusiasmo.

Bien. No necesita el estrés que le provoca su padre cuando está tan centrado en si a alguien le ha impresionado el vino. No es que yo en algún momento haya dudado de que lo lograría, pero ha estado al borde de un ataque de nervios en los últimos días. Semanas. Meses.

«Probablemente por eso te besó. Necesitaba una salida para todo ese nerviosismo, y tú eras la distracción perfecta».

La idea me asalta tan de improviso que me quedo inmóvil mientras le doy vueltas una y otra vez en mi cabeza. ¿Podría ser esa la razón por la que me besó? ¿Una forma de liberar todo ese nerviosismo en el que ha estado viviendo durante las últimas semanas?

Dios, espero que no.

—¿Puedo hacerte una pregunta, guapa?

La voz de Vinnie me recuerda lo que se supone que estoy haciendo, y me giro para mirarle, con una sonrisa tentativa en la cara.

—Claro. Adelante.

—¿Te estás follando a mi hijo?

Capítulo 8

Bryn

Me quedo con la boca completamente seca mientras miro boquiabierta al padre de Matt, sorprendida de que haya dicho algo tan crudo y horrible.

Vinnie y Matt tienen rasgos similares. El mismo pelo oscuro y ojos marrones, aunque los de Matt son mucho más amables que la mirada fría y casi burlona de Vinnie. Su boca también tiene una línea firme, como si no sonriera mucho.

Apuesto a que no. Parece que tiene una vena mezquina en él de más de un kilómetro de ancho.

—¿Y bien? ¿Te ha comido la lengua el gato? Solo puedo tomar tu silencio como una confirmación de que sí, por supuesto, te estás follando a mi hijo —dice—. Qué suerte tiene el muy cabrón.

Trago saliva y trato de recuperar la compostura. Lo último que quiero que crea es que Matt y yo tenemos algún tipo de aventura ilícita. No me extrañaría que este hombre vendiera la historia a quien quisiera escucharle si eso le supusiera algo de atención.

—Su hijo es mi jefe —digo por fin, con la voz ronca, y me aclaro la garganta—. Eso es todo. No hay nada entre nosotros, salvo una relación laboral.

Me lanza una mirada escéptica.

—Ajá. Por eso te mira como si fueras su postre favorito, y él estuviera muerto de hambre. Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Nunca he podido mantener la polla dentro de los pantalones, ¿sabes?, sobre todo, cuando me enfrento a una mujer preciosa como tú. Y él tampoco.

Alarga la mano, me toca, desliza sus dedos por mi antebrazo. Retiro el brazo, con la piel literalmente erizada por su contacto.

—No hay nada entre nosotros —le digo, con voz firme, pero con el alma en vilo.

Soy un manojo de nervios, temblorosa, con miedo a que este hombre acabe descubriendo que Matt y yo nos hemos besado.

Sus preguntas, sus rotundas palabras, están manchando todo lo que he compartido con Matt. Me recuerda que no soy más que la misma mujer de Cactus, Texas. La mujer a la que todos persiguen y de la que esperan favores sexuales, todo porque tiene una cara bonita y una figura curvilínea.

Esa soy yo. Soy esa mujer, a la que todo el mundo hace sentir que es una puta. Una prostituta. Me he acostado con dos hombres en mi vida. Se pueden contar las veces que he tenido sexo con los dedos de una sola mano. Nada duradero, nada bueno, y siempre huyo antes de que pueda convertirse en algo más. Siempre tengo demasiado miedo.

Sin embargo, yo soy la promiscua que se acuesta con cada hombre que veo. Soy una destructora de hogares. Una ladrona de hombres. Una mujer que solo es buena para hacer mamadas. El sueño de un pervertido. Me lo han dicho una y otra vez.

Y me lo están diciendo ahora mismo.

—Insistes en que no hay nada entre vosotros, pero pronto caerás bajo el encanto de los DeLuca. Todas lo hacéis. Somos irresistibles. Mi hijo y yo hemos estado con muchas mujeres. Sé cuándo una está interesada. Y tú, mi niña, sin duda, estás interesada. —Vinnie pone su mano sobre la mía y la mantiene firme, atrapándola sobre la mesa—. Si mi hijo no muerde el anzuelo, que sepas que siempre estaré aquí esperando para cuando estés lista.

Oh, Dios mío. ¿Ahora cree que son intercambiables? ¿Que simplemente voy a pasar de padre a hijo?

—Es usted repugnante —le digo en voz baja, y saco la mano de debajo de la suya.

Él se ríe; el sonido es tan fuerte que más de uno se gira y nos mira, incluido Matt, que me lanza una mirada de preocupación, pero niego con la cabeza y le ofrezco una rápida sonrisa. Lo último que quiero es que venga y se entere de esta conversación. Puedo encargarme de este hombre yo sola.

No es el primero que piensa así, y supongo que no será el último.

—Dices que soy repugnante porque no quieres oír la verdad. —Coge la taza de café y la apura—. Sigue haciendo lo que estás haciendo, niña. Tarde o temprano él se irá a la cama contigo.

Se acabó. Ya me he hartado. Este hombre es un cerdo y necesito sacarlo de aquí.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí esta noche, señor DeLuca? —pregunto con mi mejor voz, la más profesional. Sin acento y sin usar ninguna expresión texana.

—Ah, ahora volvemos a las formalidades, ¿eh? Bueno, he conseguido que me traigan. El coche y el conductor están en el aparcamiento —dice, y sonríe.

—Entonces, vamos. —Me levanto y le agarro del brazo para ponerle en pie.

Me mira estupefacto, probablemente sorprendido de que yo haya podido levantarle así, pero yo sonrío con la mejor de mis sonrisas y le conduzco hacia la entrada de la bodega.

—Es hora de volver a casa. Estoy segura de que a Matt le habrá encantado que haya pensado usted en él y que haya tenido el detalle de pasarse a verlo, pero creo que su tiempo aquí ha terminado.

—No puedes sacarme de aquí a empujones —murmura, pero lo ignoro y lo llevo casi a rastras del brazo hacia donde están los aparcacoches que hemos contratado para esta noche.

Me detengo ante ellos y pongo mi sonrisa cordial de «yo trabajo aquí».

—Estamos buscando el coche del señor DeLuca. ¿Por casualidad sabéis dónde está?

Uno de ellos lo sabía, lo que me ha permitido el placer de dejar a Vinnie DeLuca en manos de otra pobre alma desventurada y de lavarme las manos y librarme de sus acciones por esa noche.

—¿Crees que puedes librarte de mí tan rápido, señorita? —grita Vinnie desde la ventanilla abierta de su coche, pero le ignoro.

¿Para qué enfrentarme a un loco?

Vuelvo al jardín y hago una mueca de dolor cuando mis nuevas sandalias de tacón de aguja me aprietan los dedos de los pies. No estoy acostumbrada a llevar tacones ni a ir con ellos por caminos de grava y jardines empedrados. Estoy deseando poner los pies en remojo cuando llegue a casa.

Sola.

Porque de ninguna manera puedo intentar algo, lo que sea, con Matt. Pasar solo diez minutos en presencia de su padre lo ha confirmado. No puedo seguir fingiendo que lo nuestro funcionaría. Me verían como la zorra cazafortunas porque soy la chica pobre de Texas que sale con el jefe rico y

multimillonario, y a él lo verían como el imbécil que no puede contenerse con su propia empleada.

Cualquier tipo de relación entre nosotros, temporal o seria, podría arruinar su reputación como hombre de negocios en la región. Me niego a participar en eso. Nunca sería capaz de perdonarme a mí misma.

Y ¿qué me supondría eso para mí? No puedo destruir mi última oportunidad aquí en un gran trabajo. Si fracaso en esto, regreso a casa. No puedo permitirme vivir en este estado tan escandalosamente caro si me quedo sin trabajo. Dios sabe que me largaría de aquí si terminara separándome profesionalmente de Matt. Ya es bastante difícil encontrar un trabajo que esté tan bien pagado como el mío en esta zona.

Mis pasos se ralentizan y me detengo justo en el borde del jardín, donde me quedo observando a todo el mundo. Veo a Gage y Marina en la pista de baile balanceándose abrazados mientras sonríen y luego ríen. Veo a Matt hablando con otro grupo, todos ellos hombres, cada uno de los cuales apesta a importancia.

Ojalá puedan conseguirle los contactos que busca.

Está tan guapo con ese traje oscuro y su corbata color vino, con el pelo alborotado por la brisa que se levanta de vez en cuando. El blanco de su sonrisa resplandece en contraste con su piel bronceada, y tiene ligeras arrugas alrededor de los ojos, como si se riera a menudo.

Y espero que lo haga. No le he visto reír mucho porque ha estado muy estresado desde que empecé a trabajar para él, pero seguro que eso cambiará cuando todo se calme. Entonces podrá relajarse y cosechar los beneficios de todo este duro trabajo.

Sin embargo, probablemente no estaré para presenciarlo. Y ese único pensamiento me llena de una tristeza tan completa y absoluta que casi me caigo al suelo, de lo que me tiemblan las piernas.

Obligándome, me dirijo hacia la gente que está en el lado opuesto a donde se encuentra Matt. Descubro una mesa vacía y me desplomo en una silla. Deslizo la mano bajo mi pelo para poder frotarme el cuello. No me extraña que no lo lleve suelto muy a menudo. Es pesado y espeso, me da calor, y cuando no lo llevo recogido me acaba doliendo el cuello.

Debería cortármelo bien corto, y se acababa el problema.

—¿Estás bien? Parece como si estuvieras contemplando un asesinato. —Ivy saca una silla y se acomoda a mi lado.

—Solo el asesinato de mi pelo. —Ante su extraña mirada le explico—: Estoy pensando en cortármelo muy corto.

—Ni se te ocurra. Es precioso.

Me encojo de hombros.

—Como si alguien fuese a darse cuenta. Todo esto no ha servido para nada.

—Ah, ¿Matt no se ha dado cuenta? Sé que esta noche está ocupado intentando contentar a todo el mundo —me recuerda Ivy.

—Oh, se dio cuenta. —Sin duda se dio cuenta, dado que su boca se fundió con la mía y sus manos me recorrieron todo el cuerpo—. Luego llegó su padre y lo echó todo a perder.

Ivy se quedó boquiabierta.

—¿Ha venido su padre? No le he visto.

—Suerte que tienes —murmuro.

—Ay. ¿Te ha dicho algo horrible? —Ivy me coge la mano y me la aprieta —. Es terrible…, dice las cosas más ofensivas del mundo. Cuando era más joven, solía intentar ligar conmigo.

—¿Ya no intenta ligar contigo?

—Bueno, hace mucho tiempo que no le veo; además, Archer lo mataría. Lo destrozaría y lo asesinaría con sus propias manos si me mirara de reojo, y más aún si se atreviera a tocarme. —Ivy sonríe, con una mirada soñadora —. Está tan atractivo cuando se pone así de posesivo.

La envidia se me enrosca por dentro, agarrándome con fuerza.

—Debe de ser agradable.

—Apuesto a que algún día te pasará lo mismo con Matt —dice Ivy, llena de una confianza de la que ojalá yo sintiera, aunque solo fuese, la décima parte.

En lugar de despertar su curiosidad, decido poner cara de valiente.

—Sí, a lo mejor me pasa —digo con un falso entusiasmo que hace que Ivy me mire de reojo.

No puedo hacer nada bien, lo juro.

Matt

No hace ni veinte minutos que he visto a Bryn acompañando a mi padre fuera, y fue como si me quitara un peso de encima y me hiciera muchísimo más liviano. Tuve que hacer todo lo que estaba en mi mano para no inquietarme y preocuparme como una ancianita. Mi mirada se dirigía constantemente hacia donde Bryn estaba sentada con mi padre.

Temía que él le dijera algo horrible, o, peor, que la tocara de forma inapropiada. No sería la primera vez que le hace algo así a una pobre mujer inocente.

No quiero que se lo haga a mi chica.

Con mi padre fuera, me concentro y empiezo a trabajar de verdad. Hablo con los propietarios de las bodegas locales a los que he invitado, y todos parecen impresionados a regañadientes con mi carta de vinos. Hablo con muchos medios de comunicación locales que quieren informar de la Bodega DeLuca; el hecho de ser un exjugador profesional de béisbol le da a mi historia una faceta adicional en la que todos quieren profundizar.

Aún no he cenado y estoy hambriento, subsisto de algún aperitivo que encuentro por ahí y de beber demasiado vino. La cabeza me da vueltas —estoy excitado porque el evento de esta noche ha salido a la perfección— y me pregunto dónde demonios estará Bryn.

En mi planes de la noche está celebrarlo con ella.

—¿Has visto a Bryn? —le pregunto a Archer cuando me lo encuentro entre la multitud.

Lleva dos copas, una llena de agua. Supongo que vuelve con Ivy.

—Está sentada con Ivy por allí. —Hace un gesto con una de las copas—. Ivy me ha pedido que le lleve algo de beber.

Quizá debería quedarme a hablar con mis invitados un poco más, pero estoy cada vez más cansado de estar activo todo el tiempo. Necesito un descanso. Quiero pasar un rato con mi gente.

—Venga, voy contigo.

—Ajá. —Archer me dedica una sonrisa cómplice al volver la cara por encima del hombro cuando me pongo detrás de él—. ¿Echas de menos a tu chica?

—No es mi chica —le digo, aunque si me imagino a Bryn con cualquier otro hombre, si pienso en que le dé a otro el derecho a llamarla su chica, los celos me pueden.

Sí. Eso que acabo de decir es una especie de mentira. No me importaría que Bryn fuera mi chica. Pero no puede ser mi chica. Tengo una apuesta que ganar.

«A la mierda la apuesta».

—¿Te queda qué, menos de cuarenta días? Entonces, podrá ser tu chica. Si aguantas tanto —dice Archer, y se detiene en la mesa donde están sentadas Ivy y Bryn, sumidas en una conversación—. Miren a quién he encontrado, señoras —anuncia mientras pone las copas delante de ellas.

Las dos levantan la vista, sus miradas oscuras y no necesariamente contentas de verme.

Qué raro.

—Hola, Matt —dice Ivy primero, y coge su copa de agua y le da un gran trago—. Parece que esta noche ha sido un gran éxito, a pesar de que haya aparecido tu padre.

Frunzo el ceño. Genial, ¿se ha dado cuenta? ¿O se lo ha dicho Bryn?

—Sí, bueno, gracias a la infalible señorita James, que se ha encargado de todo y se ha asegurado de que no montara una escena.

—Sí, gracias a Dios. Siempre puedes contar con la señorita James. ¿Verdad, Bryn? —Ivy le lanza una mirada indescifrable, que Bryn le devuelve en silencio.

El ambiente está completamente tenso, aunque Archer parece ajeno a ello. Estaban hablando de mí. Y, de algún modo, de alguna manera, debo de haber cabreado a Bryn. Pero ¿cómo? Estaba tan amable conmigo justo antes de ir a ocuparse de mi padre. ¿Cómo ha podido desmoronarse todo en tan poco tiempo? ¿Ha podido mi padre haberle dicho algo, y ella se lo está guardando?

Mierda.

—Bueno, oye, voy a dar una vuelta a ver si hay que hacer algo más —digo, y agarro la silla que tengo delante.

—A jugar al anfitrión amable, ¿eh? —pregunta Archer, y rodea los hombros de Ivy con el brazo.

Ella se acurruca más cerca de él y los celos me invaden, agudos y dolorosos.

Ojalá tuviera derecho a ser tan cariñoso con Bryn. Ni siquiera estamos cerca de ese nivel de comodidad todavía. Si la tocara delante de Gage y Archer, se me echarían encima, dispuestos a cancelar la apuesta.

No es que me importe el millón de dólares, pero, maldita sea, es por principios. Gané esa apuesta limpiamente. Quiero que me paguen y restregárselo por la cara.

Me siento como un imbécil inmaduro, pero quiero ganar.

—Tengo que hacer lo que debo para asegurarme de que todo el mundo se lo pasa bien —digo con una sonrisa, y, al mirar a Bryn, la descubro observándome con esos ojos celestes suyos que todo lo ven.

—¿Necesitas mi ayuda? —pregunta.

—No, relájate. Ve a sentarte y disfruta de la fiesta. Ya has hecho bastante. —Intento comunicarle lo mucho que aprecio que se haya ocupado de mi padre.

No debe de haber sido fácil. El viejo es un imbécil gruñón que tiene una boca que nunca jamás se calla.

—De acuerdo. Siempre que estés seguro. —Sonríe, pero el gesto no le llega a los ojos.

Se la ve tan hermosa y tan increíblemente frágil ahí sentada junto a la embarazada Ivy, que brilla de vitalidad. Comparada con ella, la luz natural de Bryn de la última semana es tenue. Esta noche no necesita el beis. Incluso en magenta parece apagada.

Y odio eso. Saber que soy la causa de todo.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunto de repente—. ¿En privado? —Necesito asegurarme de que está bien.

—Claro. —Encoge esos hermosos hombros descubiertos, se levanta y rodea la mesa para quedar a mi lado.

La conduzco a otra mesa que hay en el extremo opuesto del jardín, ignorando a Archer, porque siento que me observa. Está esperando a que cometa un desliz y toque a Bryn de manera inapropiada delante de él.

Capullo.

—¿Qué pasa? —pregunta Bryn cuando nos detenemos a hablar.

—¿Te ha dicho algo mi padre? ¿Te ha ofendido o ha intentado ponerte las manos encima? —pregunto, yendo al grano.

Suspira y agacha la cabeza.

—Me dijo algunas cosas. Nada que no haya oído antes.

¿Qué coño quiere decir con eso?

—¿Qué te ha dicho?

Bryn levanta la cabeza para que su mirada se encuentre con la mía una vez más.

—Me preguntó si los dos estábamos… durmiendo juntos ya, aunque lo expresó un poco más crudamente.

Gruño por dentro.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no, por supuesto, lo cual es cierto. —Subraya la última palabra—. No me creyó.

—Menudo cabrón —murmuro, y me paso la mano por el pelo de pura frustración—. ¿Cómo has conseguido que se vaya?

—Bueno, no paraba de hacer comentarios groseros y de insultar, así que al final lo puse en pie y lo saqué de aquí. Se lo entregué a los chicos del servicio de aparcacoches, y ellos lo llevaron a su coche —explica con naturalidad.

Aunque me hubiera gustado estar a su lado para defenderla, también me enorgullece que se haya comportado con tanta calma.

—Eres increíble —digo en voz baja, deseando poder tocarla.

Pero aún puedo sentir los ojos de Archer sobre mí, así que de ninguna manera voy a hacerlo.

—Hice lo que me pediste. No lo hagas parecer más de lo que fue. —Me ofrece una débil sonrisa—. ¿Eso es todo lo que querías preguntarme?

—Bryn. —Sin poder evitarlo, alargo la mano y le toco ligeramente el brazo. Que le den. No me importa lo que piense Archer—. ¿Estás bien? Pareces disgustada.

—Nada como una pequeña dosis de realidad para traerme de vuelta y recordarme lo que de verdad soy. —Su sonrisa se vuelve quebradiza e inclina la cabeza hacia el resto de los asistentes a la fiesta que circulan por el jardín—. Tienes que ir con los invitados y hacer que se alegren de haber tenido la oportunidad de hablar con el propietario de la nueva y bastante impresionante Bodega DeLuca, ¿no crees?

Dejo caer la mano.

—¿Puedo verte? ¿Más tarde esta noche?

Ella niega lentamente con la cabeza.

—No creo que sea buena idea, señor DeLuca.

Y, con esas últimas palabras, se aleja, y me deja hundido.

Capítulo 9

Bryn

El teléfono no ha dejado de sonar desde que llegué a la oficina esta mañana, pero lo achaco a las secuelas de la fiesta. Todos buscan a Matt, incluso yo. Aunque no debería. No estoy segura de estar preparada para enfrentarme a él.

Me quedé en casa todo el fin de semana, sin atreverme a salir, sin apenas mirar el teléfono. Ignoré las llamadas y los mensajes de Ivy y Marina, también el único mensaje de Matt. No tenía que ver con el trabajo, así que supuse que todo había salido bien. El mensaje me lo envió el sábado por la tarde, me preguntaba si había sobrevivido sin problema a la noche, y no me molesté en contestar.

¿Cómo iba a decirle que la noche había sido una revelación? ¿Que me di cuenta exactamente de quién soy y de lo que la gente ve cuando me mira? Mejor dicho, lo que ven los hombres, sin la ropa sosa y el pelo aburrido.

Me dolió, aunque en el fondo lo sabía. Por eso me escondía y fingía ser algo que no soy.

Evitar a Ivy y Marina fue duro porque me habría encantado confiar en ellas, pero ¿y si mi confesión las volvía en mi contra? Todas las viejas preocupaciones e inseguridades me han invadido estos dos últimos días. Es difícil deshacerse de esos antiguos hábitos cuando han formado parte de mi vida durante tanto tiempo. Los hombres no me respetan; nunca me han respetado. No tenía muchos amigos cuando era pequeña, y desde luego no he tenido ninguno desde que llegué a California.

Temo que, si les cuento a Ivy y a Marina mis miedos, lo que pasó entre Matt y yo, y lo que su padre dijo de mí, me vean de otra manera. Es una tontería, lo sé, ya que fueron ellas las que me convencieron de ir detrás de Matt, pero no puedo evitarlo. Tengo miedo de que se enteren de lo que realmente soy frente a lo que muestro. Una mujer boba que solo es considerada por su sexualidad, no por su cerebro o sus habilidades.

Y no sé si podría enfrentarme a ellas, si viera lo que piensan en sus ojos.

Además, sé que seguirían quedando conmigo solo por cotillear sobre la fiesta del viernes por la noche o analizar lo que había pasado entre Matt y yo. Prefiero no pensar en ello. Cuanto más lo hago, más me enfado, sobre todo cuando entran en juego las cosas que me dijo su padre.

«Apuesto a que la persigues alrededor de tu escritorio todo el maldito tiempo, tratando de poner tus manos en ese culo. Yo seguro que lo haría».

Pasar la mayor parte del fin de semana en la cama viendo televisión basura y comiendo comida rápida tampoco ayudó a mejorar mi estado de ánimo. Cuando me puse las pilas y me preparé para ir a trabajar, tenía bolsas bajo los ojos, la piel pálida, un kilo y medio de más, además de un grano en la barbilla.

Estupendo.

Sin embargo, he llegado puntual al trabajo. No quería decepcionar a nadie, y menos a Matt. Tampoco llevo nada beis ni mi peinado austero, sino que decido ceder e ir con lo que es natural en mí, no con el disfraz que me he puesto desde que llegué aquí. Enfundada en el vestido que llevé el lunes pasado, el del fondo negro y estampado de flores y pájaros azules y verdes, me dejo el pelo suelto.

Estoy cansada del disfraz. De parecer algo que no soy. Si tuviera la ropa un poco atrevida de cuando vivía en Hollywood, o incluso mi vestuario de Cactus, me la pondría. Hoy mismo. Ahora mismo.

Pero ya no tengo ninguna de esas prendas. Quemé la mayoría. Me pareció una especie de limpieza que necesitaba para empezar de cero.

Ahora desearía tenerlas. Solo para recordar mis raíces y quién soy realmente. Ese recordatorio me alimentaría y me mantendría fuerte para lo que estoy a punto de hacer hoy. Algo que necesito hacer.

Tengo que dejar este trabajo.

Sin embargo, Matt ha llegado tarde y eso me ha puesto nerviosa. Ha aparecido pasadas las nueve con una expresión hosca en la cara; ha entrado en la oficina con la determinación de un hombre con una misión. Iba vestido de manera informal, con vaqueros y un polo que le quedaba perfecto.

Ahora se me hace literalmente la boca agua cuando lo veo.

Pero ¿no es lo de siempre?

—Esta mañana he tenido una reunión con los viticultores del valle de Napa —dice, y se detiene justo delante de mi mesa. Me doy cuenta de que

su mente va a mil por hora—. Necesito que busques vuelos a Nueva York para dentro de unas semanas. Vamos a asistir al Congreso Anual de Cata de Vinos. No tenía ni idea de que se iba a celebrar, así que tengo que organizarlo rápido.

Cojo un bolígrafo y empiezo a tomar notas.

—¿En qué fecha es?

—Tendríamos que ir dentro de dos semanas —responde, luego saca el teléfono y consulta sus correos electrónicos.

Mi bolígrafo se detiene sobre el bloc de notas y dejo de escribir un momento; sus palabras van calando despacio en mi denso cerebro. Levanto la vista y le veo observándome atentamente. Casi con demasiada atención.

—¿Has dicho «tendríamos»?

—Quiero que vengas conmigo, Bryn. Me va a hacer falta tu ayuda. Solo serán unos días, pero serán unos días muy ocupados. Necesitaré tu opinión y tendrás que mantenerme al tanto —explica.

Quiere que vaya con él, sola, a Nueva York. Debo de estar oyendo cosas.

—¿Hablas en serio?

—Bastante en serio. —Su expresión también es muy seria—. Eres mi asistente, ¿verdad? No puedo hacer esto solo, Bryn. Va a haber un foro de dos días con discusiones de negocios, talleres y extensas y profundas catas de vino. No puedo estar en todas partes a la vez, así que necesito que te encargues de algunos de los talleres y charlas, o de lo que sea, que tomes notas y me mantengas informado.

—De acuerdo. —Tomo algunas notas más y luego me giro hacia el ordenador y empiezo a buscar vuelos—. Pero ¿estás seguro de que quieres llevarme? Quiero decir, ¿de verdad? ¿No será solo un gasto extra, mi vuelo y habitación de hotel, comida y todo lo demás que conlleva viajar?

—Necesito gastos que declarar —dice desdeñosamente—. Además, puedo permitirme llevarte, Bryn. Eso no es un problema, así que no te preocupes.

Todos mis planes de presentar mi renuncia a Matt salen volando por la ventana ante sus rápidas peticiones. No hay forma de que me vaya ahora. Me necesita, por absurdo que parezca. A pesar de todos los problemas que sin duda le traeré y de las expectativas que él tendrá, he de estar ahí para él.

Puedo hacerlo. Trabajaré las dos próximas semanas, iré a Nueva York para cubrir con él el congreso esos días, volveré a casa y le entregaré mi

carta de renuncia. Eso me daría tiempo suficiente para encontrar un trabajo en Cactus, aunque no debería resultarme demasiado difícil.

Anoche llamé a mi abuela para preguntarle si podía volver a vivir con ella en Cactus. Aceptó de inmediato, y su voz retumbante me llegó a través del teléfono, fuerte y recordándome por qué dejé mi ciudad natal.

—Por supuesto que puedes venir a vivir conmigo, niña. Me he enterado de que Wanda, la del salón de belleza Lavar y Cortar, necesita una nueva recepcionista. Tal vez podrías obtener tu licencia de esteticista y dedicarte a eso. Es una buena profesión, ¿sabes? La encantadora Becky, que solo tiene dos años más que tú, se ha forjado toda una carrera trabajando allí.

Luego se lanzó a una sesión de cotilleos de veinte minutos sobre lo que había pasado en Cactus en los últimos años. Cuando terminó, yo estaba al tanto de todo. De absolutamente todo.

Algunas cosas me parecieron interesantes. Otras me importaban poco. La típica charla de Cactus.

Y pronto estaré de vuelta, justo en medio de todo ello. Y trabajaré en el salón de belleza atendiendo el teléfono, barriendo pelos y, en general, estaré amargada con la vida.

Al menos estaré en mi elemento, de vuelta en mi ciudad natal. Donde podré soltarme literalmente la melena, ser libre y ser yo misma.

No siento que pueda ser yo en ningún otro sitio, ni siquiera aquí.

Y menos aquí.

—Voy a buscar vuelos y te digo las opciones —le digo a Matt, con la voz quebradiza mientras me pongo en modo eficiente.

—Genial. Ve al sitio web del congreso e inscríbenos también. Tal vez tengamos que pagar por hacerlo tarde, pero no me importa. No puedo perdérmelo. La gente del Vintners me ha dicho que debo asistir a este evento. Descubriremos las últimas tendencias, veremos tanto el lado empresarial como el creativo de la elaboración del vino; va a ser alucinante. —Sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. No me puedo contener.

Está tan emocionado, tan entusiasmado por hacer esto. Quiero emocionarme por él. A pesar de que planeo decepcionarlo en el próximo mes.

Matt

—Zorro astuto. —Gage niega con la cabeza justo antes de dar un mordisco a su hamburguesa con queso.

Estamos en un restaurante del centro de St. Helena, uno que hace las mejores hamburguesas y sándwiches y no tiene ni una opción vegetariana o sin gluten en la carta. Por eso el local está lleno de hombres en su mayoría. Nos hemos cansado del movimiento masivo por la salud que se ha apoderado de nuestra zona con tanta facilidad.

—¿De qué hablas? —pregunto, con voz neutra.

—Ya sabes. Llevarte a la asistente a Nueva York, donde ninguno de nosotros pueda vigilaros. Donde eres libre de pasear y cogerte de la mano con ella, de besarla en la calle y de follártela toda la noche en una habitación de hotel. Inteligente movimiento, tío. Inteligente. Movimiento —se ríe Gage.

Le ignoro y me centro en mi hamburguesa con ganas. Me muero de hambre. Llevo tres días muy ocupado con el trabajo: apenas me tomo un respiro, me salto comidas y me quedo trabajando hasta tarde. Gage me ha estado dando la lata sin parar; me ha estado llamando los dos últimos días diciendo que quería quedar para comer. Al final, después de acosarme toda la mañana con mensajes, he cedido y le he dicho a Bryn que volvería en una hora y que, si no me presentaba en la oficina a la una y media, tenía que avisarme y conseguir que yo moviera el culo hasta la oficina.

Cuando estoy con Archer o Gage, solemos empezar a hablar de todo tipo de tonterías y perdemos la noción del tiempo, sobre todo, si hay cervezas de por medio.

Hoy no las hay. Me he asegurado de ello.

—¿Sabe Archer que te la llevas a Nueva York? Supongo que sí. Solo me enteré porque Marina me lo dijo después de hablar con Bryn ayer. Como si tú nos lo fueras a decir. —Gage se ríe un poco más—. Te garantizo que al final de los cuarenta y cinco días voy a encontrar la manera de no pagarte. Estate atento. ¿Por qué deberíamos pagarte cuando estás follándote a tu ayudante?

—Tienes una mente calenturienta —murmuro, cojo una patata frita, la mojo en kétchup y le apunto con ella—. No todo es follar, ¿sabes? ¿Cómo te aguanta Marina día tras día?

—A Marina le encanto. Y, sobre todo, le encanta mi mente calenturienta. —Me mira como un pervertido—. Y escúchate, el antiguo rey de las grupis,

reprendiéndome como un mojigato. Seguro que necesitas echar un polvo y rápido para que podamos cancelar toda esta apuesta de una vez por todas. Estoy cansado de lidiar contigo.

—Sí, sí. Vete a la mierda —murmuro. Niego con la cabeza y me concentro en mi almuerzo—. Tú eres el que ha querido almorzar conmigo.

Pero tiene razón. Estoy de muy mal humor porque deseo a Bryn, y ella ha dejado de estar receptiva. Es como si apenas se diera cuenta de que existo.

Sé por qué es. Es por mi padre. Es por ese beso. Lamento que haya tenido que lidiar con mi padre y con las cosas que él le dijo. Ojalá hubiera podido protegerla de eso.

Pero ¿el beso? No me arrepiento en absoluto.

—Te he invitado a comer para saber dónde tienes la cabeza. —Bebe de su refresco—. Así que dime: ¿has planeado este supuesto viaje de negocios a propósito para llevártela a tu habitación de hotel o qué?

—Para nada —me burlo, y me como otra patata frita—. Vamos a asistir a un congreso, y no es uno inventado, cosa de la que seguro que me acusas. Ni siquiera voy a tener tiempo de pensar en hacer otra cosa que no sea ir de taller en taller, asistir a catas de vino y demás. Todo trabajo, amigo mío. Algo que has olvidado desde que estás demasiado embelesado con tu nueva novia.

—Lo dice el hombre que se lleva su obsesión a Nueva York para hacer negocios. —Gage pone los ojos en blanco—. No me tomes por gilipollas, tío. Sabemos exactamente por qué te llevas a Bryn contigo. Para meterte en sus bragas.

De pensar en Bryn en bragas casi me da un infarto. Tantas oportunidades perdidas en tan poco tiempo. Ahora actúa como si yo le importara una mierda.

Lo odio. Y todo es culpa mía, así que no tengo a nadie a quien culpar salvo a mí mismo.

—Por supuesto que no —digo firmemente—. Creo que ya pasa de mí.

—¡Ja! —Gage me señala, su mirada brillante y llena de triunfo—. Lo admites; estáis interesados el uno en el otro.

—Sí, bueno, si ella estaba interesada en mí, desde luego no lo está ahora. Se ha vuelto a convertir en la eficiente y sensata señorita James.

—Apuesto a que está muy atractiva, incluso cuando es la eficiente y sensata señorita James —dice Gage con una sonrisa impertinente.

Con los celos a flor de piel, le lanzo una patata frita a la cara, pero la esquiva justo a tiempo.

—Cállate, gilipollas. Te comportas como un niño. —Qué demonios, me parece que últimamente hemos vuelto a hablar como en la universidad, cuando éramos jóvenes y estúpidos y le hablábamos con chulería a todo el mundo, sobre todo, entre nosotros.

—¿Quién es el niño aquí, tirando comida y llamándome gilipollas? —Gage niega con la cabeza—. No sé si alguno de nosotros va a sobrevivir a estas nuevas condiciones. Cuanto más tiempo pasas sin acostarte con alguien, más gruñón te vuelves. Apuesto a que tu señorita James ha perdido interés porque te has convertido en un tirano.

Esa no puede ser la razón, ¿no? Lo dudo. Creo que tiene algo que ver con mi padre. No tengo ni idea de lo que él le dijo; ella no habla y él tampoco. Le llamé hace unos días y le acusé sin rodeos de haber insultado a Bryn, pero no cedió ni un ápice.

Con ello concluí que es culpable al cien por cien.

—De la Bodega DeLuca es de lo único que se habla en la ciudad —dice Gage, cambiando de tema afortunadamente—. La reinauguración ha sido un gran éxito.

—Sí, fue bastante bien, ¿verdad? —Intento restarle importancia más por mí que por otra cosa.

Todavía hay algunos acuerdos y transacciones en marcha, como intentar que algunos mercados regionales lleven la marca DeLuca, o ampliar y hacer crecer nuestra lista de distribuidores. También han surgido más oportunidades de publicidad, que espero que fructifiquen y lleven el vino DeLuca a nivel nacional.

Ir al congreso dará a conocer aún más la marca DeLuca. Me he dado cuenta enseguida, sobre todo después de reunirme con el grupo local de vinicultores, de que no puedo dejar de promocionar la marca, y tengo que hablar constantemente con la gente del sector. Crear un buen vino es fundamental, pero establecer contactos es necesario para vender un buen vino. Crecer, aprender y asimilarlo todo —en especial, en los congresos, donde conoceré a otras personas del sector— para poder aplicar a la Bodega DeLuca todo lo que he aprendido es importante.

¿De verdad necesito llevar a Bryn conmigo al congreso? Tal vez no. Sin ella, acabaría agotado de tanto correr durante dos días de aquí para allá y

me perdería algunas charlas o talleres a los que quisiera asistir, pero podría hacerlo todo solo. Es mucho más divertido tenerla conmigo. Y más fácil, por supuesto, ya que es más que capaz y me mantendrá al día.

Pasar tiempo con ella en un avión, en la ciudad, en un hotel…: cuántas oportunidades.

Si la mujer que me interesa estuviera interesada de verdad en mí, claro.

Capítulo 10

Bryn

Dos semanas después
Nueva York

Me siento en mi mullida cama *king-size* con el portátil y echo un vistazo a mis notas garabateadas a mano de la interminable cantidad de talleres a los que he asistido durante todo el día. Nunca en mi vida me había alojado en un hotel como el W New York de Times Square. Por supuesto, la ciudad más grande en la que había estado antes era Los Ángeles, una metrópolis en expansión con autopistas abarrotadas y centros comerciales por todas partes.

Nueva York tiene un ambiente completamente distinto. Todos los edificios son muy altos, las aceras están atestadas y todo abre hasta muy tarde. Nunca había visto nada igual. En mi ciudad natal, las aceras son estrechas y las tiendas cierran sobre las ocho, a las nueve los sábados.

Anoche cuando llegamos, a Matt se le antojó una porción de *pizza* a la una de la madrugada. Enseguida salimos y encontramos un sitio abierto, y no solo abierto, sino lleno.

Sentí la emoción hasta los dedos de los pies.

Mientras yo asistía a los talleres de hoy, Matt ha ido a un simposio de debate, a una cata de vinos especial y ahora está en una cena de presentación. Ha intentado que fuera con él, pero me negué, diciendo que prefería llamar al servicio de habitaciones y pasar a limpio las notas que sabía que tendría.

Aceptó a regañadientes, y me dijo que podía pedir lo que quisiera al servicio de habitaciones, ya que lo pagaba él.

Es curioso, teniendo en cuenta lo duro que le he visto trabajar y las horas que ha dedicado a la bodega, muchas veces me olvido de que Matt es rico. Más bien multimillonario. El hombre está forrado, gracias a que tanto su

padre como él mismo ganan un dineral con su contrato de béisbol y varios patrocinios.

Y esos son solo los más recientes.

Hasta que no subimos al avión y nos sentamos en primera clase no he visto cómo vive la otra mitad. Hablando de trato de estrella. He volado una vez en mi vida, cuando fui a California, en un avión cutre lleno hasta los topes en el que me hicieron pagar un refresco, por el amor de Dios. Lo rechacé, sentada en mi pequeño y estrecho asiento entre dos grandes hombres de negocios sudorosos que estuvieron mirándome lascivamente durante todo el vuelo.

Fue odioso.

En cambio, volar en primera clase en amplios y cómodos asientos, que te sirvan constantemente y estar sentada al lado de Matt fue como si hubiera muerto y hubiera ido al cielo.

Eso fue hasta que vi el hotel. Dios mío, es el hotel más bonito y moderno que he visto en mi vida. Por otra parte, también he de decir que no me he alojado en ningún sitio de calidad superior a un hostal de la cadena Motel 6. Me aseguré de que Matt tuviera una *suite* de dos habitaciones con magníficas vistas de la ciudad y, como mi habitación estaba justo al lado de la suya —cosa que él pidió—, disfruto de las mismas condiciones.

Ni siquiera me importa no estar fuera, entre el bullicio de Times Square. Me siento perfectamente a gusto en mi *suite*, con su preciosa cama blanca y su edredón rosa chillón. Los elegantes muebles de cristal y las florecientes orquídeas rosas por todas partes. Yo, la supuesta prostituta de Cactus, Texas, me siento como una princesa de cuento de hadas.

Todo gracias a Matt.

¿Qué lo estropea todo? Tengo que comunicar mi renuncia cuando regresemos. No hay manera de que pueda seguir trabajando para él. Estoy fingiendo ser este tipo de mujer tranquila y recatada cuando no lo soy. Mi verdadero yo saldrá a la luz tarde o temprano, y no quiero que aparezca delante de Matt. Él cree que soy una buena chica.

Y parece que no puedo dejar ir mis viejas inseguridades de chica mala.

Ya es bastante malo que nos hayamos besado unas cuantas veces. Lo último que quiero es dañar su reputación, así que hago todo lo posible por evitarle, pero es casi imposible. La tensión entre nosotros sigue ahí, aunque nunca hablamos de ello. Veo cómo me mira cuando cree que no le estoy

prestando atención. Quiero devolverle esa mirada anhelante. Peor aún, quiero encerrarme en su despacho, dejarme acercarme a su mesa justo delante de él y rogarle que me bese.

Creo que aceptaría la proposición. Sé que lo haría.

Pero entonces me convertiría en la zorra que todos me acusan de ser. Parecería que me acuesto con mi jefe para salir adelante. Vivir un romance acalorado con el hombre que firma mi nómina no es inteligente. ¿Acaso no aprendí nada después de mi fallido intento de aventura con Brian Fairbanks?

Apoyada en el cabecero de tela, miro por la ventana las luces de la ciudad que me rodean. No pensaba en su nombre real desde no recuerdo cuándo. Prefiero pensar en él como un ente sin rostro, también conocido como mi exjefe. Es mucho más fácil así, sin pensar en su nombre.

Ahora me acuerdo de todo. Brian esbozaba esa sonrisa encantadora mientras se apartaba el fino pelo rubio de los ojos, y su mirada siempre me devoraba. Tenía esa forma de hacerme sentir que era especial, a pesar de la ridícula manera en que me hablaba de tetas y culos y de lo mucho que le picaba la palma de la mano de las ganas de darme un azote.

Sí, eso decía. También decía muchas más cosas, muchas de las cuales quisiera desterrar de mi mente para siempre.

Cuando le conté a mi abuela lo que había pasado con Brian, que tenía mujer e hijos, me echó la bronca. Me regañó durante lo que parecieron horas, aunque es muy posible que solo fueran quince minutos. Me dijo que, si seguía flirteando con esos hombres que ocupaban puestos de autoridad, nunca saldría adelante, a menos que me acostara con ellos. Era lo único en lo que pensaban cuando me miraban.

Una mujerzuela. Llamó «mujerzuela» a su propia nieta, aunque ahora lo que pienso es que me lo dijo para advertirme. Siempre me decía que tenía que tomar buenas decisiones.

Así que lo intenté. Lo intenté y lo intenté y lo intenté y aquí estoy sentada, en una *suite* de hotel pagada por mi jefe, y todavía estoy considerando cómo puedo traerlo a mi habitación para tener una oportunidad con él, al menos una vez, antes de renunciar y volver a Cactus.

¿He perdido la cabeza? Me preocupa tanto cómo me verán los demás, y aun así deseo a Matt. No puedo evitarlo. Si la gente va a llamarme

mujerzuela, zorra o golfa, supongo que puedo darles una razón para que me lo llamen, ¿no?

«Respétate a ti misma. Si tú no te respetas, nadie lo hará».

Necesito recordar eso.

Mi móvil zumba y al mirarlo veo un mensaje de Matt.

¿Estás en tu habitación de hotel?

Claro que sí, escribiendo notas solo para ti.

No hay respuesta, y miro fijamente la pantalla del teléfono, deseando que aparezca algo. Cuando no ocurre nada, lo dejo a un lado y vuelvo a teclear mis notas. Los párpados cada vez me pesan más.

Ya era bastante malo tener que asistir a esas sesiones. Ahora las revivo reescribiendo las notas, que me recuerdan exactamente lo aburridas que fueron.

Bueno, aburridas para mí. Matt las debió de encontrar fascinantes, ya que está en el negocio, pero yo desde luego no.

Mi teléfono vuelve a sonar y lo cojo.

Deberías reunirte conmigo en el restaurante Aleta Azul, abajo, en treinta minutos.

¿Por qué?

Me muerdo una uña, en espera de su respuesta. Ya he cenado la habitación; he pedido un delicioso plato de pasta con gambas y una ensalada en cuanto he vuelto al hotel. Ni siquiera tengo hambre.

Quiero llevarte a cenar.

El Aleta Azul es un precioso restaurante del hotel; siempre echo un vistazo cuando paso por delante. Me muero por entrar a verlo, pero no así.

Miro fijamente la pantalla de mi teléfono y pienso en qué debería responder. El congreso ha terminado por esta noche. Mañana tenemos un día más y se acabó. La cena de esta noche no es por trabajo.

Parece personal. Una cita.

Ya he cenado. ¿No has cenado tú también?

Pide postre entonces. Y la cena que nos han dado

en la charla era horrible. Yo aún tengo hambre.

Se me escapa un pequeño suspiro y vuelvo a mirar por la ventana, contemplando la hermosa vista de la ciudad. Debería negarme. Debería quedarme en mi bonita habitación de hotel, escribir mis desordenadas notas y dormirme en mi deliciosamente mullida cama. Una buena chica haría eso. No caería en la tentación de hacer algo malo, algo como salir a cenar con su jefe.

Pero nunca he dicho que sea una buena chica.

Quiero pasar tiempo con Matt. Quiero salir a cenar con él y contemplar su atractivo rostro desde el otro lado de la mesa. Quiero que me cuente una historia y luego contarle yo otra y hacerle reír. Quiero que me alcance la mano a través de la mesa y que me la coja, y que entrelacemos nuestros dedos.

Lo quiero todo, y lo quiero con Matt.

Cojo el teléfono y mis dedos se posan sobre las teclas durante un milisegundo antes de empezar a escribir.

¿Has dicho treinta minutos?

Sí. ¿Quedamos?

Una sonrisa curva mis labios mientras le contesto.

Por supuesto que quedamos.

Matt

Estoy agotado. El desfase horario, las idas y venidas de una sesión a otra del congreso, la información que me llega de todas partes…; todo está agotando mi energía. Tendría que haberme ido a mi habitación, haber pedido algo al servicio de habitaciones y haberme sumido en un sueño profundo y sin sueños.

Pero nada de eso importa porque aquí estoy, esperando a Bryn a la entrada del Aleta Azul, y la impaciencia por verla hace que el estómago me salte como un estanque lleno de peces hiperactivos. Apenas la he visto desde que llegamos a Nueva York. Hemos tenido agendas distintas y nos hemos encontrado en lugares extraños, como el pasillo del centro de

eventos esta tarde. Yo iba con prisa, pero la llamé por su nombre cuando vi que salía de una sala.

Saludó con la mano, tan adorable, con unos vaqueros oscuros que se ajustaban a la perfección a sus sensuales piernas, y una sonrisa reservada le curvaba sus sensuales labios.

Mi polla dio un brinco literalmente al verla, aunque fuera por un segundo tan fugaz.

—Hola. Espero no haberte hecho esperar.

Me giro al oír su sensual voz y sonrío al ver a Bryn de pie ante mí.

Se ha cambiado y ahora lleva un sencillo y elegante vestido negro de manga larga que le cubre casi todo el cuerpo excepto la cara, las manos, las pantorrillas y los pies. Sin embargo, sigue siendo muy sensual, por la forma en que la tela se ciñe amorosamente a su cuerpo.

—Señorita James, debo decir que estás guapísima esta noche.

Las mejillas se le colorean y adquieren un precioso tono rosado mientras se sujeta las manos.

—Gracias —murmura, y su mirada se cruza con la mía durante un breve segundo antes de dejarla caer—. Tú también tienes buen aspecto.

Sigo con los pantalones negros que he llevado todo el día, pero me he puesto una camisa blanca justo después de mandarle el mensaje, porque quería arreglarme un poco; creía que en el Aleta Azul había que vestir formal. Había planeado ir a cenar solo. Bueno, eso me dije a mí mismo.

—Gracias. ¿Lista para ir a sentarnos?

Cuando asiente con la cabeza, la conduzco a la recepción y pido una mesa para dos. La camarera coge dos menús y nos guía por la escalera flotante de acero inoxidable hasta un rincón semiprivado, lleno de silenciosos reservados alineados en la pared y con vistas a las brillantes luces de Times Square. Un pequeño cuarteto de *jazz* toca en la pared del fondo, una música suave y relajante que contribuye a crear un ambiente tranquilo.

—¿No tienes hambre? —pregunto cuando la camarera nos deja, y abro el menú inmediatamente—. Yo estoy hambriento. El pollo a la conferencia y el arroz pilaf seco no me abren mucho el apetito.

Se ríe. El dulce sonido me inunda, me hace desearla.

—Suena horrible.

—Lo era. —Echo un vistazo a los entrantes y el estómago me gruñe ante algunas de las propuestas, especialmente el filete *mignon* con costra de queso azul—. Ya sé lo que voy a pedir —digo, luego cierro el menú.

—Yo también —dice ella, cierra también la carta y cruza su mirada brillante con la mía.

Está muy guapa a la luz de las velas y puedo olerla. Ese aroma embriagador que me vuelve loco. No sé si podré soportarlo mucho más.

—¿Quieres postre?

—Creo que sí. Me llené antes con un plato de pasta del servicio de habitaciones. Estaba delicioso. —Sonríe, con una misteriosa curvatura de labios que me hace querer descubrir todos sus secretos.

Tiene muchos. No sé casi nada de ella y me gustaría averiguar más. Verla así, pasar tiempo con ella, me llena de codicia.

Quiero más. Más de Bryn.

—Eso es lo que debería haber hecho en lugar de escuchar al ponente invitado. Era aburrido. —Bebo un sorbo de mi agua helada y espero que me refresque la piel repentinamente acalorada.

Con solo mirarla y ver cómo la vela que parpadea en nuestra mesa le proyecta un resplandor dorado, me quedo hipnotizado por lo hermosa que es y por lo cómoda que parece estar conmigo esta noche. Es la primera vez. Hacía semanas que no nos sentíamos así el uno con el otro.

—Deberíamos dejar el congreso por hoy y salir a ver la ciudad —sugiere Bryn—. Ya sé que hemos venido a trabajar, pero nunca antes había estado en Nueva York.

—Es una locura, ¿no?

Ella asiente con la cabeza.

—Me siento como una pueblerina aquí. Me dan ganas de pararme en medio de la acera y quedarme mirándolo todo. La gente, el ruido, las luces, los olores… Nunca he visto nada igual. Cactus no tiene nada que ver con este lugar.

Me gusta cuando habla de su pasado, lo que no es bastante frecuente para mi gusto. Ofrece una visión de su mundo que yo no veo. Es una persona reservada, y no puedo culparla, pero sigo sintiendo curiosidad.

El camarero se acerca y pedimos las bebidas —agua para Bryn y una cerveza para mí—, además de un entrante de pastel de cangrejo que me ofrezco a compartir, pero ella lo rechaza.

—La verdad es que no me gusta el marisco —dice con la nariz arrugada.

Joder, qué guapa es. Noto que, cuando está cansada o se siente cómoda, el acento sureño hace una tenue aparición.

—¿En serio? A mí me encanta.

—No hay mucho marisco en Cactus, ¿sabes? Es terriblemente árido y llano y no se ve el mar por ninguna parte.

Crecimos en mundos completamente distintos. Yo he pasado toda la vida en la zona de la bahía de San Francisco, dando tumbos mientras mi padre nos trasladaba de un lugar a otro, pero sin alejarme nunca de allí. Al crecer junto al mar, en una ciudad tan grande, nunca me he dado cuenta del efecto que ha tenido en mí y cómo me ha hecho ver el mundo. Para Bryn, crecer en una ciudad tan pequeña en medio de la nada también ha tenido profundos efectos en ella.

—¿Qué te hizo dejar tu ciudad natal?

—No había nada para mí allí. —Su expresión se apaga y me pregunto por qué. Siempre tengo la sensación de que hay algo más detrás de su decisión; sin embargo, no me lo dice—. Es una ciudad pequeña sin futuro. Yo tampoco lo habría tenido. —Aparta su mirada de la mía y se queda contemplado el vacío—. Pero a veces, si no tienes otra opción, debes conformarte con el sitio que sea, ¿sabes?

No, no lo sabía, pero nunca me he conformado. Si había algo que quería, iba tras ello hasta que era mío. Me gustaban los retos.

—Conformarse con el sitio que sea suena como la última opción.

—¿Y si has probado todas las opciones y ninguna ha funcionado? —pregunta en voz baja, casi en un murmullo, mientras sus ojos muy abiertos se encuentran con los míos una vez más; su expresión…, desolada.

Inmediatamente quiero consolarla. Envolverla en mis brazos y asegurarle que todo va a salir bien. Ni siquiera sé a qué me referiría, pero no me importa. Ella hace aflorar en mí un sentimiento de protección que ni siquiera sabía que poseía.

—¿De qué estás hablando Bryn? —Sin duda pasa algo más de lo que cuenta, y quiero saber qué es.

—Me fui de casa porque tuve una mala experiencia en un trabajo. —Una sonrisita divertida cruza sus labios, y me pregunto de qué clase de mala experiencia está hablando—. Después, me fui a vivir a Los Ángeles porque me propuse convertirme en modelo. Soy alta, tengo una cara decente, así

que decidí que iba a utilizar mis cualidades naturales para conseguir trabajo. Pero fue un desastre.

Me lo puedo imaginar. He oído muchas historias de primera mano sobre cómo Hollywood engulle a esas chicas guapas e ingenuas y las escupe.

Bryn es tan guapa que no me cabe ninguna duda de que debió de despertar mucho interés. Aunque lo más probable es que todo fuera abiertamente sexual, ya que muchos de los sórdidos fotógrafos y directores que pueblan las calles de Hollywood no hacen nada por una mujer a menos que se acueste con ellos primero.

—Así que el trabajo en la bodega ha sido una última oportunidad antes de tener que regresar a casa para siempre. Encontré el trabajo en Craigslist. Llené mi viejo Saturn con las cajas de mis escasas pertenencias y conduje hacia el norte, a la tierra de las nuevas oportunidades. Enseguida descubrí que la bodega pendía de un hilo y que al final ni siquiera nos pagaban. Hasta que llegaste tú y nos salvaste a todos.

El camarero elige este momento para aparecer con nuestras bebidas y mi entrante, interrumpiendo la historia de Bryn. Espero impaciente mientras lo coloca todo delante de nosotros y toma nota de nuestros pedidos; bueno, de mi pedido, ya que Bryn ha elegido tarta de caramelo salado como postre. El camarero incluso intenta entablar conversación, hasta que al final lo fulmino con la mirada, pilla la indirecta y se larga.

—Matt, eso ha sido un poco grosero —me reprende Bryn en cuanto se va el camarero—. Solo intentaba hacer su trabajo y ser amable.

—Te ha interrumpido. —Cojo los cubiertos y me pongo la servilleta en el regazo antes de zamparme el pastel de cangrejo. Huele de maravilla, la salsa que lo acompaña está deliciosa y mi estómago hambriento aplaude la elección incluso cuando empiezo a comer—. Sigue —le digo después de tragar.

—Estaba casi acabada. Fuiste mi salvador, y ahora estamos aquí sentados, en Nueva York. Tú enseñándole a la pueblerina cómo vive la gente de la gran ciudad. —Apoya el codo en el borde de la mesa, y la barbilla, en el puño—. Me has enseñado mucho en poco tiempo, Matt, y por eso te estaré eternamente agradecida.

Habla con una firmeza que me inquieta.

—Te enseñaré más si me dejas —le digo, y le doy un doble sentido a mis palabras.

¿Por qué seguir fingiendo? Estoy harto. No sé si ella también lo está, teniendo en cuenta que últimamente ha estado muy distante, pero yo soy de los que van detrás de algo —o de alguien— una vez que me doy cuenta de que lo quiero.

Y la deseo. A Bryn. Estoy cansado de luchar contra mi atracción por ella.

Retira el brazo de la mesa y se echa hacia atrás en la silla.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me encojo de hombros.

—Entiéndelo como quieras.

Me estudia durante un largo rato. Su mirada recorre mi rostro antes de coger su vaso de agua y beber la mitad.

—No me voy a acostar contigo, Matt —me dice después de dejar el vaso encima de la mesa.

Me sorprende y me complace su atrevimiento.

—Lo que sugiero no implica dormir, Bryn.

Sus labios se separan y los ojos se le abren un poco.

—No deberíamos.

—¿Por qué no?

—Trabajo para ti.

—Lo sé. Ese pequeño detalle hace que mi atracción por ti sea bastante incómoda. —Ya está. Lo he dicho. Y no me retracto.

—He intentado resistirme a ti. —Ella baja la cabeza, estudia su regazo.

Y yo quiero alcanzarla. Estrecharla entre mis brazos y tranquilizarla, hacerle saber que no está sola en este confuso mar de emociones, deseos y necesidades.

Estoy ahí con ella, ahogándome en el mar agitado, esperando que sea ella quien finalmente me lance un salvavidas y me remolque.

—Yo también he intentado resistirme a ti —confieso en un murmullo bajo—. Está claro que no funciona, ya que sigo deseándote.

—¿Es un caso de querer lo que no puedes tener? —Su cabeza sigue inclinada, su voz es tan tenue que casi no la oigo.

Se me ha quitado el apetito. Dejo el tenedor en el borde del plato, que alejo. Lo único en lo que puedo pensar, lo único que deseo, es esta mujer sentada frente a mí.

—No. Es un caso de querer lo que he probado y de necesitar más. Más de ti.

Levanta lentamente la cabeza y su mirada se cruza con la mía.

—Tuve problemas por hacer esto antes.

Frunzo el ceño, confundido por su cambio de tema.

—¿Por hacer qué?

—Por tontear con mi jefe. Tenía diecinueve años. Era mi primer trabajo real. Mi jefe flirteaba conmigo y me seducía hasta que por fin me cansó y caí bajo su hechizo. —Hace una pausa y se humedece los labios—. Me perseguía literalmente alrededor de su mesa todo el tiempo. Se convirtió en un… juego, y la verdad es que me gustaba la persecución. Al final dejé que me atrapara.

—¿Qué pasó? —El temor me invade. Creo que no quiero oír su respuesta.

—Yo… dejé que me besara. Mucho. Y… y más. Tuvimos sexo, allí mismo, en su oficina. Me hizo todas esas promesas, y yo le creí. Oh, vaya si le creí. Pensé que había conocido mi hombre ideal. Mayor, experimentado y sofisticado. Pensé que me llevaría a conocer el mundo. —Tiene una cara divertida, pone los ojos en blanco y sonríe como si no pudiera creer lo tonta que fue—. Luego me enteré de que estaba casado y tenía un hijo. Su mujer me llamó y me gritó. Me dijo que había encontrado mensajes de texto que me había enviado él y que no podía creer que los guardara en su teléfono. Me llamó puta, zorra y rompehogares.

—Eras joven —digo en su defensa—. Y él te engañó.

—Yo era tonta. Y una rompehogares, como ella dijo. ¿Cómo pude no darme cuenta de que estaba casado? Cactus es un pueblo pequeño. Debería haberlo sabido. —Aprieta los labios; parece a punto de echarse a llorar.

Le cojo el brazo a través de la mesa y se lo levanto para entrelazar mis dedos con los suyos y apretarle la mano.

—Eh, para. No te castigues. No lo sabías.

—Fui una tonta —resopla.

—No, no lo eras.

Su jefe era un capullo de la peor calaña. Por aprovecharse de una chica joven e ingenua. Por hacer que se enamorara de él cuando estaba casado.

—Tuve relaciones sexuales con mi jefe casado.

—Yo no soy aquel tío. Y desde luego no estoy casado. —Me acerco a ella con la otra mano, deslizo los dedos por debajo de su barbilla y le

levanto la cara—. Y tampoco tengo hijos. Puedes besar a este jefe todo lo que quieras.

Ella sonríe a pesar de todo, una sonrisa hermosa, brillante y llena de dientes como nunca la había visto.

—Me gustas, Matthew DeLuca. Mucho.

—¿Lo suficiente como para besarme otra vez? —pregunto, y el corazón empieza a acelerárseme.

—No deberíamos.

—Hay muchas cosas que no deberíamos hacer. —Me inclino sobre sus labios y siento su aliento acariciando los míos—. A veces tenemos que hacerlas de todos modos.

Capítulo 11

Bryn

Matt me besa después de decir eso. Su boca roza la mía suavemente antes de separarse y esbozar una rápida sonrisa. Se agacha y vuelve a besarme, esta vez de verdad, con pasión y lengua y pequeños gemidos y gruñidos graves. Me pierdo en su sabor, en la forma en que aprieta mis dedos entre los suyos, en cómo sus dedos me sujetan la barbilla y me acarician la piel con delicadeza.

Aquí mismo, en un reservado en mitad de un restaurante en pleno Times Square, Matt me besa con todo. Después de oír fragmentos de mi sórdida historia, es como si no le hubiera afectado. Mostró la emoción adecuada en cada momento —sorpresa, horror y asco—, pero nunca hacia mí. Era como si entendiera lo que pasó.

Y me ha besado a pesar de todo.

Alguien se aclara la garganta y, al separarme de Matt, veo al camarero delante de nuestra mesa, con una bandeja con nuestros platos y una sonrisa de suficiencia en la cara. Matt se aparta de mí a regañadientes y me suelta la mano mientras el camarero recoge su entrante, que apenas ha comido.

Tengo delante la tarta de caramelo salado y se me hace la boca agua al verla. Es una tarta blanca con salsa de caramelo y frutos rojos por encima. El olor dulce y pegajoso me hace respirar hondo y se me dibuja una pequeña sonrisa en la cara. Miro a Matt y veo que me observa, con expresión hambrienta, y se ha olvidado del enorme filete que tiene delante mientras sigue mirándome.

—Disfruten de la cena —dice el camarero antes de marcharse, y no puedo evitar pensar que sí, que vamos a disfrutar de la cena.

Pero lo que más me apetece es lo que vamos a hacer después.

Sé que Matt siente lo mismo.

—¿Has visto mi habitación? —pregunta Matt en cuanto me mete dentro del ascensor vacío, con mi mano entrelazada en la suya.

Digo que no lentamente con la cabeza y me encanta lo cerca que estoy de él. Veo la barba oscura que le salpica las mejillas y la cicatriz que tiene justo debajo de la barbilla. Me mira de arriba abajo, con cercos oscuros bajo los ojos que indican que no ha dormido muy bien. Teniendo en cuenta lo ocupado que ha estado últimamente, no me sorprende.

—Estoy segura de que tenemos habitaciones idénticas —le digo, y espero que se dé cuenta de que le estoy tomando el pelo.

—Ah, la mía es mejor. Casi puedo garantizarlo. —Me aprieta la mano y me acerca contra su cuerpo, de modo que estoy de pie delante de él, de espaldas a él. Me suelta la mano, apoya sus grandes y cálidas palmas en mis hombros y empieza a masajeármelos—. Estás tensa.

No tengo valor para decirle que es él quien me pone tensa. Toda la tensión sexual que ha surgido entre nosotros en las últimas semanas y meses me ha desbordado.

Las puertas del ascensor se abren y Matt me empuja para que salga con él detrás. Nos dirigimos a su habitación y espero nerviosa mientras él introduce la tarjeta en la ranura y la lucecita que hay sobre la manilla se vuelve verde. Abre la puerta y yo entro después que él. Se me escapa un grito de sorpresa cuando se gira y me aprieta contra la puerta.

Sus manos se apoyan en mi cintura, me sujeta y acerca la cabeza a la mía. Nuestras bocas se encuentran. Exhalo contra sus labios. Lo siento sonreír y luego profundiza el beso y ya no hay tiempo para respirar, pensar o decir una palabra.

Lo único que puedo hacer es saborear. Deleitarme en la sensación de su boca sobre la mía y sus dedos clavándose en la tela de mi vestido, en mi piel. El frío metal de la puerta choca contra mi trasero, junto con el calor puro que irradia el enorme cuerpo de Matt cuando se acerca tanto a mí, es lo único que veo, siento y huelo. Me embiste con la lengua, sus manos tiran de la tela de mi vestido y la levantan, la levantan hasta que siento aire frío en los muslos y me doy cuenta de que me está subiendo la falda.

Separo mis labios de los suyos, desesperada por que vayamos más despacio. Mi cerebro necesita ponerse al día con mi cuerpo antes de que haga algo realmente loco y estúpido.

—Pensaba que ibas a enseñarme tu habitación.

Matt desliza su boca a lo largo de mi cuello y lo cubre de besos calientes y húmedos. Se me doblan las piernas con solo su boca apretada contra mi

cuello, y me sujeto a él por miedo a caerme.

—Creía que habías dicho que tu habitación era exactamente igual que la mía —susurra contra mi piel.

—Aun así, me gustaría verla. —Le aprieto los hombros e intento que retroceda un poco sin tener que decirlo.

Necesito espacio. Me gusta tenerlo ocupando mi espacio, pero, aun así…

No se me dan muy bien este tipo de cosas. No tengo mucha experiencia. Máxime con un hombre seguramente tan experimentado como Matthew DeLuca, que en su vida anterior como jugador de béisbol debió de tener mujeres hermosas que se le echaban encima todo el tiempo.

Levanta la cabeza, su mirada oscura se cruza con la mía y luego suelta las manos de mi cintura mientras se aleja.

—Vamos, entonces. Te enseñarte la habitación.

Me vuelvo a poner la falda en su sitio y lo sigo hasta el interior de la habitación, con las piernas aún temblorosas por la potencia de su beso y su tacto. El efecto que produce en mí es tan poderoso, tan increíblemente abrumador, que no sé qué pensar ni cómo.

—¿Y? ¿Es igual que la tuya? —pregunta mientras nos acercamos a la ventana que da a la ciudad.

Miro a mi alrededor, me fijo en las orquídeas, la colcha rosa brillante a los pies de la cama y los elegantes muebles de cristal.

—Tenías razón. Es casi idéntica.

—Entonces debes de tener un jefe estupendo —dice con una sonrisa en la comisura de los labios. Dios, qué atractivo es—. Pues te aloja en un hotel de lujo como este.

—Es bastante genial —digo, con voz suave—. Es inteligente, tiene éxito, es extremadamente rico, pero nunca presume de ello. De hecho, tiendo a olvidarme de lo rico que es.

Su sonrisa se desvanece y su expresión se vuelve seria.

—¿Prefieres olvidarlo, Bryn? ¿Te intimida mi estatus financiero?

Me encojo de hombros y trato de hacer a un lado mis preocupaciones de pueblerina para que no salgan a la superficie, como siempre intentan hacer cuando hablo de dinero, estatus y riqueza.

—Un poco —admito.

Es algo de lo que nunca me había dado cuenta. Matt puede tener lo que quiera. Puede salir y comprar lo que quiera; tiene tanto dinero… Es

multimillonario, por el amor de Dios, y, sin embargo, no vive en una mansión gigantesca y nunca le he visto conducir un coche escandalosamente lujoso más allá de su discreto —pero fantástico— Range Rover. No es ostentoso ni escandaloso, como supongo que puede ser su padre.

Y encuentro eso extremadamente atractivo, la sencillez con la que vive. Si fuera un hombre tan descarado y rico como Archer Bancroft, que me intimida cada vez que estoy cerca de él, no creo que hubiera sido capaz de tratar con Matt.

Pero él no es así en absoluto. Es gentil, amable, dulce, trabajador y muy atractivo.

—Que no te intimide. —Se acerca a mí y aprieta su boca contra la mía en un beso persistente y narcotizante—. Sin embargo, has olvidado mencionar una cosa sobre mí.

Le miro con el ceño fruncido y cedo a lo que he querido hacer toda la noche. Le toco la cara y le paso los dedos por la mejilla para sentir el ligero pinchazo de su barba contra la palma.

—¿Qué?

—Mi carismática apariencia. —Me besa tan profundamente que la cabeza me da vueltas, las piernas me fallan y me desplomo contra él, perdida en su sabor y en la forma en que me abraza por la cintura.

Me zafo de su abrazo sin mediar palabra y él me deja. Me acerco a la ventana, desesperada por ordenar mis pensamientos acelerados mientras contemplo la ciudad que se extiende ante mí. Aprieto los dedos contra el frío cristal, miro hacia abajo y contemplo las brillantes luces de Times Square, los millones de personas que parecen llenar las aceras, los coches, las calles.

—Tu vista me resulta familiar —le digo hablando por encima del hombro, y sonrío cuando siento que se detiene justo detrás de mí, igual que hizo cuando estábamos en el ascensor.

Pero esta vez no me toca los hombros.

Me pone sus grandes manos en las caderas y me las aprieta con fuerza antes de pasearlas por mi trasero.

—¿Nerviosa?

Cierro los ojos y me pierdo en su tacto confiado, en la forma en que aprieta y me masajea la piel. Me derrito por dentro cuando me va subiendo

la falda despacio, hasta que la tela se amontona justo debajo de mi trasero, mis piernas, mis muslos completamente expuestos.

—Sí —admito en un susurro.

—No te preocupes. Iré despacio —promete, y le creo—. Dios, tienes las piernas más sexis que he visto nunca. —Me agarra de las caderas y me empuja un poco hacia él, de modo que quedo doblada por la cintura y con el culo hacia fuera.

La forma en que me coloca es abiertamente sexual. Y, cuando se acerca y mi trasero roza la parte delantera de sus vaqueros, tengo que morderme el labio para no soltar un gemido.

—Échate en la ventana —me ordena, y lo hago manteniéndome en posición lo mejor que puedo.

Sus manos se deslizan por debajo de la tela, me tocan las caderas y sus dedos se enroscan en la fina cintura de mis bragas. Me las baja por las nalgas y los muslos, y yo le ayudo a quitármelas de un puntapié cuando se me enredan en los zapatos. Voy a quitármelos también, pero su enigmática orden me detiene.

—No te quites los zapatos.

Oh, Dios.

Matt

Sus bragas son de encaje blanco, un trozo de tela que probablemente apenas la cubría, aunque ahora nunca lo sabré, ya que se las he quitado de un tirón y ahora están tiradas en el suelo.

No se puede decir que vaya yo a protestar por ello.

Ella es pura contradicción. Inocente pero sexi, con cara angelical y cuerpo pecaminoso. En un momento es tímida y se muestra inexperta; al siguiente es una amante risueña y sensual que parece querer devorarme.

Me gusta. Me encanta, joder, y quiero descubrir más cosas sobre ella, todo lo que lleva dentro, todo lo que la hace ser quien es. Pero me lo oculta. Antes, en la cena, me contó retazos de su pasado. Es una mujer que ha huido de sus problemas. Se comporta como si pudiera huir de mí.

Pero no la voy a dejar. Después de esta noche, sabrá a quién pertenece.

A mí.

Llevo esperando este momento demasiado como para prolongarlo más, así que la sujeto por las caderas y me aprieto contra ella, dejo que sienta mi polla dura contra su culo exuberante. Agacha la cabeza y gime, y ese sonido agónico va directo a mi polla y, joder, ahora quiero penetrarla. Llenarla con mi polla y saber de una vez qué se siente al formar parte de ella.

Eso es lo que busco. Esa conexión, la unión de nuestros cuerpos, mentes y almas. Lo deseo, lo necesito, joder; entonces, agarro las puntas de su espeso y oscuro pelo y tiro de él suavemente hasta que se levanta y gira la cabeza para que pueda besarla con todo lo que llevo dentro.

Jadea contra mi boca y me rodea la cabeza con el brazo, manteniéndome cerca mientras nuestras lenguas chocan entre sí y nuestros cuerpos hacen lo mismo. Quiero poseerla así. Sé que no es la postura más romántica del mundo, pero en este momento no me siento muy romántico.

Me siento posesivo. Como si quisiera marcarla y hacerle saber que es mía. Dejo de besarla, la ayudo a quitarse el vestido y está ante mí con un sujetador de encaje blanco a juego, esos tacones negros tan sexis y nada más.

Joder, es preciosa. Le veo los pezones rosados, duros y punzantes contra el inocente encaje blanco, sus pechos tan llenos que amenazan con desbordarse por encima del sujetador.

—Quítatelo —le ordeno, señalándole el pecho.

Lo hace sin vacilar, se lleva las manos a la espalda para desabrochar el cierre y se quita el sujetador, que cae al suelo junto con las bragas. Está delante de mí completamente desnuda, salvo por los zapatos, mientras yo sigo totalmente vestido.

Joder, estoy acabado.

Al diablo con la apuesta del millón de dólares. Me importa una mierda si Archer o Gage descubren que he estado con Bryn. Lo hecho, hecho está.

Necesito tenerla.

Alargo la mano hacia atrás, cojo la cartera, la abro y saco el preservativo que guardo dentro. Hace meses que no estoy con una mujer. Tengo miedo de correrme en cuanto entre en el cuerpo de Bryn, pero cierro los ojos y respiro hondo para controlar mi libido.

Aunque va a ser tan jodidamente difícil.

—Quiero follarte aquí mismo —susurro mientras entro en su espacio, con su cuerpo desnudo pegado al frío cristal, y el mío, pegado al suyo—. Desde

atrás, contigo mirando hacia abajo, a las vistas. Preguntándote si alguien puede vernos.

Ella suelta un suspiro tembloroso.

—E-está bien.

—¿Eso te molesta? ¿Que lo hagamos así la primera vez?

Le beso la parte superior de la oreja, justo detrás. Le aparto su pesado pelo para rozarle la nuca con mi boca, a lo largo de su hombro. Su piel es suave, perfumada con ese aroma único que me vuelve jodidamente loco, y me inclino hacia ella durante un largo y prolongado instante, abrumado por lo que me provoca, por lo que me hace sentir.

—No —dice suavemente mientras gira sus caderas, su culo rozando mi erección cubierta de vaqueros—. C-creo que me gusta.

Cierro los ojos, aliviado de que me haya dado permiso. No quiero forzarla. Es frágil, lo noto, y esta noche no voy a meter la pata.

Le agarro la cara con una mano y ella se vuelve hacia mí, nuestras bocas chocan y las lenguas se deslizan una contra otra. Con la otra mano tanteo la hebilla del cinturón, desesperado por quitármelo para poder desabrocharme los vaqueros y sacarme la polla. Para ponerme el condón y penetrarla despacio, con cuidado al entrar en su cuerpo por primera vez.

Me recorre un escalofrío y dejo de besarla para tratar de controlarme un poco.

—Apoya las manos en la ventana —le digo; ella lo hace y abre las piernas, y yo retrocedo para contemplar sus preciosas profundidades rosadas.

Gimiendo, la toco y deslizo dos dedos entre sus piernas. Está empapada y yo termino de desabrocharme el cinturón y me abro la bragueta de los vaqueros. Se agita contra mis dedos, levanta sutilmente las caderas, rozo su clítoris y la oigo jadear y gemir.

Olvidando de forma momentánea mi afán por quitarme los pantalones, la acaricio más profundamente e introduzco mis dedos en su canal caliente y aterciopelado, lo que nos vuelve locos de lujuria. Quiero que se corra con mis dedos, quiero verla desmoronarse con mi mano, y empiezo a susurrarle obscenidades al oído. Lo mucho que quiero follármela, lo mojada que está, lo bien que se siente. Ella echa la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y la boca abierta mientras jadea frenéticamente, y luego se corre con mis dedos, sus paredes internas tiemblan y todo su cuerpo se estremece.

Tengo que entrar en ella. Ya.

En cuestión de segundos, me pongo el condón y entro lentamente en su cuerpo aún tembloroso, deslizándome profundamente, y gimo mientras la lleno por completo. Se relaja y yo me quedo quieto para dejar que se acostumbre a que esté dentro de ella, rodeándola, abrazándola. Su espalda está cubierta de una ligera capa de sudor, su fragancia es aún más intensa y me invade los sentidos, entonces, muy despacio, empiezo a moverme.

Dentro y fuera, mis movimientos son superficiales, burlones, mientras alargo el momento. Sus caderas empiezan a moverse con cada embestida, y pronto aumento el ritmo. Bryn sigue mi cadencia mientras empuja hacia atrás cada vez que yo embisto hacia delante, y me lleva cada vez más adentro, más profundo, hasta que no puedo meterme ya más. Estoy completamente dentro de ella.

Yo soy suyo. Y ella es mía.

—¡Más fuerte! —exclama cuando reduzco la velocidad, con ese familiar cosquilleo en la base de la columna que me dice que estoy a punto de correrme y que va a ser a lo grande.

—Cariño, si lo hago, me corro ahora mismo —confieso con los dientes apretados.

—No pasa nada —susurra, y gira la cabeza para mirarme por encima del hombro. Su expresión es de asombro y puro placer—. Por favor, Matt.

No hace falta que me lo suplique. Me agarro a sus caderas y empiezo a moverme dentro de ella con fuerza. Una y otra vez, cada vez más fuerte, hasta que me corro, y su nombre sale de mis labios mientras estallo una y otra vez. Mi orgasmo es intenso mientras me quedo quieto sobre ella, incapaz de moverme, solo capaz de deleitarme con la exquisita sensación de correrme dentro de Bryn por primera vez.

Capítulo 12

Matt

Estoy en la cima del puto mundo. Me he quedado dormido con Bryn entre mis brazos, con su cuerpo desnudo envolviendo el mío, y su pelo perfumado en mi cara. Nos despertamos dos veces en mitad de la noche, y nos corrimos fácilmente, con tanta facilidad, las dos veces. La primera fue por iniciativa mía, cuando empecé a besarla a lo largo de su cuerpo, entre las piernas, hasta que la tuve retorciéndose y deshaciéndose bajo mis labios y mi lengua.

Ella me devolvió el favor, acogiéndome tan profundamente dentro de su boca que gemí tan fuerte que puede que despertara a toda la planta del hotel. Me hizo correrme en un tiempo vergonzosamente corto.

La segunda vez fue ella quien me despertó. Era su turno de besarme por todo el cuerpo, y me volvió loco con su boca exuberante y húmeda. Al final cogió un condón, me lo puso y me cabalgó hasta que me desmayé, y se hizo correrse a sí misma apretándose contra mi polla.

Eso fue excitante. Tan caliente que agarré su cuerpo y la volteé para que quedara clavada debajo de mí y me introduje dentro de ella una y otra vez, y me corrí hasta que quedé jadeante y exhausto.

Nos desplomamos abrazados y dormimos el resto de la noche hasta que la alarma de mi móvil nos despertó y nos recordó la única finalidad de que estuviéramos aquí.

El congreso.

Nos duchamos juntos antes de que ella se pusiera una albornoz y nos metiéramos en su habitación, donde siguió arreglándose. Luego cogimos un taxi juntos hasta el congreso, ya que hacía un tiempo de mierda.

La tuve cogida de la mano durante todo el trayecto, nuestros dedos entrelazados con toda tranquilidad, a modo de estampa de nuestra relación y de cómo me sentía. Normalmente ese tipo de cosas me dan mucho miedo, pero esta vez no. No con Bryn. La quiero en mi vida. No me importa que

trabaje para mí. Joder, puede convertirse en mi socia, ayudarme a llevar la bodega, a tomar decisiones…, todo lo que ya hace.

Me gusta tanto la idea que sé que voy a mencionárselo esta noche, cuando volvamos a vernos al terminar las actividades del día en el congreso. Puede que se resista y diga que no se merece el puesto, y hay algo de lo que me he dado cuenta desde que empecé a trabajar con ella: Bryn no cree mucho en sí misma.

Pero debería. Tiene talento y es inteligente, y me mantiene en el buen camino como nadie. Ofrece opiniones reflexivas y siempre piensa en el futuro cuando se trata del negocio. Bryn tiene la Bodega DeLuca como prioridad, y ella es exactamente lo que necesito.

Bryn es todo lo que necesito.

Ando todo el día como un gilipollas enamorado, que es más o menos como me siento. No me puedo concentrar, no me puedo centrar en lo que está diciendo el ponente de un congreso muy importante y al que tenía muchas ganas de asistir. En lugar de eso, hago rebotar el pie contra el suelo, pensando en la noche anterior. En cómo fue tener a Bryn en mis brazos. En el sabor de sus pezones. En los sonidos que hace y su aspecto cuando se corre. En esa sonrisita de satisfacción que ha dibujado en sus labios esta mañana cuando le he dado la vuelta y le he dicho que se duchara conmigo.

Sí, no puedo dejar pasar nada de eso. No quiero dejar pasar nada de eso. Realmente creo que Bryn y yo podríamos hacer que esto funcione.

Primero tengo que asegurarme de que está interesada en ir más allá de una simple aventura que ha tenido lugar en un viaje.

Cuando por fin llego al hotel, sé que ya está aquí porque me ha enviado un mensaje hace una hora. Estoy ansioso, dispuesto a contarle mis grandes ideas sobre nuestro futuro personal y empresarial juntos, ideas que he planeado cuando debería haber estado escuchando el futuro de la viticultura.

Ah, bueno, a la mierda. Prefiero pensar en Bryn.

Pero, en cuanto entro en la habitación del hotel, noto que el ambiente ha cambiado. Está sentada en el borde de la cama —le di una llave antes de irnos—, con la cabeza agachada mientras consulta algo en el móvil. Tiene los hombros caídos y el pelo le tapa la cara. Algo va mal.

Puedo sentirlo en el aire.

—Hola —saludo, y dejo que la puerta se cierre suavemente detrás de mí —. ¿Estás bien?

Levanta la cabeza, su mirada acuosa se cruza con la mía y el corazón me da un vuelco en el pecho. Ha estado llorando. ¿Por qué? ¿Por mí?

Dios, espero que no.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras corro hacia ella, y me tiende el teléfono, apartando la cabeza para no tener que mirarme.

—Lee esto —dice, con la voz ronca por las lágrimas no derramadas.

Cojo su móvil y veo que tiene abierto un artículo de una importante web de cotilleos. Hay una foto borrosa de Bryn y yo en la ventana, con su falda ceñida a la cintura y las bragas blancas a la vista. Hay que ser muy tonto para no darse cuenta de lo que estamos haciendo. Estoy de pie detrás de ella, con las manos apoyadas en sus caderas.

Solo el titular ya hace que se me caiga el alma a los pies.

¡EL EXJUGADOR DE BÉISBOL MATT DELUCA RECORRE LAS BASES CON SU SECRETARIA!

—Mierda —digo en voz alta, y me desplomo en el borde del colchón.

Me siento justo a su lado y empiezo a hojear el artículo.

Habla de Bryn y de mí, de que ella trabaja para mí desde que me hice cargo de la bodega y de que llevamos meses manteniendo un tórrido romance. La fuente no identificada habla de nuestra supuesta aventura y de que será la ruina final de mi nueva aventura empresarial si no controlo.

Y ¿qué es lo que da la puntilla? La fuente continúa diciendo que soy igual que mi padre, que se ha visto envuelto en un escándalo tras otro desde el principio de su carrera con los Oakland A’s.

De tal palo, tal astilla, la manzana no cae lejos del árbol. Aunque, al menos, el padre siempre parece caer de pie. Veremos si su hijo puede hacer lo mismo.

—¿Quién coño ha podido hacer esto? —pregunto con tristeza, y empujo el teléfono hacia ella. Tengo mis sospechas. Pero aún no quiero decirlas en voz alta—. Tenemos que averiguar quién está detrás de cada palabra de este estúpido y engañoso artículo.

Su cabeza sigue agachada, como si no pudiera soportar mirarme.

—No son mentiras. Es la verdad.

—No era la verdad hasta anoche, y eso no cuenta —le digo mientras saco mi teléfono y encuentro unos cuantos mensajes de texto de Archer y Gage, ambos preguntando qué demonios está pasando con el artículo que se está publicando por todas partes.

Ah, y tengo un mensaje de voz de mi padre. Interesante.

Me niego a escucharlo. No ahora, delante de Bryn. Necesito mantener mis emociones bajo control para no enfadarme.

Creo que mi padre ha podido tener algo que ver con esto. El tono de todo el artículo me hace pensar que él está detrás. El hecho de que en el artículo se le mencione varias veces cuando no ha estado en el candelero en años me hace sospechar de él.

—¿No cuenta? —Levanta la cabeza y sus ojos furiosos se encuentran con los míos—. ¿Estás diciendo que lo que pasó entre nosotros anoche no cuenta?

—Para nada estoy diciendo eso. Claro que no. —Niego lentamente con la cabeza, asombrado por toda la emoción que veo arder en su mirada—. Creo… Creo que mi padre podría estar detrás de esto. Dios sabe cuándo intentó vender este artículo por primera vez, quizá justo después de la inauguración, cuando tú con tanta amabilidad le echaste y le mandaste a paseo.

—No le eché con amabilidad —replica—. Me dijo cosas horribles y básicamente me acusó de ser una puta y de acostarme con su hijo. Ah, también me dijo que cuando me hartase de ti podía ir a acostarme con él cuando quisiera. Ya sabes, porque los dos sois muy parecidos y todo eso. —Suelta un pequeño sonido de enfado que es un cruce entre un gruñido y un chillido—. Ese hombre es un cerdo.

Joder. ¿Qué me vas a contar? Y ¿lo peor? Que es mi padre. Y se supone que yo soy como él.

—¿Te dijo eso? —pregunto débilmente, con una mueca de dolor cuando ella se levanta para mirarme, con una expresión de pura furia.

—¡Sí! Me hizo sentir como la mujerzuela barata que todos los demás parecen pensar que soy. Y, mira, le hemos dado la razón al tener relaciones sexuales. —Ella levanta los brazos—. Soy exactamente lo que todo el mundo dice que soy. Una puta estúpida que se acuesta con cualquiera, que

se mete en la cama con su jefe porque es demasiado tonta para hacer otra cosa.

Me levanto, la agarro por los hombros y la sacudo un poco.

—No. Deja de llamarte cosas tan horribles. Tú no eres así. Llevamos meses luchando contra esto e intentando hacer lo correcto, Bryn. Meses. No te metiste en la cama con tu jefe porque seas demasiado tonta. Espero que te hayas metido en mi cama porque te importo tanto como tú a mí.

Bryn

Miro fijamente a Matt a los ojos, sorprendida por sus palabras, por su franca defensa de mí. No sé qué decir. Estoy abrumada, triste, avergonzada. Al menos mi nombre no aparece en el artículo, aunque no hace falta. Ahí está la foto como prueba de que soy yo. Todos los de la bodega verán el artículo y la foto, y yo me convertiré en el hazmerreír. La gente de la comunidad oirá los rumores y sabrá que soy yo quien supuestamente tiene una tórrida aventura con mi jefe.

Es el tipo de humillación de la que he intentado huir desde que Brian Fairbanks me perseguía por su oficina. Me había mantenido a flote sin que me afectara, todos estos años.

Pero, mírame ahora, metida hasta el cuello en un escándalo enorme, y no tengo a nadie a quien culpar, salvo a mí misma.

—Di algo. —Matt me da otra pequeña sacudida, y me saca de mis pensamientos—. Necesito saber si quieres esto tanto como yo.

—¿Querer qué? —pregunto, aturdida.

—Querer un nosotros —dice, su boca sombría, sus ojos oscuros, insondables—. Dímelo. Necesito oírtelo decir.

—N-no sé cómo me siento, Matt —digo con sinceridad, horrorizada al ver la devastación que le cruza el rostro.

Dios mío. No se me da bien hacer este tipo de cosas por mucho que lo intente.

—Así que no quieres estar conmigo —dice, con voz apagada al soltarme.

—Nunca he dicho eso. —Observo cómo me da la espalda y se pasa la mano por el pelo, y se le escapa un sonidito de exasperación. Me duele el corazón, me duele todo el cuerpo por ir hacia él. Por ofrecerle consuelo y

hacerle saber que no dejaremos que este contratiempo rompa lo nuestro. Podemos sobrevivir a esto. Pero no sé si es la verdad—. No sé lo que quiero —digo al ver que él no habla—. Anoche fue… Fue increíble. Una de las mejores noches de mi vida, pero, después de ver este artículo hoy y la foto, no sé qué pensar. Sobre que estemos juntos. ¿Tendremos que enfrentarnos a este tipo de cosas el resto de nuestra relación? ¿Podremos sobrevivir a este tipo de escrutinio?

Tengo miedo no solo de los medios de comunicación, sino también de lo que los demás puedan pensar de nosotros juntos. Sus amigos, sus colegas del sector. No quiero hundirle.

No quiero avergonzarle.

Se vuelve hacia mí, con una expresión llena de confusión, rabia y frustración. Me siento fatal. Soy yo quien le está haciendo esto, quien le hace pasar por todo esto.

—Esto ha sido un accidente, Bryn. No soy de interés público, y menos desde hace más de un año. A nadie le importa que tenga una bodega en el valle de Napa, excepto a la gente del maldito valle de Napa. Por lo demás, hace tiempo que la gente se ha olvidado de mí. Algún nuevo y joven jugador ha ocupado mi lugar, y me parece bien. He seguido adelante. Pero ¿mi padre? Él no soporta que yo haya dejado de ser de interés público. Y detesta que él también haya dejado de serlo. Ha alimentado a los medios con historias sobre mí durante años.

—¿De verdad crees que está detrás de esto? —pregunto incrédula.

Puede que mi abuela me saque de quicio y me haya dado muchas dosis de mano dura, pero nunca me sabotearía descaradamente, ni difundiría semejantes mentiras.

Coge el teléfono, pulsa un botón y se lo lleva a la oreja, con expresión sombría y los ojos encendidos de ira. Debe de estar escuchando el buzón de voz o algo así. Espero nerviosa y me cruzo de brazos, con la mente a mil por hora.

¿Y si el fotógrafo hizo más fotos? ¿Y si publican más en los medios en los próximos días? Dios, ¿qué nos hará eso?

—Me ha dejado un mensaje preguntándome si había visto el artículo, y sonaba como un gilipollas engreído —dice Matt. Al hablar, me saca de mis pensamientos—. Y, claro que sí, sobre todo después de lo que me acabas de contar. Si te dijo ese tipo de cosas, entonces podría estar detrás de todo esto.

Quiero decir, nadie más mencionaría a mi padre, y resulta que él aparece en este tonto artículo. Es nuestra fuente no identificada. —Exhala ruidosamente y se pasa los dedos por el pelo—. Me pregunto cuánto le habrán pagado a ese capullo por difundir estas mentiras. Me pregunto a quién habrá hecho seguirnos.

—Cierto. Y ¿quién sabe si aparecerán más fotos? Me moriré si eso ocurre, lo juro. No puedo vivir así —digo, con voz suave pero firme mientras por dentro mis nervios son un caos absoluto—. No puedo, Matt.

—¿De qué estás hablando? —me pregunta, y cierro los ojos, temerosa de mirarle, asustada de ver la tristeza en su mirada.

—Tener que lidiar con este tipo de cosas hundirá mi autoestima, y ya está bastante destrozada. —Abro los ojos de golpe y me encuentro con su mirada, una mirada fija, con el asombro escrito en su atractivo rostro—. Nunca podré escapar de la sombra de ser la rompehogares, la chica fácil. La zorra tonta que se acuesta con su jefe porque cree que eso es lo que debe hacer.

—Pero eso no es lo que tenemos, Bryn. ¿No lo ves? Esto no tiene nada que ver con que yo sea tu jefe, y tú, mi ayudante. Lo que tenemos, lo que compartimos anoche, tiene que ver con que somos un hombre y una mujer que se sienten atraídos el uno por el otro. —Hace una pausa y me mira fijamente—. ¿Verdad?

Solo puedo mirarle, sin saber qué decir ni cómo defender mis sentimientos. Son lo que son, y no tengo explicación para ellos. Simplemente están ahí. Y no van a desaparecer pronto. No es tan fácil.

Pero no le digo nada de eso. No lo entendería. Es rico, está establecido y no duda en ir tras lo que quiere, ya sea una nueva carrera profesional, una nueva mujer…, lo que sea.

A mí, en cambio, me falta confianza. Soy joven, no tengo dinero y me esfuerzo por mejorar, pero, cada vez que creo que he mejorado, la fastidio y acabo dando cuarenta pasos hacia atrás.

Hasta que acabo justo donde empecé.

—No lo sé —admito suavemente—. No estoy segura de que esto vaya a funcionar.

—Bryn. —Su voz se quiebra al pronunciar mi nombre, y dicho sonido me rompe el corazón—. No hagas esto. No digas eso.

—Iba a renunciar cuando volviéramos a casa —confieso; quiero que sepa la verdad—. Iba a darte dos semanas. Después metería todas mis cosas en cajas, la llevaría a la parte de atrás de mi Saturn y volvería a Cactus. Mi abuela dice que puedo quedarme con ella hasta que encuentre trabajo.

Ahora parece enfadado de verdad.

—¿Ibas a dar tu preaviso para volver a Cactus? ¿Te has vuelto loca?

Me encojo de hombros, enfadada porque sea tan crudo.

—No tengo nada que me retenga aquí. —Es mentira.

Él podría retenerme aquí, pero no funcionaría. Y no sería lo mejor para mí. Solo terminaría cometiendo otro error y haciéndonos quedar mal a los dos.

Está mejor sin mí. Y no sé si es verdad, pero probablemente yo también esté mejor sin él.

—No tienes nada más. —Su voz es monótona, y su mirada es inexpresiva —. Así que lo que pasó anoche no importa.

—No cuando acabará haciéndonos daño, como sin duda ocurrirá. —Me acerco a él, pero da un paso atrás, como si no quisiera estar cerca de mí—. No estoy segura de que estemos hechos el uno para el otro —admito.

Me mira fijamente, con la boca torcida.

—Así que ¿todavía quieres dar tu preaviso?

Lentamente, asiento con la cabeza, ignorando la oleada de pánico que amenaza con consumirme ante mi silenciosa confirmación.

—Entonces, acepto tu preaviso. Ni siquiera necesitas darme dos semanas. Hemos terminado. —Su voz, su expresión son definitivas, y juro que tengo ganas de echarme a llorar de forma desconsolada.

Pero no lo hago. Me quedo callada, serena. Cómo lo consigo, no estoy segura.

—Creo que deberías intentar llamar y cambiar tu vuelo para que puedas volver a casa esta noche —sugiere, con la voz entrecortada—. Te reembolsaré los gastos del cambio, que seguro que serán enormes.

—Vale. Me iré esta noche. —Levanto la barbilla; me niego a que me vea derrumbarme.

Esto era lo que yo quería después de todo.

¿No?

Capítulo 13

Matt

Dos semanas después

—Por fin respondes. —Me froto la mandíbula, la barba incipiente pinchándome la palma de la mano. Llevo días sin afeitarme y he dormido fatal.

—Sigues llamando a mi maldito teléfono, así que sí, he contestado —dice mi padre, y suena francamente hostil—. ¿Qué quieres, hijo?

Quiero a Bryn. La echo de menos. No soporto lo que pasó entre nosotros, lo fácil que se vino abajo nuestra relación. Solo por una foto un poco escandalosa y unas cuantas palabras en un montón de sitios web de chismes de mierda.

Joder, era una foto muy escandalosa, y a Bryn le dio muchísima vergüenza. Se sintió muy vulnerable. Yo estoy acostumbrado a que esas páginas de cotilleos digan un montón de mentiras y difundan rumores. Bryn no.

Estaba enfadado cuando me fui de Nueva York. Ahora estoy… triste. Ella se marchó. No sé exactamente adónde, pero sé que no soportaba estar cerca de mí ni un minuto más. No se puede decir que yo llevara demasiado bien nuestra última conversación en Nueva York. En el momento en que descubrimos el artículo y la foto, todo se fue a la mierda.

La noche más increíble de mi vida con la mujer más increíble que he conocido, arruinada. Así de simple.

—Quiero saber por qué —digo finalmente, luego hago una pausa.

Espero la respuesta que estoy seguro de que nunca llegará.

—¿Por qué qué? —Oh, no suena inocente.

—Ya sabes. —Respiro hondo, intentando mantener mi ira bajo control—. ¿Por qué hablaste con los medios? ¿Cuánto te pagaron? ¿Mereció la pena? ¿Que esas fotos de mi inocente asistente se difundieran por internet?

—No parecía tan inocente en esa foto. —Mi padre tiene el descaro de reírse, el muy cabrón.

Cierro los ojos y cuento hasta cinco. Me está provocando, y estoy seguro de que el muy imbécil se da cuenta de ello.

—Yo estoy acostumbrado a que me trates de esa manera. Puedes arrastrar mi nombre por el barro. No me importa. Pero no metas a Bryn en esto. Ella no merecía ese tipo de humillación pública, y lo sabes.

—Me humilló en tu elegante fiesta de la bodega —dice, con la voz llena de veneno—. Cree lo que quieras, pero a la larga verás que lo que he hecho es lo mejor para ti. No necesitas que esa tonta golfa te arruine.

Su confesión casual me revuelve el estómago. Sabía que lo había hecho él. Oírselo decir por fin me reafirma en que estoy a punto de hacer lo correcto.

—Bryn James es lo puto mejor que me ha pasado nunca, y tú lo has arruinado. Lo arruinaste con tus chismes a los medios. Espero que te hayan pagado lo suficiente para que todo esto valga la pena.

—Hijo, ha merecido la pena porque ha hecho que tu nombre vuelva a estar en boca de todo el mundo. Apuesto a que has visto un repunte en la bodega, ¿tengo razón? ¿No querrás que la gente te olvide? Sigues siendo importante. Un héroe para muchos. Igual que yo —dice mi padre con suficiencia.

—No eres el héroe de nadie, gilipollas. No quiero volver a verte ni a hablar contigo. —Estoy furioso.

Me pongo literalmente rojo y me aparto el teléfono de la oreja, dispuesto a colgar, cuando oigo su voz.

—No me cortes tan rápido, Matt. Soy lo único que tienes en este mundo. Y lo sabes.

No es verdad. Tengo a mis amigos. Archer y Gage. Ivy y Marina. Y, con suerte, volveré a tener a Bryn.

—No te necesito —murmuro al teléfono, y cuelgo.

No necesito a Vinnie DeLuca para nada.

Lo que, por supuesto, sí que necesito son mis amigos. Y, más que nada, necesito a Bryn.

Pero, primero, necesito encontrarla.

—Si antes creía que estabas mal, últimamente te has convertido en un ser huraño —dice Archer negando con la cabeza cuando me detengo en la mesa que comparte con Gage—. No sé si esta idea de los cuarenta y cinco días era tan buena, después de todo.

—No lo era. A la mierda los cuarenta y cinco días. —Lo último en lo que pienso es en la estúpida apuesta. Me dejo caer en una silla, sin apenas mirar a la camarera medio desnuda que aparece en nuestra mesa—. Vodka doble, solo. Que sea Grey Goose —murmuro.

—¿Desean algo más? —La voz de la camarera es alegre.

La miro de reojo y me fijo en su falda corta y en el top que deja al descubierto el vientre y se ciñe a sus enormes pechos. No me molesto en mirarla a la cara. Por su forma de vestir, está claro que no tiene intención de que se la mire ahí.

Estamos en un bar deportivo local que es conocido por sus camareras espectacularmente guapas. Archer me pidió por mensaje de texto que quedara con él y Gage allí para tomar algo después del trabajo. Así que aquí estoy, abatido y dispuesto a ahogar mis penas en alcohol.

Quizá hemos venido aquí porque están tratando de tentarme de alguna manera. Dado que todavía estamos dentro del tiempo de la prórroga de la apuesta, estoy seguro de que buscan cualquier forma de conseguir que yo la pierda. La camarera está buenísima.

Me importa una mierda. Lo único que quiero es a Bryn.

—De momento estamos bien, gracias —dice Archer.

Su botella de cerveza está llena, al igual que la de Gage. Los dos me observan como si hubiera perdido la cabeza. Siento sus ojos clavados en mí, pero yo miro fijamente la mesa y golpeo con los dedos el borde de la madera.

—La falta de sexo te ha vuelto irascible —empieza Gage, y yo levanto la cabeza para mirarle. Se calla.

—Y enfadado —añade Archer—. ¿Qué pasa?

¿Debería decírselo? Mi estado de ánimo no tiene nada que ver con la falta de sexo y sí con el mejor sexo que he tenido en la vida con la mujer más hermosa que he conocido. La misma mujer que salió de mi vida hace casi dos semanas.

La mujer de la que estoy enamorado, pero fui tan cobarde que ni siquiera pude decírselo.

—Viste el artículo de la página web de chismes, ¿verdad? —digo, pensando que podría empezar por el principio.

Pero ¿se han olvidado ya? Sé que están enfrascados en lo suyo, ya que los dos están ocupados, ocupados con el trabajo y las mujeres que aman.

Qué suerte tienen los cabrones.

Además, los he evitado por miedo a que quieran hablar de ello. Llamarme la atención por todo. He estado solo con mi tristeza y al final me han obligado a salir de mi agujero.

—Sí, y la foto. Insististe en que no había pasado nada entre vosotros. —Archer me lanza una de esas miradas escépticas de ceja levantada que tan bien se le dan—. Aunque no sé si creerte, con las bragas de Bryn a la vista.

—No deberías creerme —le digo, y sonrío a la camarera cuando, al servirme la copa, me pone delante su escote casi en la cara. Ignorando sus tetas, cojo el vaso, me bebo el vodka de un trago y se lo devuelvo—. Otro, por favor.

—Enseguida —responde, y asiente con la cabeza antes de marcharse.

—Joder, colega. Más despacio —replica Gage—. No quiero tener que arrastrarte borracho a casa.

Hago un gesto con la mano.

—Cogeré un taxi.

—No, no lo harás —dice Archer con firmeza—. Dinos qué ha pasado, Matt. ¿Dónde está Bryn? Ivy dice que se ha ido. Que ha dejado la ciudad. Parece un poco extremo.

—Sí, se ha ido. El artículo y la foto fueron demasiado para ella. Dejó el trabajo. Volvió a casa.

Odio a mi padre por provocar esto. Odio aún más que pensara que me estaba haciendo un favor. Aunque ella también se agobió conmigo. Dijo que, antes de que saliera ese maldito artículo, ya tenía pensado entregarme la carta de dimisión. Lo tenía pensado incluso antes de irnos a Nueva York. Iba a dejarme. Después de todo lo que pasó entre nosotros, antes de darme otra oportunidad, se iba a marchar. Estupendo. Tuve mi oportunidad, y aun así se largó. Mi corazón literalmente me duele por no tenerla cerca.

—¿Dónde está la camarera con mi copa? —murmuro, y miro a Archer y Gage.

Ambos están enfadados, aunque me importa poco. Siempre soy el simpático. El tipo despreocupado que no le importa una mierda a nadie.

Últimamente, soy lo más alejado de la amabilidad y la tranquilidad. Todos tienen suerte de que guarde la compostura porque siento que en cualquier momento podría perderla por completo.

—Hey. —La voz firme de Gage me hace encontrarme con su mirada—. ¿Qué te ha pasado con tu padre?

Me encojo de hombros. Sabían que Vinnie estaba detrás de esto; se lo dije cuando volví a casa. No he hablado de ello desde entonces. He estado demasiado ocupado regodeándome en mi miseria.

—Le llamé y me enfrenté a él nada más regresar.

—¿Y?

—Y al principio negó haberlo hecho. No dejaba de preguntar por qué le iba a hacer algo así a su propio hijo, pero yo se lo echaba en cara. Nunca le creí. Al final se lo saqué. —Niego con la cabeza, y doy las gracias en un susurro cuando la camarera regresa con una nueva copa.

Archer le hace un gesto con la mano para que se marche, al ver que ella se entretiene, y yo levanto el vaso hacia ellos como en señal de brindis.

—Admitió que avisó al reportero. Nos vieron a Bryn y a mí en un restaurante del hotel y allí nos hicieron algunas fotos. Pero luego, de alguna manera, nos vieron en la ventana de la habitación del hotel y llegaron a la conclusión de que esas eran las mejores fotos para subir a la página web. —Acabo la copa y la dejo sobre la mesa.

—Así que tu padre es el responsable —dice Gage, conmocionado en la voz. La cara de asco de mi amigo lo dice todo.

—Sí. El muy gilipollas —murmuro, y la tristeza me invade a pesar de mi enfado.

Que mi padre haya sido tan despiadado y haya podido hacerme algo así…

Es una mierda. Nuestra relación no tiene arreglo. Al menos por ahora. Ni siquiera puedo imaginarme hablar con él de nuevo, compartir algo personal con él o hablar con él tranquilamente. Coño, no le enviaría ni una maldita tarjeta de Navidad. Lo ha echado todo a perder.

Tendrá que venir arrastrándose de rodillas antes de que me plantee volver a dirigirle la palabra.

—Y Bryn se fue —dice Gage.

—Sí. —Asiento con la cabeza un poco mareado. Siento el alcohol corriendo por mi sangre y espero a que me entumezca. Le doy la bienvenida

al maldito entumecimiento—. Podemos cancelar la apuesta.

—Espera… ¿qué? —La expresión de confusión de la cara de Archer casi podría ser risible si no me estuviera ahogando en mi miseria.

—Cancelarla. No la voy a cobrar. No puedo. —Cojo mi vaso, recuerdo que está vacío y lo vuelvo a dejar en la mesa con un gruñido irritado—. Bryn y yo tuvimos sexo. Asombroso y fantástico sexo que nunca volveré a tener.

—Zorro astuto y mentiroso —empieza a decir Gage, pero Archer le lanza una mirada, y se calla.

—Y ella te dejó de todos modos. Eso es duro, hermano. Lo siento —dice Archer con cautela.

Es curioso cómo saber que está a punto de ser padre hace que un hombre de repente se vuelva compasivo. El Archer de antes se habría metido conmigo por esto sin parar.

El nuevo Archer, que está locamente enamorado de Ivy y emocionado por convertirse en padre, se ha vuelto… considerado con mis sentimientos.

Sí. Estoy teniendo un momento Oprah total. Culpo al vodka.

—Decir que es «duro» es quedarse corto. —Sonrío, pero siento como si mi cara se fuera a partir en dos—. ¿Sabes que esa estúpida página web publicó el artículo y luego no dijeron nada más? Otras webs lo recogieron, pero entonces estalló otro escándalo, ni siquiera recuerdo cuál. Y nos dejaron a Bryn y a mí en el olvido. En eso me he convertido, en alguien insignificante. Y ¿sabes qué? Me encanta. No echo de menos a los seguidores, ni a los fotógrafos, ni a toda esa mierda. Lo que echo de menos es jugar al béisbol. Siempre lo echaré de menos, pero, por lo demás, sí, lo he superado. Tengo una nueva vida: una nueva profesión que me encanta y he encontrado una mujer a la que también podría amar. Entonces, ella va y me deja.

Joder, sueno patético y malhumorado hasta para mis propios oídos.

—De acuerdo. Cancelamos la apuesta —dice Archer, con expresión de preocupación—. Pero…

—¿Vas a dejarla ir? —pregunta Gage, interrumpiendo a Archer—. ¿Te vas a limitar a dejarla marchar y olvidarte de ella?

Los fulmino con la mirada.

—¿Qué queréis decir?

La camarera me pone otro vaso de chupito delante, para disgusto de mis amigos, y yo le sonrío agradecido, mirándola a los ojos en lugar de a las tetas. Me pregunto si ella lo agradecerá.

Probablemente no.

—Ve tras ella —me insta Gage—. Ve a su ciudad natal y dile que quieres que vuelva.

Hago una mueca, me termino el chupito y vuelvo a hacer otra mueca cuando el vodka se desliza por mi garganta.

—Hacéis que parezca tan fácil.

—Eso es porque lo es —dice Gage con una ligera sonrisa burlona. Me gustaría borrársela de la cara de un puñetazo. Debe de ser el vodka—. Simplemente súbete a un avión, ve a ese pequeño pueblo perdido suyo y encuéntrala. No puede ser tan difícil averiguar dónde vive, su dirección. Cuando la veas, dile lo que sientes, y ya está.

Dejo que sus palabras calen hondo y se arremolinen en mi cerebro junto con una fuerte dosis de vodka. Podría hacer eso. Tal vez.

—¿Y si me rechaza?

—Entonces, al menos lo intentaste —contesta Archer—. Entonces no tendrás ningún remordimiento ni ningún «y si…». Los «y si…» te matarán, tío. Créeme.

Ajá. Tiene razón. Me pregunto cómo llegar a Cactus, Texas. Volando a algún lugar y alquilando un coche, supongo. No sé el nombre de su abuela. Pero apuesto a que todos sabrán quién es Bryn James. La mujer más hermosa, dulce, amable y sexi del mundo.

—Lo haré. —Cierro la mano en un puño y golpeo contra la mesa, y hago sonar mis vasos de chupito y las botellas de cerveza ahora vacías que hay encima—. Voy a organizar el vuelo ahora mismo. —Empiezo a levantarme, pero Archer y Gage agitan sus brazos como si trataran de hacerme señas o algo así.

—Más despacio, amigo —dice Gage, y niega con la cabeza con una risita mientras yo vuelvo a dejarme caer en la silla. La cabeza me da vueltas—. Primero tienes que despejarte. Mírate, tres vodkas dobles, y estás borracho.

—Lo que tú digas —murmuro, y mi mente se llena de imágenes de Bryn.

Bryn sonriente. Bryn de beis. Bryn desnuda. Bryn triste.

Frunzo el ceño. No quiero volver a ver triste a Bryn. Necesito encontrarla.

Necesito hacer mía a esa mujer de una vez por todas.

Capítulo 14

Bryn

—Niña, ¡más te vale limpiar ese gallinero, y rápido! Ese gallo parece listo para lanzarse a sus novias. ¡Seguro que no le gusta andar en medio de la mierda!

Suspirando, tiro el teléfono —el mismo iPhone que Matt ha dejado que me quede, a pesar de que me lo compró para el trabajo— en el colchón y salgo del dormitorio para ver qué está gritando ahora mi abuela.

Está junto al fregadero lavando los platos. Ojalá pudiéramos permitirnos un lavavajillas, pero eso es imposible. Mira por la ventana el gallinero del patio trasero, una estructura de aspecto frágil que uno de los vecinos le construyó hace unos años.

—¿Qué me has dicho que haga? —le pregunto, y mi voz suena resignada.

Y claro que lo estoy, cuando el único trabajo que encuentro en esta ciudad olvidada de Dios es hacer arreglos para mi abuela en casa. No me dieron el puesto en Lavar y Cortar para atender el teléfono y barrer pelos. Stacy Jo Nesbitt consiguió ese trabajo. Se graduó dos años después que yo, y ya tiene dos niños.

Se merece el trabajo mucho más que yo.

—El gallinero, niña. Es una tormenta de mierda de proporciones colosales, y ese gallo estúpido y malvado no soporta que se acumule la mierda. —La abuela se ríe otra vez.

Le encanta decir locuras y escandalizar a la gente. A medida que se hace mayor, empeora y normalmente la ignoro o me río con ella.

Pero hoy lo último que quiero hacer es reírme. Hace calor y no quiero estar ahí fuera recogiendo excrementos de pollo.

—¿Quieres que lo limpie ahora? —pregunto, con los hombros caídos.

—Claro que sí. Mira ese gallo. —Otra carcajada—. Va a picotear la cabeza de todas las gallinas que hay si no te ocupas de ello, y rápido.

Cuando me pongo al lado de mi abuela, veo que no exagera. El gallo se pavonea en el pequeño gallinero vallado y picotea la cabeza de toda pobre

gallina inocente que se le acerca.

El típico macho. Ese gallo es un completo imbécil.

—Vale —digo con un suspiro—. Voy a limpiarlo.

—No te olvides de las botas de agua —me dice según me dirijo al garaje —. ¡Y un cubo y una pala para que puedas recoger toda esa mierda!

Cojo el cubo y la pala que usa mi abuela para el gallinero y me calzo las viejas botas de goma que compré en Walmart hace años y que me ponía cuando llovía o nevaba, que es raro, pero, pasa. Son blancas y feas, están desgastadas tras años de uso, pero no me importa. Llevo una vieja camiseta de tirantes raída y unos pantalones vaqueros cortos. Tal vez la gente del gran valle de Napa se desmayaría si me viera, pero yo estoy aquí, en el patio trasero de mi abuela, sin nadie en kilómetros a la redonda.

No hay nadie a quien impresionar.

Rodeo la casa, me dirijo al gallinero y abro la puerta, luego levanto la pala para retener al gallo, que es un viejo imbécil y malo al que nada le gustaría más que saltar sobre mí por detrás y clavarme sus garras. Ya me lo hizo una vez, y, del susto, casi me da un infarto.

Pero esta vez estoy preparada. No puedes darle la espalda o te atacará por sorpresa, como si fuera tu peor enemigo.

Dios, si lo pienso, podría aprender muchas lecciones de vida aquí fuera limpiando el maldito gallinero. Me río y niego con la cabeza mientras empiezo a recoger los excrementos de las gallinas, que, no sé cómo, se han amontonado en forma de pequeños montículos dentro de la jaula.

Es bastante repugnante.

Ha pasado un mes desde que dejé Nueva York y volví a St. Helena. Fui a la bodega temprano a la mañana siguiente y recogí todas mis pertenencias personales de mi escritorio. Di mi preaviso en mi apartamento, sin importarme que tuviera que pagar otro mes de alquiler por incumplir con el contrato, aunque me marchaba en ese mismo momento.

Lo único que quería era largarme de allí.

Tardé unos días en recoger todas mis cosas, ultimar algunos detalles y prepararlo todo para la mudanza. Pero, cuando por fin estaba lista para irme, con todo ya embalado, y me dirigía a la gasolinera antes de salir pitando, decidí comprobar mi correo por última vez. Entonces encontré un cheque de la bodega DeLuca con el sueldo de tres meses. «Indemnización por despido», ponía en el concepto.

Aquel cheque me sorprendió y me emocionó hasta los huesos, a partes iguales. No quería aceptar su paga de compasión, pero tampoco iba a mirarle el diente a caballo regalado, como diría mi abuela.

Nunca he entendido bien ese refrán, pero da igual.

Así que fui al banco, ingresé todo ese dinero y me puse en camino. Tardé seis días, pero al final llegué y me encontré sin porvenir, sin fuerzas y más triste que nunca.

Echo de menos a Matt. He sido tonta al huir así de él y de mis sentimientos. Él estaba dispuesto a enfrentar los problemas a mi lado, y yo me alejé. Lo dejé ir, lo dejé escurrirse entre mis dedos como si no importara.

Dios, he sido tan idiota que se me saltan las lágrimas solo de pensarlo.

Pero llorar por nuestra relación perdida no va a traerle de vuelta ni a traerme paz. Metí la pata y tengo que afrontar las consecuencias. Digamos que es un error que cometí y una lección aprendida.

«No dejes escapar a un buen hombre», es lo que me dijo mi abuela cuando le conté lo que había pasado hace unas noches. Llevaba semanas guardándome mi historia, mi discusión con Matt, hasta que mi abuela me encontró llorando en el porche trasero y me preguntó a bocajarro qué demonios me pasaba.

Ese fue su único consejo cuando terminé.

«No dejes escapar a un buen hombre».

Demasiado tarde, abuela.

Suspirando, me froto la frente con la mano antes de empezar a recoger más excrementos. Debería haberme puesto unos guantes, pero se me ha olvidado. Al menos no estoy tocando la caca directamente, gracias a la pala.

Dios, qué transformación he sufrido. Hace un mes, estaba en Nueva York, alojada en el hotel más bonito que he visto en mi vida, ahora estoy limpiando excrementos de gallina.

Ay, qué bajo hemos caído.

Lleno casi hasta arriba el cubo con las cacas y amenazo constantemente con la pala al gallo cuando viene hacia mí, siempre a la defensiva con ese tipo. Empiezo a sudar, probablemente huelo mal y tengo los pies blandos y asquerosos con las botas de goma.

Voy a necesitar una ducha en cuanto termine con esta horrenda tarea. No me extraña que mi abuela no quiera ocuparse de ello.

—¿Bryn?

Me quedo quieta y giro la cabeza hacia la izquierda. Juro que acabo de oír la voz de Matt diciendo mi nombre. Estupendo. Ahora me estoy volviendo loca y oigo voces.

—Hombres horribles —murmuro, niego con la cabeza y apunto con la pala al gallo, que parece dispuesto a saltar sobre mí en cualquier momento —. Sois todos iguales. Listos para saltar sobre una mujer y destrozarla antes de que pueda recomponerse.

—Bryn, ¿qué demonios estás haciendo, hablando con una gallina?

Me enderezo del todo y me doy la vuelta lentamente, el sol me da de lleno en los ojos. Me los tapo con la mano y me encuentro con…

Dios mío, me encuentro con Matthew DeLuca de pie en el patio trasero de mi abuela, al otro lado del gallinero, guapísimo, con unos pantalones cortos caquis y un polo color vino tinto.

—No estoy hablando con una gallina —le explico, con voz débil—. Estoy hablando con un gallo.

—¿Hay alguna diferencia? —pregunta Matt, un atisbo de sonrisa curvando sus labios.

—No le digas eso al gallo. Lo único que conseguirás es cabrearlo —murmuro, me doy la vuelta y apunto con la pala a la criatura de la que hablo, que se había acercado más a mí debido a mi estado de distracción.

El corazón se me acelera y no me puedo creer que Matt esté aquí. Conmigo.

Pero ¿por qué?

—Tienes buen aspecto, Bryn.

Es un mentiroso. Parezco una loca, y lo sé. Me doy la vuelta para mirarle y levanto un pie, mostrando las botas.

—¿Te gustan?

—Son interesantes. Aunque prefiero verte con esos minúsculos *shorts* vaqueros. —Silba por lo bajo, y el sonido me produce una oleada de placer —. Tus piernas parecen muy largas con ellos.

Me da vértigo tenerlo aquí, conmigo, en Cactus, Texas, mirándome las piernas y diciéndome que tengo buen aspecto. Si alguien tiene buen aspecto es él, tan atractivo y guapo, con los pantalones cortos y el polo, el pelo oscuro desordenado y la cara cubierta por una sombra de barba incipiente.

Si no estuviera vestida como una tonta y de pie entre gallinas y sus excrementos, correría y me lanzaría sobre él.

—¡Mierda! —grito cuando un fuerte picotazo se clava en la parte posterior de mis rodillas. Me doy la vuelta y golpeo al gallo que me ha atacado. Le doy la espalda un segundo de más y mira cómo me trata—. ¡Maldito gilipollas! —grito, y blando la pala contra él.

Por suerte, se aleja y yo cojo el cubo y empiezo a caminar hacia atrás hasta que me topo con la verja del gallinero, justo detrás de mí. La desengancho a toda prisa y la cierro de golpe, después me apoyo en la malla metálica durante un breve momento de alivio mientras intento calmar mi acelerado corazón.

En cuanto me doy la vuelta, me encuentro con Matt, que está riéndose de mí tan fuerte que temo que se vaya a doblar y caer al suelo.

Matt

No debería reírme. Bryn ha estado a punto de llevarse el susto de su vida, si la expresión de su cara servía de indicación. No he tenido oportunidad de advertirle, y ha sido bastante chocante ver a ese gallo volar por los aires tan rápido. Un minuto estábamos coqueteando y charlando, y al siguiente un gallo rojo, salvaje e hinchado se ha abalanzado sobre ella, con las patas extendidas y las garras clavándose justo en la parte posterior de sus piernas.

Ha sido horrible. ¿La parte divertida? Los insultos que han salido de la boca de Bryn, aún más graciosos por su marcado acento. Estaba furiosa. Furiosa porque el gallo ha saltado sobre ella e intentado arrancarle un trozo de carne de las piernas.

—No tiene gracia —dice mientras se acerca, lo que me provoca una nueva carcajada.

—Oh, sí, sí que la tiene —digo entre jadeos.

Se detiene justo delante de mí y deja caer el cubo junto a sus botas. La miro, la miro de verdad mientras la risa se me corta en la garganta. A pesar de su alocado atuendo, está espectacular. La camiseta de tirantes está rota y manchada de lejía, y se le pega a los pechos, y esos pantalones vaqueros deberían estar prohibidos por ser tan cortos. No puedo evitar preguntarme si lleva bragas debajo, porque, si es así, deben de ser muy pequeñas.

Pero esas botas de goma blancas son el toque final. Nunca había visto a Bryn con este aspecto.

Me gusta.

—¿Qué haces aquí, Matt? —pregunta, luego clava la pala en el suelo, con los dedos aún agarrando el mango.

—He venido a buscarte. —Se me seca la boca cuanto más la miro.

Una tenue capa de sudor cubre su piel y, a pesar del cubo de excrementos de gallina que tiene a sus pies, puedo oler su adictivo aroma a mi alrededor.

—¿Por qué? —Su voz es tan suave, tan llena de dudas, que quisiera atraerla hacia mí y abrazarla.

Pero no. Todavía no. Puede que tenga que esperar hasta que se duche o, al menos, hasta que se lave las manos, pero muy pronto tendré a esta mujer entre mis brazos, eso seguro.

—Quiero que vuelvas conmigo, Bryn —le digo, así de simple—. Te echo de menos.

Sus labios se entreabren y sujeta el mango de la pala con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—¿Qué?

—Te echo de menos. ¿Tú también me has echado de menos? —Me acerco más a ella. Sus ojos se abren de par en par, y su lengua se escabulle para dar un rápido repaso a sus labios. Joder, quiero besarla—. Después de estar sin ti, me he dado cuenta de que te necesito.

—¿Como tu asistente?

Ah, mi Bryn. No puede creer que alguien la desee de verdad, ¿no? ¿No se sorprendería si supiera que he estado completamente perdido mientras ella no estaba?

—No como mi asistente. Te necesito en mi vida. Te deseo a mi lado, ayudándome a dirigir la bodega.

—Trabajando para ti —dice, con voz llana.

—Te pagaré, sí, ya que en teoría serás mi empleada, pero no como mi asistente. Serás mi socia. —Sonrío suavemente y doy otro paso hacia ella, hasta situarme justo enfrente de ella, y alargo la mano para posarla sobre la suya, que aún sujeta el mango de la pala—. Estoy enamorado de ti, Bryn. Y no quiero vivir más sin ti.

—Matt —empieza a replicar, pero le aprieto la mano, haciéndola callar.

—No protestes ni me digas que no quieres arruinarme o cualquier otra excusa loca que se te ocurrió la última vez que hablamos. No quiero oírlo. —Toco su mejilla con la mano libre, deleitándome en su suave piel—. Te quiero en mi vida. Quiero que vivas conmigo en California y que trabajes conmigo. Quiero que seamos socios y que hagamos crecer la Bodega DeLuca juntos. ¿Qué te parece?

Ella sonríe y sus ojos azules brillan llenos de lágrimas.

—Creo que estás loco.

—Tienes razón. —Incapaz de resistirme por más tiempo, me inclino y aprieto un suave beso en sus tentadores labios—. Estoy loco por ti, Bryn. Ahora di que dejarás de recoger mierda de gallina el resto de tu vida y vendrás a trabajar conmigo.

Bryn se ríe y las lágrimas fluyen libremente ahora.

—No lo sé. Déjame pensarlo.

—Qué mujer más cabezona —murmuro justo antes de besarla de nuevo, este beso, más profundo, más apasionado, lleno de lengua y dulces y bajos murmullos de placer procedentes de mi mujer.

Mi mujer. Mía. Esa es la única forma en que he pensado en Bryn desde que me dejó. Me ha llevado todo este tiempo armarme de valor para ir por fin tras la mujer que quiero.

—Y… ¿qué va a decir todo el mundo? —pregunta cuando se aparta—. Hablarán de nosotros. De que te estás tirando a tu asistente.

Me ofende bastante que haya simplificado nuestra relación de esa manera.

—No me estoy acostando contigo. Quiero estar contigo. Te quiero como mi socia. En los negocios, en la vida, en todo. Te quiero a ti. Que se joda cualquiera que cuestione eso.

Me mira boquiabierta, como si no se pudiera creer lo que le acabo de decir. Se aclara la garganta y murmura:

—Me preocupaba mucho cómo me afectaría todo esto. Estar contigo. No he tenido mucha suerte con los hombres, ¿sabes?

—Lo sé —digo en voz baja, con el corazón roto por ella. Parece asustada. Nerviosa. Esas son emociones que no quiero que sienta—. Estaría orgulloso de llamarte mi compañera en todos los aspectos de mi vida, Bryn. Eres inteligente y fuerte. Te necesito en mi vida. Más de lo que puedas imaginar.

Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas.

—¿En serio? —pregunta incrédula.

Inclino la cabeza, mi boca se cierne sobre la suya.

—Te quiero de verdad. Te quiero —susurro contra sus labios, mientras meto los dedos en su espeso y hermoso pelo—. Ven a casa conmigo, Bryn. Quédate conmigo. Te necesito.

Sonríe y se le escapa una risa temblorosa antes de asentir con la cabeza.

—Yo también te quiero, Matt. Te he echado tanto de menos. No podía soportar estar sin ti.

—Yo también te he echado de menos, cariño. Y, créeme, nunca te haré recoger mierda de gallina en mi casa. Está cien por cien libre de mierda de gallina. —La beso de nuevo porque no puedo resistirme y los dos soltamos el mango de la pala al mismo tiempo, y nos agarramos el uno al otro, nuestros cuerpos chocando.

Me siento tan condenadamente bien teniéndola a mi lado, su cuerpecito sexi medio desnudo; parece como si todos mis sueños se hicieran realidad.

Incluso con las locas botas de goma blancas.

—¿Estás diciendo que eres mi salvador personal otra vez? ¿Vienes a rescatarme de una vida de recoger excrementos de gallina? —Parpadea, y yo sonrío y le acaricio la nariz.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo. Solo que cuando me llamas tu salvador, tengo que decir que tú también te has convertido en mi salvadora. —Bajo la cabeza y la beso.

Quiero que sepa lo dispuesto que estoy a sacarla de Cactus y llevarla a casa conmigo para siempre.

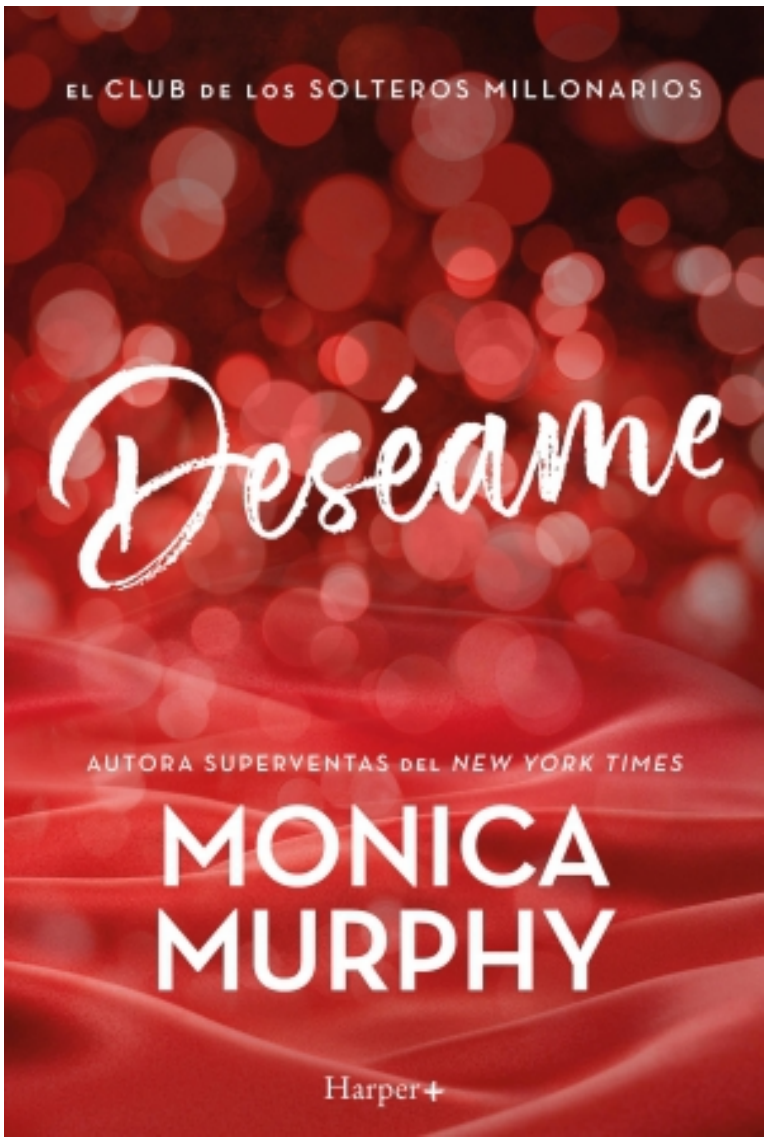
A donde pertenece.

Agradecimientos

Como siempre, doy las gracias a mi marido y a mis hijos por soportarme mientras trabajo durísimo en mi escritorio, provocándome fatiga visual mientras miro fijamente el ordenador todo el día y toda la noche. Sois todos tan increíbles y me apoyáis tanto que casi nunca os quejáis (ja, ja). ¿Qué haría yo sin vosotros?

A los lectores: no sería nada sin vuestro continuo entusiasmo y cariño. Gracias. Todos significáis mucho para mí. Este libro (y toda esta serie) es un poco diferente y espero que os guste leerlo tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. Menos mal que no nos podemos equivocar con solteros multimillonarios sexis…

Muchísimas gracias a mi editora, Chelsey Emmelhainz, por darle una bofetada a mis palabras y hacer que este libro sea mucho mejor. A todo el equipo de Avon por su apoyo entusiasta a esta serie (son lo más). A KP Simmon y Kati Rodriguez por mantenerme informada. Y a Katy Evans por querer a Archer desde el principio.



Deséame

Murphy, Monica
9788410640467
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él es un multimillonario arrogante que siempre consigue lo que quiere, pero ¿y si la hermana de su mejor amigo es la única mujer que no puede tener?

El millonario Archer Bancroft es un atractivo soltero que siempre se sale con la suya. Pero ahora quiere a Ivy Emerson, la hermana pequeña de su mejor amigo, la única mujer a la que no puede permitirse desear. Ivy no es lo único que Archer desea, también está la apuesta de un millón de dólares con sus amigos para conseguir ser el último soltero del club.

Ivy sabe bien que Archer no da más que problemas: es exasperante, soberbio… y completamente embriagador. Sin embargo, todo cambia cuando un beso robado conduce a una noche que ninguno de los dos podrá olvidar.

La autora superventas del *New York Times*Monica Murphy lanza su electrizante serie *El Club de los Solteros Millonarios* con una irresistible apuesta, una noche de pasión y un futuro juntos que nunca pareció posible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una escapada a Escocia. La novela más conmovedora y reconfortante del año

Shackman, Julie
9788410021037
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando la aldea más dormida de Escocia se convierte en el centro de los cotilleos, Layla Devlin se ve envuelta en un misterio.

Cuando el prometido de Layla sufre un inesperado ataque al corazón y muere, nada menos que en brazos de otra mujer, Layla está dispuesta a hacer las maletas y abandonar Loch Harris, el pueblo al que siempre ha considerado su hogar. Pero una herencia inesperada y el amor por su tranquilo rincón de Escocia la llevan por otro camino.

Hay rumores de que una celebridad se ha mudado a Coorie Cottage y Layla está decidida a que encabece la noche de inauguración de su local de música The Conch Club. Pero la solitaria estrella está igualmente decidida a frustrar los esfuerzos de Layla. Rafe Buchanan se esconde por una razón, y pronto su pasado viene a Loch Harris para atormentarlo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Educar hijos felices en un mundo de locos

García, Tania
9788410640702
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿CÓMO EDUCAR PARA QUE NUESTROS HIJOS SEAN FELICES?

Conseguir que vivan la vida plenamente, acompañar sus emociones y talentos, cuidar de su salud mental y física, hacer que experimenten la vida como algo extraordinario, entendiendo la felicidad no como una meta a perseguir, sino como una actitud diaria, deberían ser propósitos prioritarios en nuestra tarea como madres y padres. Sin embargo, la mayoría de nosotros vivimos en automático, sin saber bien quiénes somos y a dónde vamos en este mundo de locos, cada vez más desconectado de la propia humanidad.

A través de siete hábitos imprescindibles, este libro nos da las claves para educar en el día a día, fomentando la salud mental de nuestros hijos, y la nuestra.

Tania García, la mayor experta en educación de nuestro país nos ofrece su obra definitiva. Una guía que te ayudará a desarrollar en tus hijos una vida con sentido.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Adiós a la inflamación. Cómo prevenir enfermedades, retrasar el envejecimiento y perder peso

Moñino, Sandra
9788410021242
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN? Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica. En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud. La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables. UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA. Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio. «Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después. Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria. Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro. ¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La librería perdida

Woods, Evie
9788410640405
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Con ecos de *El secreto de la boticaria* y *La Sociedad Literaria del Pastel de Piel de Patata de Guernse*y, Evie Woods nos regala una seductora novela rebosante de misterio y de secretos.

«La gracia de los libros es que te ayudan a imaginar una vida más plena y mejor de lo que jamás podrías haber soñado».

En una tranquila calle de Dublín, una librería perdida está a la espera de ser encontrada…

Durante mucho tiempo, Opaline, Martha y Henry han sido los personajes secundarios de sus propias vidas. Pero cuando una librería que desaparece lanza sobre ellos su hechizo, los tres incautos desconocidos descubrirán que sus historias son tan extraordinarias como las que se despliegan en las páginas de sus amados libros. Al liberarse los secretos que se guardan en las estanterías, se ven transportados a un mundo mágico… donde nada es lo que parece.

Una historia de amor, rebosante de libros y amantes de los libros. Una novela deliciosa que sumerge al lector en un relato mágico y absorbente.

Los lectores se han enamorado de *La librería perdida*:
«¡Guau! Hacía tiempo que no leía nada tan fascinante, cautivador y especial a la vez. […] Leerlo es emprender un viaje, como sucede con la mayoría de los libros, pero, en este caso concreto, me gustaría poder tatuarlo en mi
espalda para así convertirlo en una parte de mí y poder llevarlo siempre conmigo».

«Una historia preciosa que pide a gritos ser leída de una sentada. […] Una historia mágica, con una prosa bellísima y muchas sorpresas que los lectores tardarán en olvidar».

«Si te gustan los libros de las hermanas Brontë, […] te recomiendo totalmente leerlo».

«Esta novela lo tiene todo: ingenio, una pincelada de magia y un corazón enorme. Una lectura fantástica».

«Los personajes están tan bien construidos que te hacen sentir que estás allí con ellos, compartiendo también sus historias. […] No podía parar de leer».

«Tremendamente mágico y absorbente. […] La librería misteriosa y la promesa de encontrar un manuscrito perdido hace mucho tiempo hechizan cada una de sus páginas».

«Una trama encantadora, unos personajes fabulosos y buena ficción histórica. […] Me descubrí imaginándomelo como una serie de Netflix».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)